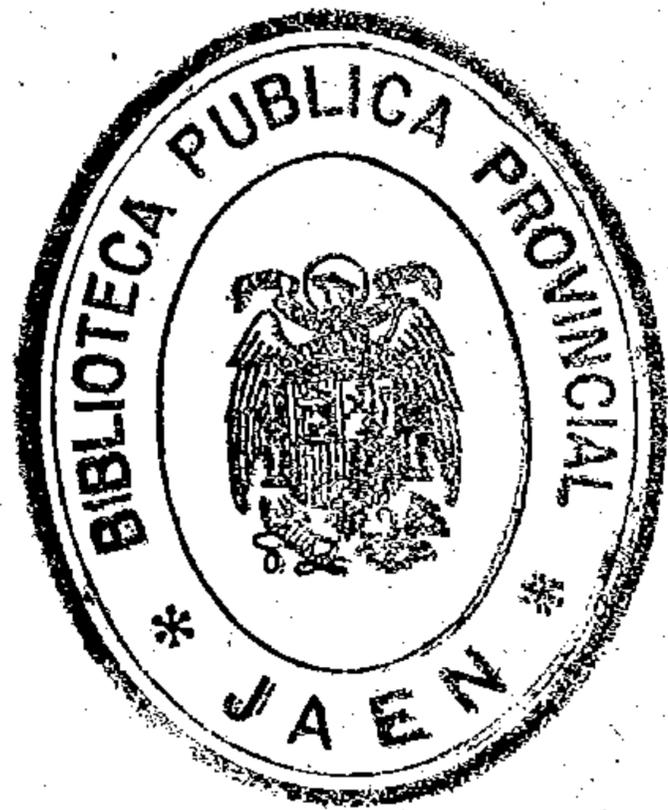


B-35

2059

LA
CIVILIZACION
EN LOS
CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO



008
CAS
CIV

D

Es propiedad.

4976

LA
CIVILIZACION

EN LOS
CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

LECCIONES

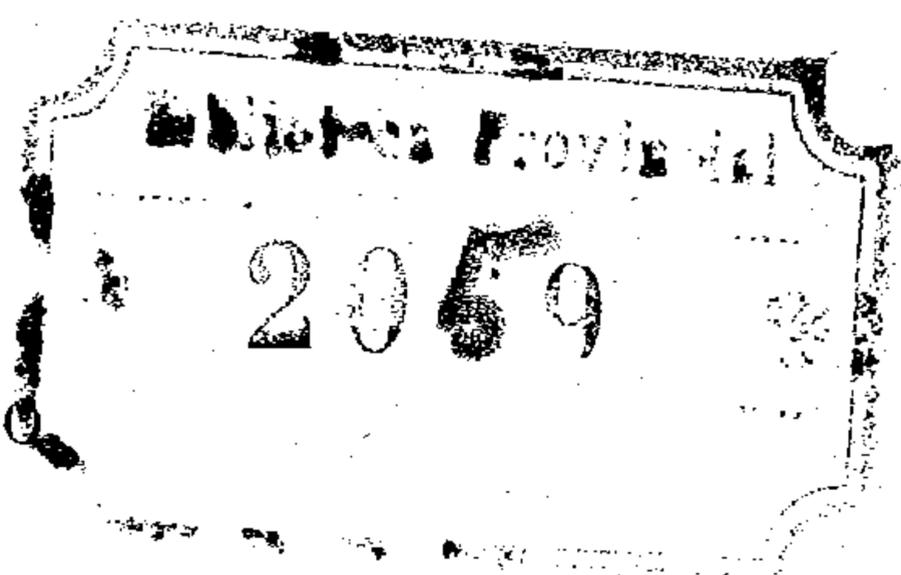
PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

por

EMILIO CASTELAR

—
TERCERA EDICION
—

TOMO QUINTO



MADRID:

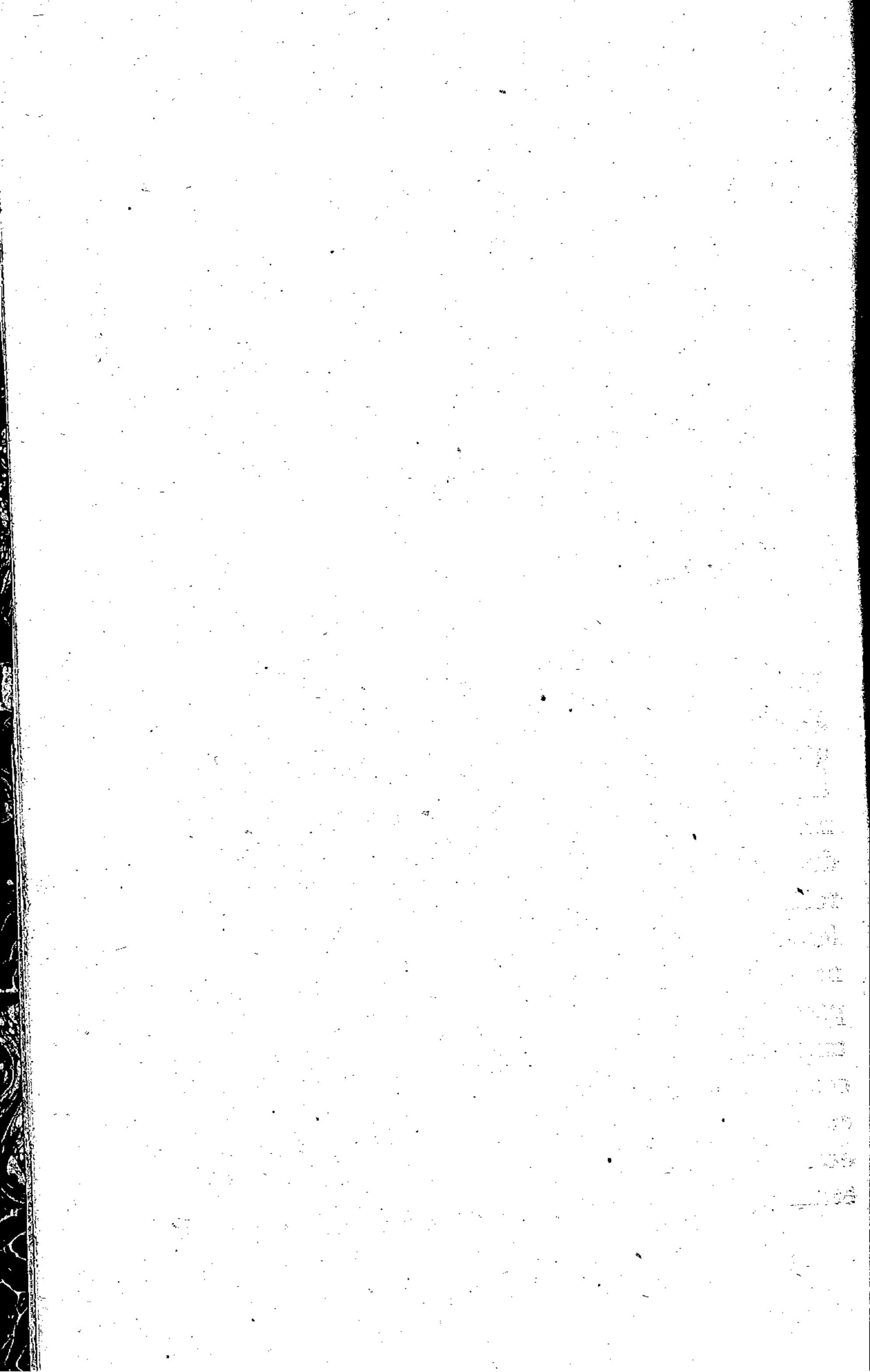
EDITORES: A. DE SAN MARTIN Y AGUSTIN JUBERA,
Puerta del Sol, 6; Carretas, 39, El Libro de Oro,
y calle de la Bola, núm. 3.

1876

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

—
Curso cuarto.
—



INTRODUCCION



LECCION PRIMERA.

SEÑORES:

Despues de nuestra separacion inevitable, volvemos á reunirnos aquí para dar cima á un largo y penosísimo trabajo. Mil veces, lo digo con franqueza, mil veces dudára, cediera, á no sostenerme el interés con que venis á oirme y el entusiasmo con que acogeis mis palabras. Yo, señores, dudaba si tenia derecho á exigir que volvieseis á reuniros en este sitio tan estrecho, en esta atmósfera irrespirable, en esta especie de desvan, indigno de la primer corporacion científica de nuestra patria, que se parece al negro embudo donde los místicos de la Edad media solian, en sus terroríficos sueños, embutir el infierno. Mirad, señores, estos viejos paños se comen la voz; estas luces me deslumbran si están cerca, y me oscurecen si están lejos, y aunque no tengamos grande inte-

rés, ni vosotros ni yo, en ver rostros barbudos, sin embargo, bueno es que nos veamos las caras, porque en ellas se pinta la sinceridad del que habla y el interés del que escucha: entre esta bovedilla y aquellos angulitos de la izquierda reflejan las palabras, y el eco viene á perturbar al orador; muchos de vosotros se quedan en la escalera, algunos en el patio, y todos pasan una hora mortal, sudorosos, exánimes, de suerte que nos dirigimos siempre á un auditorio desmayado, atormentado, aquejado de vahidos; y si esto se pudo tolerar el año pasado en que, explicando el Cristianismo perseguido, el teatro representaba admirablemente las Catacumbas fétidas, sin luz, sin aire, no se puede tolerar este año, en que tenemos que cantar el triunfo de la libertad, de la igualdad; y es muy fácil que nos falte el canto, porque, aunque sea desagradable, no es canto ciertamente de aves nocturnas, únicas que gustan de telarañas, agujeros, pajares y camaranchones, como este en que nos encontramos encerrados, y en que yo dejo pedazos de mi pulmon y vosotros dejais el quilo, á riesgo de tener una apoplejía; riesgo que si el asunto lo merece, ciertamente el pobre orador que os dirige la palabra no merece tales holocaustos y sacrificios. (Risas y aplausos.) Y cuenta, señores, que la Junta gubernativa del Ateneo no es responsable de esto, y debo decirlo en honra de su interés y de su celo; pues no en-

cuenta casa. En Madrid, en este desierto tan árido como el alma sombría de Felipe II, hay espacio para fabricar, pero no hay buenas maderas, no hay hierro barato, porque los privilegiados, los parásitos, que viven chupando la sangre del pueblo, quieren que lo compremos malo y caro, y por sostener sus privilegios, el Ateneo no tiene casa, y si fuera solo el Ateneo...; pero el pobre trabajador, el hijo del pueblo, el que sostiene la sociedad en sus espaldas y la robustece, tiene por vivienda una miserable bohardilla, estrechísima, miserable, donde el calor le abrasa en verano y el frío le hiela en invierno, donde le molestan y le chupan la sangre todo género de insectos asquerosos, protegidos en las maderas podridas por los altos poderes del Estado.

Pero, señores, entremos en materia, y concluyamos el curso de nuestras lecciones con el auxilio del cielo. Confieso que muchas veces me detengo en este trabajo pensando si será completamente inútil. Cada día el viento helado de los desengaños seca una de nuestras ilusiones. Cuando subimos la montaña de la vida no vemos sus despeñaderos ni sus abismos; flores eternas la cubren; las mariposas vuelan sobre las flores; el aura sobre las mariposas; nieblas sonrosadas sobre las auras; astros brillantes sobre las nieblas, y el amor infinito, que no cabe en nuestro corazón y que se espacia en un himno sin fin y sin térmi-

no, envuelve en mares de luz todo el universo; luz que se apaga, que se oscurece cuando llegamos á la cima, cuando vemos que las flores no han dado frutos, que las mariposas han perdido sus alas, que las nieblas sonrosadas se han tornado nubes de plomo, que los astros se deshacen en cenizas sobre nuestra frente, que por todas partes el viento helado del otoño levanta hojas secas y nos azota el rostro; y que en último término solo vemos, en el ocaso de la vida, el sepulcro, el centro hácia el cual gravita, como en pos del descanso, nuestro dolorido cuerpo. Y en verdad, el espectáculo que ofrece la realidad en que vivimos no es para consolarnos. Por todas partes triunfa la injusticia. El sentimiento del derecho se apaga en los corazones, la idea de justicia en las conciencias. Los pueblos se duermen y no sienten el peso de sus cadenas; los tiranos que la tempestad dispersara un momento, se incorporan y se conjuran para exterminar á los que no doblamos la cerviz á su coyunda; todas las naciones padecen; la noche de la tiranía se espesa sobre Francia; los buitres roen las entrañas de Italia, el Prometeo de las naciones; la flaqueza de sus hijos postra á Alemania; la muerte habita en el sepulcro donde creíamos que si estaba enterrada Polonia, al menos estaba enterrada viva; Grecia no busca la libertad gloriosa que buscaba en Misolongui, con la espada de Ipsilanti, con el cántico

de Byron, busca de rodillas en el Polo un amo; los principios todos del derecho han sido violados en Méjico; la lluvia de sangre derramada sobre la frente del esclavo no ha podido formar el bautismo de su libertad ni lavar su conciencia de las espesas manchas de la servidumbre; y la más generosa, la más desinteresada, la más moral de las naciones del mundo, España, nuestra cara patria, vé su política convertida en impuro bazar donde se compran y se venden las conciencias, donde la inmoralidad y el perjurio y la traicion tienen su precio; triste estado, en que á veces nos falta hasta el postrer reflejo de la vida, hasta la esperanza, porque la generacion que sube á los puestos del Estado, corrompido el corazon por el egoismo, ennegrecida la mente por el humo de las orgías, no tiene, no, el valor y la pujanza de aquella generacion ilustre de 1808, que con una mano reconstruyó la patria, y con la otra encendió el sol de la libertad en nuestro espíritu, y nos enseñó que solo por el sacrificio y por el martirio se alcanzan los grandes progresos en el mundo. (Estrepitosos aplausos.)

Pero, señores, cuando una generacion no llena su destino, cuando no cumple su fin, Dios lo llena, Dios lo cumple por ella. Así como la obra del universo no se puede interrumpir, no se puede interrumpir tampoco la obra del espíritu. Los individuos, las generaciones, pueden renunciar por su

voluntad al cumplimiento del progreso, pero Dios los deja perderse y despierta nuevas generaciones para que prosigan los fines de la civilización y escriban en los espacios el poema inmortal de sus grandes ideas.

No calculemos por nuestra breve vida la vida de la sociedad, ni por nuestro tardo paso el movimiento del universo; no creamos, no, que nuestro pobre y desgarrado corazón es el péndulo que mide los latidos del gran corazón de la humanidad, porque si ponemos el pasajero dolor que nos taladra las sienas, la leve sombra fugaz de un instante que pasa por nuestra conciencia, si ponemos esos dolores y esas sombras en la vida infinita del espíritu humano, ¡ah! nos exponemos á creer que en nuestros días nublados el sol no ilumina otros cielos ni otros mundos; que con nuestros vicios podemos podrir la tierra; que en nuestro sepulcro vamos á encerrar el árbol de la vida; cuando debemos confiar en que si el individuo se pierde la humanidad se salva; en que pasarán por su seno las generaciones esclavas como los montones de nubes por el cielo, ligeras y fugaces; en que estremeciéndose un día bajo sus cadenas las enrojecerá en el fuego de su corazón y las arrojará sobre todas las tiranías, consumiéndolas como el sol la leve arista, para que solo quede sobre la tierra el espíritu humano sin nubes y sin sombras, libre, dueño de su derecho, inmor-

tal, reflejo brillante de Dios que, proyectándose en los espacios, ilumine todo el universo. (Aplausos.)

No conozco, señores, época alguna en la historia tan triste como este último siglo que vamos á historiar. Nunca la humanidad habia tenido tantos motivos para dudar de su salvacion. Nunca, en ningun tiempo, pudo compararse mejor nuestro planeta á una inmensa mortaja rodando en lo vacío, circundada de ángeles exterminadores, y bajo cuya tapa se encerraba, no un muerto, sino un moribundo, retorciéndose de dolor, medio devorado por los gusanos que salian del pus de sus llagas. Nieblas en el cielo, mares de hiel en la tierra, las llanuras llenas de ruinas, las montañas de ejércitos, oprimidos los emperadores por los patricios bárbaros, y los patricios bárbaros por su feroz soldadesca; al pié del Capitolio hordas hambrientas, y sobre el Capitolio dictadores salvajes, que convertian las copas de oro, donde libaran sus versos los Propercios y los Tíbulos, en herraduras de los caballos de los desiertos; el Occidente vendido como una mercancía por el Oriente; las provincias en armas; las nacionalidades naciendo ritualmente entre lágrimas y sangre; los germanos en el Ródano; los alanos en el Tajo; los godos en los Alpes; los ostrogodos en Grecia; Atila empujándolos á todos con su espada, que llevaba en sus filos las chispas de la guerra universal; Jen-

serico en el Mediterráneo, como una inmensa ave de rapiña, quemando las naves donde iban los trofeos de la civilización universal; la púrpura imperial en el lodo; la lira clásica rota; el poder cayendo de un traidor en un imbécil, de un imbécil en un cobarde, de un cobarde en un feroz salvaje; las vestales violadas por aquellos hombres que parecían osos rojos; las últimas copas de los últimos festines oliendo á sepulcros; el mundo convertido en un campo de batalla, sobre el cual solo se oían los graznidos de los cuervos y el estridente ruido de las quijadas de los perros machacando entre sus dientes los huesos de tantos montones de cadáveres; y cuando parecía que de aquella inmensa hecatombe solo podía levantarse el ángel de la muerte, llevando en sus negras alas el espíritu de la humanidad al juicio de Dios, se levantaba para continuar nuevas y más felices edades el derecho romano, la razón escrita y la luz inmortal del Evangelio, la regeneración del espíritu.

Señores: nuestras lecciones de este año, que han de ser precisamente cortas en número, no tanto forman un nuevo curso, como la continuación del curso anterior, que dejamos en suspenso por material falta de tiempo. Por consecuencia, debemos resumir en cuatro palabras lo que enseñamos en el precedente año, el más aprovechado, y para mí el más feliz de cuantos he visto tras-

currir desde esta cátedra. Los puntos capitales que tratamos fueron la descomposicion del paganismo, los estóicos, los padres apostólicos, los apologistas, la decadencia de Roma, la formacion de la nueva sociedad, la filosofía alejandrina, el Cristianismo desarrollándose en la mente de los más grandes padres de la Iglesia, los perseguidores con los perseguidos, y todos los grandes hechos, y todos los grandes personajes y todas las ideas capitales del siglo iv. Vimos en esta larga, si se quiere, prolija enseñanza, agonizar los dioses, enmudecer en el seno de la naturaleza el cántico seductor del paganismo; los estóicos subir al trono de Roma, dando una sola idea al derecho, un solo espíritu á la humanidad; los padres apostólicos trayendo del seno del Oriente en sus labios las primeras palabras de los fundadores del Cristianismo; los apologistas encendiendo en la mente del mundo la nueva idea; el paganismo levantándose á luchar como serpiente herida, en los diálogos de Luciano, en las novelas de Apuleyo; Roma ya decadente y cada dia más sumida en el lodo; el Circo lleno de combatientes que pedian al cielo venganza; el espoliario lleno de cadáveres de gladiadores que infestaban los aires; los Césares desesperados porque sentian derrumbarse bajo sus plantas el antiguo mundo; el senado esclavo, la aristocracia podrida, la clase media exhausta, el pueblo yendo á la Annona á que le llenaran el

vientre y al Circo á que divirtieran sus ocios; los pretorianos convertidos en mercaderes y dando por oro al mejor postor la corona del mundo; el esclavo triturando con los eslabones de su cadena la base de toda la sociedad; la mente humana exaltada por la ciencia; Dios y la Trinidad explicados en la última evolucion del platonismo estas ideas platónicas, brillando como lenguas de fuego sobre la frente de los enrojecidos dioses; la reaccion neo-pagana; Porfirio, Jamblico recorriendo las cavernas de la tierra y los abismos del espíritu para despertar los antiguos genios de la naturaleza, en cuyas alas de mariposa se sostenia Grecia; los poderosos del mundo vertiendo la sangre de los mártires y los mártires volando del seno de las hogueras al cielo.

El paganismo se moria; el paganismo espiraba. Ya lo he dicho en otra ocasion, y voy á repetirlo.

Como la mitad de nuestro sér en esta armonía que se llama hombre, es la naturaleza, en el corazon hay siempre una cuerda pagana que no han podido romper diez y nueve siglos de Cristianismo. ¿Qué significan el Dante conducido por Virgilio al través de los infiernos, las Vírgenes de Rafael, la florecencia del Renacimiento, los encantos de los jardines del Taso, los torrentes de poesía panteista en que se anega la musa de Calderon, la Helena de Goethe que, sacudiendo la ce-

niza de los siglos, se levanta eternamente joven y eternamente hermosa á besar con sus labios que perdieron un mundo los labios del poeta? ¿Qué significa Byron renegando de las tinieblas del Norte y yendo á morir á Grecia porque aquella tierra pesara ménos sobre su cadáver, y las ninfas oceánicas rozaran con sus alas de espuma, sus cerrados párpados en su eterno sueño? ¿Qué significan, sino la voz eterna del paganismo que se levanta como un himno del fondo de nuestro corazón? ¿Qué triste debía ser para la humanidad despedirse de Grecia, la eterna Antígona, que conduce por los campos de la poesía á ese eterno Edipo ciego, que se llama el hombre! Grecia, como he dicho otra vez, es el paraiso donde se renueva la naturaleza, donde nace la Eva immaculada de la poesía contemplándose en el trémulo espejo de las aguas; los griegos son eternos jóvenes cuyos juegos forman hoy nuestra ciencia; su naturaleza es la primavera de la vida universal, y su inspiracion la primavera del espíritu; sus héroes son poetas y sus hazañas poemas; el arte es allí el culto, la enseñanza, la instruccion universal, y la poesía es la gimnasia del espíritu como la gimnasia es la escultura del cuerpo; las leyes no hubieran sido allí obedecidas si no hubieran sido elocuentes, ni los repúblicos acatados si no hubieran sido oradores; los ejércitos suspenden sus batallas y celebran armisticios para oír unos ver-

sos de Sófocles; los navegantes se detienen allá en el itmo, donde se oyen las olas del mar de la Jonia y del mar de Oriente, para ofrecer sacrificios á las sirenas que vagan por las espumas y á las musas que vuelan por los aires; harpas cólicas resuenan dulcemente en los bosques, los dos pueblos jónico y dórico, son como los coros de manebos y de ancianos en sus tragedias, que juntan sus voces discordes en una armonía infinita; cada flor guarda el aliento de una diosa; cada bosque el cántico de un genio; cada ondulación de un arroyo, el seno blanco y palpitante de una nereida; cada montaña la huella luminosa de un Dios; el culto no es triste, sino alegre, representando el placer que siente lo finito al comunicarse con lo infinito: eterna risa conmueve el Olimpo; de eternos cánticos están henchidos sus aires; y por eso, siempre que anhelemos por contemplar la armonía del espíritu y la naturaleza, el concierto de la forma y la idea, caerémos de rodillas á los piés de las serenas y felices estátuas griegas, encontrando en su presencia el reposo del alma; y siempre que la humanidad aspire á la poesía, irá al Hymetto, á las montañas de Thesalia, al Parthenon, al Pireo, á los lugares embellecidos eternamente por los resplandores del genio, á libar en un beso infinito la miel eterna de inspiracion que manan los labios de la hermosa Grecia.

Por eso no debe extrañarnos nunca, á nos-

otros que sabemos cuán difícilmente mueren las ideas, á nosotros que contemplamos la agonía de tantas instituciones, no debe extrañarnos nunca la gran defensa de los poetas, los oradores, los escultores, todos los que representaban la exaltación del espíritu antiguo, que hacían del paganismo cuando esta religion agonizaba. Era la idea que embelleciera al mundo antiguo, la idea que lo guiara en su camino. Por eso Plotino, Jamblico, Porfirio, Máximo, Themistio, lucharon hasta fines del siglo iv con todos los recursos de la poesía y del genio, defendiendo, exaltando el paganismo.

No creais que pretendían sostenerlo tal como habia salido de la mente de los poetas, y tal como lo adoraran los pueblos en su primitivo ingénuo candor; no creais esto. Elevaban un Dios único, una trinidad, esencia, movimiento, amor de todo lo creado; un verbo, la divinidad humanada; llamaban al templo de este Dios á todos los pueblos, á todas las razas; sostenían, en su humanitario sincretismo, que todas las religiones podían caber bajo esta religion universal, y todos los dioses bajo este Dios único; fundaban una Iglesia á la manera de la Iglesia cristiana; elevaban las dos ideas capitales del Cristianismo, la idea del Dios único y la idea de la humanidad una, solo que, en vez de sostener todas estas ideas para guardar en la conciencia humana el Dios de los semitas, el Dios de Jerusalem, las sostenían para guardar

los dioses que habia cantado Homero, y modelado Fideas, y adorado Platon. Es verdad que esta reaccion pagana se ponia á servicio de la política, á servicio de las antiguas instituciones, del antiguo Imperio; y es verdad tambien que pedia por único auxiliar el Estado. Pero ¿podemos de esto maravillarnos nosotros, sí, nosotros, que vemos hoy un espectáculo nuevo en el mundo, un espectáculo de que á veces precisa apartar la vista con horror? Al fin, entre Júpiter y el Imperio, habia un parentesco estrechísimo; entre los antiguos dioses y las antiguas instituciones, lazos indestructibles; entre el Olimpo y Grecia, entre el Panteon y Roma, la relacion que media entre lo ideal y su encarnacion, entre lo espiritual y lo visible; pero nosotros no debemos escandalizarnos de nada anómalo, de nada irregular en la historia, cuando, en la hora que corre, estamos viendo los que se dicen destinados á conservar el Cristianismo perdidos en el polvo de los combates políticos, para convertir la religion del espíritu en una pesada cadena con ese neo-catolicismo, contrario á las ideas fundamentales cristianas. Y cuenta que no ha habido en el mundo reaccion semejante á la reaccion pagana.

Tuvo esta reaccion su gran filósofo en Plotino, su gran teólogo en Porfirio, su gran orador en Themistio, su gran César en Juliano, su gran sacerdote en Máximo, su gran poeta en Claudiano.

¿Qué le faltaba? Le faltaba el amor, y el amor vino también á fecundarla, el amor que puede con su fuego llevar la vida hasta el frío hueco de los sepulcros. Y este último amor del antiguo mundo se condensó en la forma de una mujer, y se llamó Hipatia. Hija del astrónomo Theon; discípula de los grandes filósofos alejandrinos; peregrina que volvía de Atenas á Alejandría, con la mente llena de recuerdos sagrados; maestra elocuentísima, era la Psiquis levantándose de su lecho con la lámpara sagrada en la mano, á rogar al espíritu universal que no volara á los cielos; la Venus del pensamiento abrasada en el amor ideal á la ciencia; la Hebe que descendía del cielo en alas de las nereidas á las orillas del misterioso Nilo, á traer en su copa de oro el último néctar de la inspiración; el alma de Grecia, que erraba como un sueño, por última vez, antes de hundirse en su sepulcro, sobre la cuna de la nueva idea. Casta, hermosa virgen, su cabeza perfectamente esférica, indicaba que contenía todo un universo; su espaciosa frente reflejaba todo un cielo, sus trenzas caían sobre las espaldas como dos rayos de luz; sus ojos del color del firmamento, infundían con sus miradas la palpitación de la vida en las estatuas de los antiguos dioses; la blanca túnica de las pitonisas la envolvía dibujando en sus pliegues formas estatuarias y repitiendo dulcemente en su ligerísimo rumor los latidos de su corazón;

el manto de púrpura de los filósofos pendía de sus hombros; en sus manos estaba el compás con que media las esferas; y de sus labios fluía eternamente una elocuencia semejante al cántico de los antiguos poetas, la elocuencia del amor que salva, la elocuencia mágica á cuyo acento, según las tradiciones paganas cuentan, las flores se abrían y le mandaban su incienso; las estrellas entonaban en sus esferas endechas; las aves suspendían su vuelo; las ondas del Nilo se impulsaban unas á otras para escucharla; las cenizas de los antiguos poetas se reanimaban en sus urnas, porque aquella hermosísima mujer, que parecía el fuego de los antiguos sacrificios condensándose en la forma de una Musa celestial, aquella mujer, cuya palabra era como el canto de una alondra que anunciaba nuevos días á los antiguos dioses, sumergía en su éxtasis de amor la naturaleza, elevándola y prometiéndole que nunca huiría de su seno el alma del paganismo. La palabra inspirada de aquella mujer, que parecía, puesto el mirar en el cielo, el compás en la mano, los piés sobre la cátedra, la Pitonisa de todo un mundo; la palabra inspirada de aquella mujer, despertaba por un momento los antiguos dioses. Los sacerdotes cristianos de Alejandría veían abandonados sus templos; los solitarios oían que hasta á los desiertos llegaba el eco de aquella voz, arrebatándoles sus catecúmenos. El pueblo ente-

ro se agrupaba al pié del Tambor del paganismo. Un dia, los fanáticos corrieron á su cátedra, la arrancaron de ella, hiciéronla caer en el polvo, quebraron su frente que guardaba un poema, hundieron cien puñales en su corazon, y sin respeto á su pudor, á su hermosura, la arrastraron hasta el pié de los altares, y despues de haber manchado el ara de su dios con aquella sangre virginal, arrojáronla á la hoguera, entre cuyo humo se perdió en los aires con el alma de Hipatia, como un prolongado gemido, el alma de Grecia. ¿Por qué, por qué en todas estas grandes crisis del espíritu humano, aparecerá siempre, siempre una mujer para señalar el oriente ó el ocaso de una idea? ¿Por qué al lado del génio se oirá siempre el misterioso ruido de las alas de esos ángeles del amor? Subid á todos los tiempos, recorred todas las grandes crisis de la historia, acordaos de todos los genios que ha levantado el espíritu humano á los cielos del arte, y vereis siempre volar por esos horizontes una mujer, ora real, ora ideal, que toma diversos nombres, y que siempre es la misma. Eva sobre la cuna del universo, más bella que la primera luna en los cielos immaculados; Helena alzada entre el Oriente y Grecia, viendo un mundo que se destroza al pié de su adúltero lecho; Safo anegándose en el mar de Lesbos para extinguir la sed de amor que hubiera apagado una lágrima de Faon; Magdalena, la Eva arre-

pentida, al pié de la cruz; Hipatia, despues de haber sentido el amor idealizado por Platon, muriendo de la muerte de Sócrates; Eloisa, abrasada por el fuego de sus deseos infinitos, en el claustro, sin más vida que sus recuerdos, sin más esperanza que mezclar un dia en el lecho del sepulcro sus cenizas con las cenizas de su amado; Beatrice, el único rayo de luz que ha pasado por el alma sombría de Dante, el único ángel que ha recorrido, sin quemarse, el infierno de su corazon, la sombra vaga del deseo de lo infinito que ha creado un cielo; la Laura de Petrarca, que pulsa las cuerdas de su lira; la Fornarina de Rafael, que brilla siempre en sus cuadros coronando como el genio del arte la cúspide del renacimiento; la Julietta enterrada viva por haber querido extinguir con el bálsamo de su amor el odio de cinco siglos; la Justina de Calderon despertándose á la vida del deseo en la soledad, al contemplar la planta misteriosa que mira siempre al sol, la yedra, que abraza al árbol y vé al ruiseñor que canta sobre su nido; la condesa de Cóncolli, en cuyos ojos encontró una hora de paz el alma tempestuosa de Byron; la Margarita, que ha apagado con un beso la sed inextinguible de Fausto; coro de ángeles que, opoyándose unas en otras, todas con las lágrimas en los ojos, el cántico en los labios, la tempestad de nuestro mundo en el pecho, la luz, la inspiracion en la frente, señalándonos con su

vuelo otras regiones donde el corazón no sentirá estas penas infinitas del amor de hoy, dejan estrellas de esperanza en la noche eterna de dolor que como un caos eterno corona nuestro espíritu. Y por esa ideal significación de la mujer, el mundo antiguo se extendía entre la cuna de Helena y el sepulcro de Hipatia.

La idea de Dios se levantaba sobre toda la vida. Contemplad, señores, conmigo un momento el hombre extraordinario que trae esta gran idea de Dios á la historia y á la vida. Nacido en Africa, lleno de las pasiones que el sol de Africa inspira; vehementísimo en sus amores y en sus odios como todas las almas artistas y elocuentes; arrastrado á los placeres por su hervidora sangre, y al estudio y á la ciencia por su inquieta mente; de pensamiento altísimo; de palabra tosca, pero elevada como su pensamiento; perseguido por las dudas y aquejado de la sed infinita del alma que anhela para vivir la fé; despues de haber pasado por todos los grados de la vida de los sentimientos en la sociedad antigua, por la orgía, por el concubinato, por las falsas academias de los sofistas, por los placeres de las ardientes noches de Africa, por los desórdenes de las noches de Roma; despues de haber recorrido todos los grados del pensamiento antiguo, aceptando y combatiendo todas las escuelas; desencantado del sensualismo por asqueroso, del excepticismo por atormentador, del es-

toicismo por frío é indiferente para su alma tempestuosa, del maniqueismo por oscuro como el genio de Oriente, del platonismo por incompleto; cuando el dolor le revela en uno de esos instantes en que el dolor cura las heridas del alma á la manera que el fuego cauteriza las heridas del cuerpo; cuando el dolor le revela con revelacion clarísima la verdad cristiana, se abraza á ella con la fé del neófito; deja todas las costumbres de su juventud como la serpiente que se despoja de su piel, y armado de su lógica destruye todas las escuelas antiguas; y al ver que Roma embriagada cae en el lodo, que los bárbaros, como ángeles exterminadores, descienden por los cuatro puntos del horizonte armados de sus hambrientas espadas; que las amenazas de los profetas se cumplen; que la sangre ahoga á la impura Babilonia, manchada con la sangre de los mártires; cómo Dios al separar, inclinado sobre los abismos en el primer día de la creación, la luz de las tinieblas, separa con sus brazos un mundo de otro mundo, una edad de otra edad, y arroja el resplandor de la idea divina sobre el universo apocalíptico que surge de las ruinas de Roma. San Agustín representa en la vida de su alma la vida entera de la idea del siglo iv. Ha nacido en el paganismo, ha recorrido todos los sistemas y se ha separado de todos ellos, y despues de vivir en la corrupcion de la grosera sensualidad antigua, ha abrazado con

amor verdadero la fé de Cristo, y la ha defendido de las heregías que la acosaban, y la ha dado el carácter de universalidad, de catolicismo que necesitaba para sojuzgar y educar á los bárbaros; de suerte, que el gran padre de la Iglesia es un hombre-idea, uno de esos luminosos faros que reverberan su luz en el mar de todas las edades.

Una idea ya tan formada, tan sistematizada, tan fuerte como la idea católica, no podia ser contrastada mucho tiempo, no podia dejar de vencer. Una idea tan desorganizada, tan decaída como la idea pagana, no podia dejar de ser vencida. Así es, que el paganismo va á lanzar su último suspiro, porque va á recibir su última herida. Por un momento se reanima. Juliano le dió un reflejo de vida. Valentiniano y Valente conservaron por sus ritos una apariencia de respeto. La libertad de cultos proclamada por Constantino mataba el paganismo en las conciencias pero no en el Estado. Como los lazos entre el Imperio y el paganismo eran tan por extremo apretados y fuertes, el culto continuaba. Themisto habia ido desde Constantinopla á Roma á saludar al senado, y en medio de aquella augusta asamblea, decia que merced al senado Romano, los dioses no habian aun emigrado del mundo. Ausonio saludaba al nuevo emperador Fraciano llamándole protector de los dioses y diciendo que merced á su piedad los templos continuaban abiertos y las nubes del

incienso pagano perfumaban aun el ambiente de Roma. Sin embargo, un cristiano, si no tan grande como San Agustin por sus ideas, tan grande por su carácter, se acercaba al oido del emperador y le hablaba de Dios, del cielo, le preservaba de contaminarse con aquel culto manchado, le oprimia con su actividad incansable, le enardecia en el fuego de sus ideas con tanta perseverancia y fortuna, que merced á su palabra y á su ejemplo, Fraciano abjuraba el paganismo, destruia en el senado el altar de la Victoria que protegiera á Roma, rasgaba sus vestiduras sacerdotales, despojaba á los templos de sus bienes, deshacia los privilegios y el poder político de los pontífices, cerraba el colegio de las vestales que conservaba el fuego sagrado de la vida de Roma, arrojaba el sudario sobre el cadáver del paganismo. Este paso dado por Fraciano abrió el camino á Teodosio. Un dia entró en el Capitolio, atravesó sin temblar aquel recinto hollado por tantos héroes y tantos dioses, apagó con su soplo el fuego del sacrificio nunca interrumpido desde la fundacion de Roma, tomó en sus manos el tirso de oro y la corona de verbena, y arrojándolos por las simas de la roca Tarpeya, dió por muertos los dioses antiguos, que habian nacido entre los bosques y los mares de la India, que habian volado sobre todo el Asia, que habian recorrido desde las torres de Babilonia hasta las pirámides de Egipto, que ha-

bian enseñado á cantar al coro de ruiseñores congregado en el nido de flores de Grecia, que habian guiado á la victoria las legiones romanas y que al morir se llevaban entre los pliegues de su blanco sudario el antiguo mundo. Hé aquí, señores, la triste suerte de las religiones que todo lo fian del estéril amparo del Estado, de la triste proteccion de los gobiernos. El poder les alza altares, les quema incienso, les fabrica magníficos templos, les lleva adoradores forzados, crea un clero, lo enriquece, funda conventos, enciende hogueras para castigar á los que desconocen la religion del Estado, prohíbe toda manifestacion en su daño, ahoga todo pensamiento contrario; pero un dia, sí, un dia, frecuentísimo en estos grandes cambios de ideas que traen consigo las corrientes de las revoluciones, un dia ese mismo poder se hace enemigo de la religion que antes protegiera, y la oprime, y persigue á su clero, y cierra sus conventos, y vende sus bienes, y le arranca todo privilegio político, y con esto las desarraiga de los pueblos, cuando la fé, que se apoya en la libertad tan necesaria á la vida del alma como el aire atmosférico á la vida de cuerpo, la fé que busca el sagrado asilo de la conciencia, el santuario inviolable del espíritu, no podrá nunca ser desarraigada, porque hasta el espíritu, hasta la conciencia, hasta la sagrada libertad del pensamiento, ni han llegado, ni podrán llegar nunca los

tiranos del mundo, sin que el pensamiento, como un rey venido del cielo ¡ah! los precipite en el polvo, porque el aleve que osa herir el pensamiento en la conciencia, hiere todo lo que hay de Dios en nuestra alma, mientras que aquel que sostiene una religion con una ley, con otra ley puede destruirla: que los engendros de la fuerza, si de la fuerza viven con la fuerza pasan.

Y esto le sucedió al paganismo. Sin embargo, aún despues do Teodosio, Roma vivia como antes por esa fuerza que tienen las costumbres. Si desde las nubes que sobre ella se amontonaban á fines de este siglo iv la contempláramos, veríamosla erguida, intacta; el César perezosamente recostado en su lecho de púrpura, el esclavo llorando hambriento en su ergástula, el Circo henchido de armonías, de vapores de sangre, de combatientes heridos, agonizantes al pié de las estátuas de los dioses; el teatro representando los antiguos misterios religiosos; la vestal todavía de rodillas ante el fuego sagrado; los sacerdotes salios corriendo embriagados por las calles; las bacantes desnudas flotando la perfumada cabellera al viento por los campos; los adivinos todavía tendidos bajo las pieles de las víctimas consagradas á Esculapio para conocer lo por venir; los lupercos ostentando el tirso en la mano, la corona de laurel en la frente, la oracion pagana en los labios, los ramos de espiga en el ara; el toro inmolado en el templo de

Antra; la sangre humana rociando el dios laical; las vacas blancas con los cuernos de oro y la frente orlada de guirnaldas conducidas al sacrificio; y en aquellos festines donde las mesas eran de marfil y los lechos de púrpura, y las bóvedas llovían flores, y las lámparas chisporroteaban el aroma del aceite de nardo, el señor romano coronado de flores que facilitasen á sus cargadas sienes la evaporacion del vino de Falermo, comia sesos de faisanes, lenguas de ruiseñores, arroz cocido con ámbar y perlas, entre el cántico de las esclavas griegas y las danzas de las bailarinas gaitanas, y los juegos de los gladiadores, mientras el Júpiter Olímpico levantado aún sobre la cima del Capitolio, amparaba bajo las blancas alas de su gigante águila aquella última orgía del antiguo mundo.

Pero iba á sucumbir Roma.—¿No se habían de cumplir las amenazas apocalípticas?—Desde el instante primero de su vida, la sociedad cristiana que parecia tan débil, que se ocultaba en las catacumbas, como se oculta un remordimiento en la conciencia, escribe apocalípticamente las profecías contra la nueva Babilonia; profecías que he trazado en otra ocasion y dicen «que despues de rotos los siete sellos del libro de la vida, despues de apagadas las siete discordantes voces de las trompas estridentes y agudas; cuando ya Satanás ha sido roto y arrojado á los infinitos abismos don-

de hierve la hiel de todos los males, antes de que la nueva tierra brote como una flor que abre su capullo y se extiendan los nuevos cielos y se borren las huellas de la guerra que ha pasado hambrienta de matanza en un caballo, cuyas crines destilaban sangre, y cuyas herraduras trituraban generaciones y mundos; antes de que todo esto se cumpla, un ángel mensajero de la cólera celeste que descenderá entre las ráfagas de la inmensa tempestad, se dirigirá á la impura Babilonia, á la gran prostituta vestida de escarlata, tinta en la sangre de cien pueblos, armada de oro arrancado á los tesoros de cien reyes, que embriaga á los pueblos con el vino de sus concupiscencias y se embriaga á sí misma con la sangre de los mártires, y desarraigándola de la tierra como el huracan desarraiga la fuerte encina, le infligirá el merecido castigo, le arrojará á sangriento mar unida con el monstruo de las siete cabezas, cuyas siete lenguas profieren siete maldiciones contra Dios, y habrá muerto el gran escándalo del paganismo, y cesarán los rumores de los festines; los ecos de las cítaras y las flautas, los cánticos voluptuosos que de sus labios empapados con el beso sensual de los placeres exhalan los poetas coronados de flores; y solo se oirá dilatarse con inmensa resonancia por las alturas el hosanna inmortal que á Dios consagran los ángeles por este acto de su inflexible justicia.»

Y en efecto, las maldiciones apocalípticas se cumplían. Roma espiraba en castigo de sus enormes impiedades y de su empedernido egoísmo. El año 404 parecía el último año del mundo, la última era del universo. Roma iba á morir. No era aquel tiempo el tiempo feliz de la República, tan idónea para inspirar virtudes viriles á esforzados pechos; no era el tiempo de la libertad en que los cónsules despues de haber regido el mundo y haber triunfado en cien combates, tomaban el arado y vestían la lana de sus ovejas y comían el pan cosechado en sus propios campos; no: era el tiempo del lujo, del placer, en que los romanos encerrados en aquellas casas de mármol llenas de pebeteros del Oriente, de serrallos de esclavas de todas las regiones del mundo, de lechos de marfil y púrpura, de espejos de acero, de copas formadas de una sola esmeralda, se entregaban á una orgía, ¡horrible orgía! en que fueron sorprendidos por los godos, los vándalos, los alanos, los sármatas, los gépidas, los suevos, los parthos, montados los unos en caballos que destilaban sangre, envueltos otros en las pieles frescas de las fieras, armados aquellos de arcos que despedían en vez de flechas huesos humanos, ornados todos con un collar de cabezas segadas á sus enemigos en los campos de batalla; precedidos todos de bandadas de cuervos, acompañados del estridente son de las trompetas y las bocinas y el clamoreo salvaje; seguidos de

ejércitos de lobos hambrientos... espantoso ruido á cuyos acentos los esclavos rompian sus cadenas y abandonaban sus ergástulas, como los muertos abandonarán sus sepulcros en el dia del juicio final; y enseñaban á los bárbaros el camino ignorado de Roma, sobre la cual, éstos, despues de haber hollado tantos pueblos muertos como hojas secas en sus nativos bosques, caian, destruyendo sus templos, quemando sus palacios, pasando á cuchillo los patricios á la luz de los incendios, violando á las matronas romanas sobre charcos de sangra, aventando á las cuatro puntas del horizonte las cenizas de aquella ciudad que dirigia antes como reina el mundo, y que en castigo de sus vicios y de la abominable tiranía á que se habia entregado, espiraba como una prostituta gozada por mil pueblos y cubierta de lepra en su agonía, espirando lacerada por sus remordimientos sobre un estercolero.

¿Qué pudieron los Césares sobre aquellos bárbaros? Nada. ¿Qué pudieron los patricios? Nada. ¿Qué pudieron los guerreros? Nada. ¿Dónde estaba, pues, la salvacion de la sociedad? ¿Se iba á perder el mundo? Señores, los únicos que detenian á los bárbaros en sus depredaciones y los sojuzgaban, eran aquellos solitarios, limpios de alma, niños inocentes por la celeste claridad de su conciencia, moradores del desierto, vestidos de sayal y de cilicio, que clavándose en los descalzos piés las

espinas del mundo, salian no con armas sino con el crucifijo en la mano, de sus cavernas, donde se entregaban á la penitencia, y lanzándose delante de aquellas huestes, sin miedo á una muerte que solo podia ser parte á anticiparles la vida del cielo, las desarmaban con sus virtudes, y las hacian temblar con sus palabras, y las deslumbraban con el resplandor de sus almas, y las obligaban á caer de hinojos ante aquellos altares del verdadero Dios que eran como la piedra sagrada donde iba á sentarse la nueva sociedad.

He concluido, señores, he concluido. Pero delante de estos bárbaros feroces, vencidos por pobres solitarios, ¿no podremos deducir una grande enseñanza? ¿Qué tenían en sí para alcanzar este alto fin? Tenian la fé en una idea; y el que tiene fé en una idea vence siempre. La duda, el placer tendrán siempre sacerdotes, pero la duda y el placer no tendrán nunca mártires. Señores, para llegar á un punto, para cruzar las mares de la vida, es necesario embarcarse en la nave de la fé, y en la nave de la fé no temais ni al huracan ni á la tempestad. En esa nave se embarcó Colon, y al fin de su viaje encontró un nuevo mundo. A no haber existido aquel mundo, Dios lo creára en la soledad del Atlántico para premiar tan solo la fé y la constancia de aquel hombre. Pues bién, nosotros vamos buscando á través de nuestras tempestades y de nuestros escollos el nuevo mundo social. Si no

lo encontramos es porque no tenemos fé para buscarlo. Nuestros padres se sacrificaron en la guerra de la Independencia para que tuviéramos patria, y en la guerra civil para que tuviéramos libertad; ¿qué hemos hecho nosotros para merecer el nombre de dignos hijos suyos? Nada. «Y si pierdes el tiempo que te ha tocado en suerte merecerás el eterno castigo de la historia.» Hace pocos dias un orador elocuentísimo, amigo mio, en cuya palabra tempestuosa se oye el acento anticipado de las grandes pruebas que nos aguardan, decia mirando nuestra vergonzosa decadencia: ¡qué gobierno, qué política, qué partidos! Los sofistas parecian aterrados al oir en aquella voz el eco de sus remordimientos. Pero en la gran comedia del mundo los sofistas representan bien su papel de comediantes y hacen como que se van y vuelven. Y volverán mil veces mientras no tengamos fé para combatirlos, y nos azotarán el rostro con sus látigos, y nos herirán el corazon con sus espadas, y seremos una generacion infeliz mientras no busquemos por la libertad una de estas dos glorias, ó la gloria del triunfo ó la gloria del martirio. He dicho. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

LOS BÁRBAROS.

LECCION SEGUNDA.

SEÑORES :

Por fin, despues de haber recorrido tiempos tan tristes, de tan irremediable decadencia, vamos á llegar al momento supremo de la destruccion del antiguo mundo. La enfermedad cancerosa de una sociedad corrompida por el deleite, esclavitud del sentimiento ; por el despotismo, esclavitud de la conciencia, debia dar de sí el resultado funestísimo que dá siempre la esclavitud; debia dar la consuncion, no del cuerpo de aquella sociedad, sino del alma; porque si la salud es la vida del cuerpo, la libertad, señores, la libertad es la vida del alma. Nuestro pensamiento nacido para volar por el éther de los cielos, con pena se revuelca en estas épocas de decadencia, en que el lodo y la podredumbre rebosan de la tierra; pero debemos tener valor para sondear estas llagas, y despues de sondeadas, para preguntar á la conciencia de nuestro

siglo si padecemos de los mismos males y si nos morimos de la misma muerte. En algunos periódicos, manos amigas, muy amigas mias, despues de haberme tegido coronas que no merezco, aunque acepto como ofrenda de la amistad que ciega siempre, han llegado á decirme que no es lícito ni aplicar á nuestros tiempos los males de la decadencia del Imperio que aplico resueltamente, ni quejarme de la falta de libertad de que me quejo. No es culpa mia que hubiera en Roma césares indignos, patricios bárbaros que mandaban estropeando el latin y desconociendo las leyes; guardias pretorianas que hoy se levantaban por este general, mañana por el otro, siempre por el propio engrandecimiento; aristocracias sensuales, pueblos esclavos, clero sin fé empeñado en sostener una religion que se moria, no porque aquella religion pagana les llenara el espíritu, sino porque les llenaba el vientre; sofistas corrompidos y corruptores comerciantes de ideas, prontos á toda traicion, á todo perjurio; decadencia del sentido moral, amor desenfrenado á los deleites; falta de fé, de esa luz de las almas; sobra de egoismo; una juventud, olvidada de que la juventud es la edad de las grandes pasiones, convertida en alquilada plañidera de la sociedad que se iba, ó en cortesana de los tiranos que corrompian al mundo; y que en esta negra noche solo se viera relucir entre las tinieblas el hierro de los bárbaros, hierro

candente que traía el cauterio, único remedio posible cuando las sociedades se descomponen por la gangrena que mana de todos sus poros; el cauterio del fuego, que en la sociedad se llama el cauterio de las revoluciones.

La ley de la naturaleza es el movimiento, a ley de la historia el progreso, la ley de la vida la renovación. Roma estaba muy vieja. Parecía imposible que hubiera podido envejecer tanta gloria, tanta grandeza. El ánimo se pasma, se anonada cuando contempla la Ciudad Eterna. Su voz, como el viento del cielo, corre sobre el mundo entero; su fuerte brazo junta las razas; su espada las rige como el cayado del pastor al ganado; su poder amontona las religiones paganas y congrega todos los dioses á dormir en su nido bajo su escudo; su carro de guerra borra con sus ruedas las fronteras y tritura las coronas de todos los reyes; su cincel escribe en el mármol los eternos códigos que aun hoy respetan todas las generaciones; sus muros son como el templo sagrado donde iban todos los pueblos á ungir su frente con la idea sacratísima de la soberanía; y cuando la tierra se desplomaba sacudida por un gran terremoto bajo sus plantas, y el cielo se deshacía en mares de lágrimas sobre su frente, antes de arrojar á la sima su corona, aquel gigante que se llamaba Roma, aquel cíclope, cuyo único ojo era como el sol del universo moral, descuaaja los templos

antiguos, las pirámides, los obeliscos, y forma con tan gigantescas ruinas un santuario inmenso, á cuyos piés cae de hinojos, purgando en una penitencia de diez y nueve siglos, con un eterno miserere que se escapa de sus labios, aquel poder y aquella gloria grandes, imperecederas, que habia empezado por forjar la humanidad en su derecho y habia concluido por desposar la humanidad con Dios en su Catolicismo.

Por esta seducción que ejercen sobre el ánimo las altas y sublimes grandezas, hay todavía quien se duela y llore por la caída de Roma. Pero como la historia es un sistema de filosofía, y cada hecho una idea, y cada pueblo un espíritu, la historia nos ha guardado el ejemplo vivo de lo que el mundo hubiera sido sin la caída de Roma. ¿Queréis verlo, queréis contemplarlo con vuestros mismos ojos? Contemplad la Roma de Oriente, contemplad á Constantinopla; que no cae, que no es enterrada sino después de diez siglos de estar muerta, contempladla. Su ciencia es hinchada y vana como el orgullo; astros se llaman á sí mismos sus maestros, signos del Zodiaco sus doctores; miserables plagiarios, esclavizados escolastas, en cuyo corazón no hay fuerza para sentir, en cuya inteligencia no hay fuerza para pensar; que ni sienten ni piensan los esclavos. La cuna de Homero no tiene un poeta, la tribuna de Demóstenes no oye un orador. Por las puertas de la aca-

demia de Platon solo entran torpes ergolistas, sofisticadores de la razon humana. En los riscos donde se sacrificó Leonidas con los trescientos espartanos, nadie oye pronunciar la palabra patria, la palabra libertad, que resonará siempre con mágica resonancia en el corazon humano, y obligará á los hombres á purificarse de sus manchas en el fuego del sacrificio. El Cristianismo será allí no el amor, no la caridad, sino triste asunto de ridículas disputas, que no podrán mejorar ni en un ápice la vida humana. La Iglesia griega, servil instrumento en manos de los emperadores, solo ha acertado á oprimir y degradar las conciencias. Las leyes son desconocidas por los encargados de hacerlas y de cumplirlas; la justicia comprada y vendida como una mercancía; los tribunales entregados al poder; los monarcas puestos sobre toda autoridad, sobre toda justicia, envueltos en una nube de incienso, aclamados en sus viajes, adulados en la hora de la fortuna por los mismos que les abandonan ó vuelven contra ellos sus armas en la hora de la desgracia. Por el trisagio que Isaías oyó cantar en el cielo, morian en batalla campal seis mil cristianos y ardian iglesias y hospitales con todos los enfermos dentro. Las asambleas eran mercados de sofistas, la córte serallo de orientales eunucos, el palacio mancebía, las academias reunion de orgullosos sin ninguna ciencia, los concilios campos de batalla, los cam-

pos de batalla salones de cortesanas, el circo donde los verdes y los azules peleaban sobre las carreras de los carros ó de los caballos, que dá lo mismo, ocupacion única de la aristocracia; porque la falta de libertad habia traído la falta de virtud, y la falta de virtud el despotismo; castigo tremendo, pero merecido, que cae siempre sobre las naciones desmoralizadas y esclavas. Hasta que un dia la justicia divina se cansó, y abrió las compuertas de su ira y cayeron sobre aquel flaco Imperio los turcos, que dispersaron como una banda de prostitutas á césares, nobles, sacerdotes, soldados y sofistas.

Hé ahí, señores, lo que sería del mundo, lo que sería de la civilizacion, á haber durado el inmenso Imperio romano. Este Imperio era el despotismo, y el despotismo seca todas las fuentes de la vida. El hombre busca, señores, en toda la historia, con grande y perseverante afan, la luz y el aire de su alma. ¿Dónde está el aire que anima la vida, y dónde está, dónde, la luz que ilumina el espíritu? Aplicad el oido á la tierra donde tristemente duermen las cenizas de los que fueron, y oireis aún los ecos del inmenso ruido de un ejército que sube, y sube, con grandiosos esfuerzos; contemplad los sacrificios, los holocaustos, y vereis sobre las llamas el resplandor de una estrella; ved los grandes pensadores que han traído nuevas ideas á la vida, y observareis una lengua

de fuego sobre su frente; notad el movimiento de todos los espíritus en esa ascension creciente, como una gran marea de pensamientos y de aspiraciones que sube cual si quisiera tocar los cielos desde los abismos de la tierra, y es el deseo continuo é incesante de la humanidad para alcanzar esa facultad grandiosa, por la cual tiene la actividad humana algo de la actividad divina, y sin la que el trabajo seria como el sustento del bruto, como la fuerza de la máquina; el arte como el rumor de los elementos, como la copia servil de la naturaleza; el amor como el ajuntamiento de las fieras en sus cavernas, ó como la fria cohesion de los átomos en los cuerpos; la ciencia como la llama que se pierde y se disipa en los aires; la justicia como una gran iniquidad; la ley moral como una pesada cadena; esa facultad por la cual el hombre causa su propia vida y es responsable de sus acciones, la libertad; sí, la santa libertad, que tiranías, hogueras, ejércitos, castas, nos han quitado, pero que hemos ido buscando anhelantes por toda la historia, dándole los tesoros más puros de nuestra sangre, el sudor más copioso de nuestra frente, la vida más cara de la humanidad, y que ya tocamos con nuestras manos, como la corona luminosa que ha de hacer definitivamente del hombre el sacerdote y el rey del universo. (Aplausos.)

La antigüedad, señores, solo habia compren-

dido la libertad en el estado, la libertad en las castas, la libertad en las clases; pero nunca, nunca habia comprendido la libertad en el individuo, la libertad en el hombre, la libertad, no como un derecho social, sino como un derecho de la naturaleza humana que es la verdadera concepción de la libertad. El hombre es un sér de armonía, espíritu y naturaleza. Y así como en la antigüedad solo se comprendió á sí mismo como naturaleza, en la Edad media solo se comprendió á sí mismo como espíritu. Y en la esfera política sucede lo mismo. En la esfera política el hombre es una antinomia, es á un mismo tiempo individual y social. La antigüedad desde el Imperio de Oriente hasta el Imperio romano, solo comprendió el hombre social. De aquí nació aquella autoridad gigantesca que mataba toda la idea de individualidad. La Edad media, al revés, apenas comprendia la sociedad. De aquí nació el individualismo salvaje, en que se alzaba como en su base, el castillo feudal. Pero justo es decirlo, esta idea de la individualidad humana fué como la raiz de la verdadera libertad. La idea de libertad arranca de la idea de personalidad. La idea de personalidad viene á la historia, viene á la vida con la venida de los pueblos germánicos. Admiramos, señores, cómo siempre que se siente una gran necesidad social le sigue una gran revolucion que viene á satisfacerla. ¡Grande enseñanza la de la historia, más

grande aún que la enseñanza de la naturaleza! ¡Más ocasionada á llevar el espíritu á sublimes pensamientos! Cuando en el gran templo de la naturaleza vemos el sol que se sumerge en el ocaso saludado por la última plegaria de todos los séres; cuando las primeras estrellas aparecen como miradas de ángeles que nos buscan en la tierra; cuando en los días de primavera una voluptuosidad infinita embriaga los campos, y la sávia late en los troncos, y la primera hoja brota en las yemas de los árboles, y las campanillas levantan sus cálices llenas de miel entre la yerba, y las mariposas vuelan como las ilusiones de aquel amor universal; cuando en la inmensidad del mar la quilla de nuestra nave rompe las olas que hierven, y la leve lona recoge el viento que brama, y á nuestros piés vemos las estelas, y las espumas, y los animales embrionarios y fosfóricos que brillan como mundos en las gotas de agua, y sobre nuestra frente el celeste abismo de lo infinito, ése otro abismo que llevamos en nuestro pecho y que se llama corazón, nos habla, con la elocuencia de sus sentimientos, de Dios, como de toda vida; pero cuando recorremos la historia, cuando vemos que donde cae un pueblo se levanta otro, que la muerte, la pútrida muerte cuya presencia tanto nos aterra, es también un principio de perfección, pues del sepulcro donde se pierden las civilizaciones nacen otras nuevas, y en el ocaso

donde se apagan unas ideas brotan otras, siendo la destrucción de pueblos y de instituciones la prenda de la inmortalidad de toda la especie humana, no podemos menos de alabar á Dios y de reconocerle como eterno guía que dirige, ilumina y vivifica toda la historia.

La venida de los bárbaros traía gran variedad á la historia. Durante todo el período de la antigüedad solo habian dominado los pueblos de la Europa-Sur con su carácter socialista y artístico. Para hermostear la vida se necesitaba más variedad, y vinieron los pueblos bárbaros á traer su carácter individualista y guerrero. En todo el Norte del Imperio romano se extendía, envuelta entre nieblas, ignorado el territorio, llanura inmensa, variada de vez en cuando por bosques seculares, en cuyas ramas se habia enjugado el diluvio su cana cabellera de espumas, bosques llenos de rumores y de misterios, cuyos árboles oscuros y llenos de aves nocturnas, iban á perderse en las faldas de montañas coronadas por eternas urnas de hielo; y entre estas montañas que arrancaban del Polo, y las ondas del oscuro mar Océano, y las verdes riberas del Rhin, y las pantanosas del Danubio, habita inmenso enjambre de pueblos: las avanzadas en los Alpes; las vanguardias en los rios que las dividian del Imperio, sobre los cuales pasaban en la estación de invierno, merced á la congelacion de las aguas; el núcleo en la llanura;

la retaguardia allá en la Escandinavia; los restos rezagados en el Ponto Euxino, y en los desiertos tártaros, encerrados en cabañas, con el carro de guerra uncido á caballos salvajes en la puerta, las lanzas en la mano, el escudo á la espalda, el odio en los ojos, la sed de sangre en el pecho, unidos por un espíritu de destrucción, que era como un huracán encerrado en su cerebro, huracán que los arrastraba hácia Occidente; hijos de las tinieblas, cuya tierra solo producía hierro para forjar espadas, encinas para cortar chuzos; adoradores de dioses, cuyo placer era la matanza, cuyo holocausto el suicidio; que tenían por aras hogueras donde ardían cuerpos humanos; que solo aceptaban las libaciones hechas en cráneos en vez de copas, y con sangre caliente en vez de vino; poseídos del furor de la guerra como de una inspiración santa; engendrados en los combates sobre las pieles y los huesos de los enemigos; antes tocados por el cuchillo de casa que por beso de los labios maternales; y que precedidos de cuervos acompañados de brujas que sonaban en los aires y en las nubes los atambores salvajes para escitarles á la matanza, seguidos de lobos hambrientos, iban sin saber por qué, ni para qué, donde quiera que sentían gritos de heridos, rumores de batallas, olor de cadáveres, vapores de sangre, empujándose unos á otros como se empujan las olas en una tormenta y componiendo todos en uno

la condensacion en negra nube de la cólera celeste que los precipitaba á destruir el mundo.

Señores: Italia, Italia debia temblar como una rosa bajo una nube de insectos. Italia bendecida por el Mediterráneo que besa eternamente sus sandalias de mármol; coronada por los pinos y los abetos de los Alpes y las esmeraldas de sus tranquilos lagos; hija de los dioses de Oriente que los habia recogido sobre su escudo, de las ideas de Grecia que al morir habia sacudido sobre su seno la corona de verbena; riente, hermosa, ornada por aquellas feraces regiones donde naturaleza agotara toda su vida; la Campania coronada de espigas, Falerno rebosando vino de sus dorados racimos, Venafre en cuyo áureo aceite el sol habia depositado átomos de su luz, Etruria cubierta de olivas, Mántua, de cuyos laureles se coronara Virgilio; rica en templos que se alzaban sobre las colinas cubiertas de mirtos, de pámpanos, y que reflejaban sus chapiteles dorados en las celestes aguas del golfo de Partenope y de Bayas; oyendo la sibila de Cumas murmurar secretos del cielo en la gruta de Pausilipo, los poetas de Grecia cantar perezosamente en Tarento, los guerreros de Milan jurar defender á los ciudadanos de Padua y de Narena, recitar las Geórgicas para aprender los secretos de fecundar la tierra; debia temblar de horror porque en este instante supremo de la historia comienza para ella esa esclavitud, que no ha

concluido todavía, esa esclavitud que la ha obligado á poblar de estátuas, y vestir de cuadros, y henchir de armonías los palacios de los déspotas, como el ruseñor prisionero alhaga los oídos del bárbaro que lo ha arrancado á la nativa libertad de sus bosques; esa esclavitud que aún hoy arrastra en negra góndola el cadáver de Venecia, con la cual yace entre el cieno de las lagunas casi ahogadas la honra y la independendencia de Italia.

Pero Italia habia cometido un gran crimen que debia purgar en la implacable justicia de la historia. Su derecho que habia trasformado las familias, dulcificado la autoridad del padre, ennoblecido la mujer, no pudo curar la llaga cancerosa del viejo mundo, no pudo curar la esclavitud. Mientras Italia se entrega á sus orgías y apura hasta las heces las copas de los festines, liba los besos de todos los placeres juntos, envia á sus soldados á que le cacen esclavos en las orillas del Rhin y del Danubio, en las montañas de Tracia, y de Beocia, y los arrancan á la patria, á la libertad, al hogar, á los brazos queridos de la familia, los sepultan en aquellos abismos de las ergástulas, donde no penetran ni el aire, ni la luz, ni un sentimiento de humanidad y compasion, les arrojan los despojos de sus perros de caza para entretener su eterna hambre y los alcanzan y los clavan botones de hierro candente para enfurecerlos, y los llevan al Circo, donde el amigo se vé obligado á

herir al amigo, donde el hermano atraviesa el vientre á su hermano, donde caen heridos escuchando, entre el extertor de la agonía y los acerbos dolores de sus últimos instantes, las carcajadas del pueblo y los ecos de las alegres sinfonías, hasta que sin ver siquiera si han muerto, los arrojan al espoliario y forman un inmenso monton de carne humana, donde muchas veces el frio de la noche despierta á algunos infelices que se incorporan sobre los vientres deshechos, las tripas rotas, la sangre coagulada, el extertor de los moribundos y el extridente ruido de los perros y los lobos hambrientos venidos allí á hartarse, y llevándose una mano á su pecho herido maldicen á Roma, y caen; maldiciones que se cumplen, que se condensan como una gran tempestad, como una gran nube sobre la Ciudad Eterna; nube que se abre un dia arrojando de su seno los bárbaros, que vienen á cumplir la cruenta pero justísima venganza de sus progenitores, los esclavos.

Roma, desde el principio del Imperio, con esa mirada escudriñadora de la sibila que penetra en lo por venir, comprendió lo que iban á ser los bárbaros en su vida. Tácito los retrataba como un ejemplo y un remordimiento para la Ciudad Eterna, que podia comparar su cancerosa servidumbre con la nativa independendencia de los bárbaros en sus bosques. Lucano veia, despues de pintar la rota de Pharsalia, la libertad que exhalara en Ca-

ton su último suspiro, huyendo á refugiarse allende del Rhin. César, dotado de ese genio que es como la condensacion del espíritu humano en la conciencia de un hombre, preveia cuán mortales enemigos iba á tener Roma en aquellos pueblos salvajes, y pugnaba por encerrarlos dentro del Imperio, queriendo, en un paseo casi fabuloso que ideaba por Asia, cortarles la retaguardia y separar la Germania y la Escandinavia del gran semillero de razas. Tenia razon para temblar César, porque los bárbaros habian vencido con él á los caballeros romanos en los campos de Pharsalia. Bandos de germanos se sentaron durante todo el Imperio en el suelo romano. Los letes eran soldados bárbaros á sueldo de Roma. Roma necesitaba aún en la época floreciente del Imperio más de los bárbaros que los bárbaros de Roma. Así es, señores, que si quereis, durante el Imperio, durante la época en que la vida de Roma es más uniforme, si quereis calificar con una fórmula su idea interior, no podreis, os hallareis perplejos; pero con una sola palabra podeis calificar su idea exterior. Cada emperador lleva en su frente un reflejo de las ideas encerradas en aquel horno que se llama Roma; César, el genio humanitario; Augusto, el espíritu político y administrativo; el feroz Tiberio, el terror; el demente Calígula, la embriaguez del despotismo; el imbécil Claudio, el dominio de las mujeres y de los libertos; el hermo-

so Neron, la sensualidad epicúrea; Galba, Othon, Vitelio, el desenfreno militar; el misántropo Vespasiano, con sus dos hijos, los delirios del genio del Oriente; los Antoninos, ó mejor dicho los grandes emperadores desde Nerva hasta Marco Aurelio, la idea del derecho animada por la idea estóica; el desgraciado Pertinax, la venta en pública almoneda de la reina de las naciones; el bárbaro Cómodo, la trasformacion del Circo en Senado y de los gladiadores en reyes; Septimio Severo, la lucha del patriciado con el pueblo y del pueblo con la guardia pretoriana; Heliogábalo, el deleite delirante, frenético, de una sociedad voluptuosa; Alejandro Severo, la debilidad y la estupidez que sigue siempre á las orgías; Diocleciano, el predominio del genio del Oriente sobre el génio de Occidente en el Imperio; Constantino, la nueva idea religiosa; Constancio, la heregía nacida de la incertidumbre del espíritu; Juliano, el neo-platonismo, último holocausto ofrecido á los muertos dioses; Teodosio, la imágen del último romano: todos diversos en caractéres, en ideas, en tendencias, pero unidos todos en el pensamiento altísimo de evitar la caída del mundo que iba á ser aplastado por aquel inmenso témpano de hielo que rodaba con grande estrépito desde el Polo sobre la llama del fuego sacro de la vida romana que ardía en el Capitolio.

Pero era imposible. La ley de la Providencia

debía cumplirse. El terror fué tal y tanto, que muchos de los últimos emperadores pronunciaban desde el trono la palabra libertad. Era tarde. Los poderes moribundos suelen pronunciar la palabra libertad cuando el agua del diluvio les llega á los labios. Si una vez se salvan y vuelven á forjar cadenas, tenedlo entendido, á la segunda vez, cuando quieren pronunciar la palabra libertad, el agua del diluvio les cubre la cabeza. Mirad esas dinastías desterradas, espectros que vestidos de púrpura representan las sombras últimas de la antigua sociedad; miradles, todos han ejercido el despotismo en el trono, y todos han invocado la libertad en el destierro; pero como Dios castiga duramente las grandes mentiras sociales, á todos los ha marcado con el sello de la reprobacion en la frente. Pues lo mismo, lo mismo sucedia á los últimos emperadores romanos. Graciano exhortaba á las provincias á ejercer la libertad, á formar asambleas; Honorio restauraba la tribuna, gritaba á los pueblos esclavos para que se irguiesen, para que se pusieran de pié, porque él estaba pronto á cambiar el látigo de la dictadura por la espada de la ley. Era imposible. Los pueblos se habian embrutecido tanto en la servidumbre que ni fuerza tenian para incorporarse. Los últimos romanos invocaban algo más terrible que la muerte, invocaban ellos mismos en su dolor y en su esclavitud la irrupcion de los bárbaros. Leed

los autores del tiempo. Se encontraban en una de esas épocas en que no se vé desgraciadamente más remedio que el remedio heróico de una revolución. Mamertino dice en su panegírico de Juliano, que los bárbaros eran deseados, porque no podían traer desgracia mayor que la esclavitud universal sufrida bajo el Imperio. Paulo Orosio en su historia, exclama: «Se encuentran romanos que prefieren entre bárbaros pobre libertad, á dorada servidumbre bajo los Césares.» Salviano en su libro de providencia, capítulo V, añade: «*Malunt enim sub specie captivitatis vivere liberi, quam sub specie libertatis viveri captivi.*» Amiano Marcelino se condeole de aquella desercion universal, y escribe: «Llaman á los enemigos, ambicionan ¡oh horror! la esclavitud. Nuestros hermanos se van entre los bárbaros, y cuando los llamamos se burlan de nosotros y nos dicen corrompidos esclavos; sólo quedan en el Imperio los pobres, porque no se pueden llevar consigo sus familias ni sus habitaciones.» Señores, hé ahí expuestas sin retórica, expuestas sin declamaciones, las horribles consecuencias que trae la falta de libertad para los pueblos.

La idea de libertad en los bosques de Germania hervía, en aquellos bosques pintados por Tácito, que con una mano trazó la inscripcion para el sepulcro de la sociedad que se perdía en la noche y con la otra mano el bosquejo de la socie-

dad que brillaba en el crepúsculo de lo por venir. Tierras indecisas, lagunas movibles, bosques, playas azotadas por tempestades eternas, montañas ceñidas de nieblas, rios de vario y caprichoso curso formaban el país de aquellos germanos; en su carácter, en sus costumbres, en su vida, contradicción viva del pueblo romano ya decrepito, aquellos germanos, impulsados á pasar el Rhin por la irrupcion de otros pueblos más bárbaros, dispuestos á hartar su hambre en la guerra, cantando siempre, ora cantares melancólicos ante sus dioses, ora cantares terribles como ahullidos de fieras, acompañados del rumor de sus escudos, del choque de sus lanzas; raza solo á sí misma semejante, de alta estatura, de nervudos miembros, de ojos azules como sus mares, de cabellos rojos como el fuego de la tea que llevaban en las manos; menospreciadores del oro, porque no conocian las necesidades que el oro satisface; amantes solo del hierro, porque creian indigno ganar por el trabajo lo que podian ganar por los combates, deber á su sudor lo que podian deber á su sangre; reunidos en asambleas donde los príncipes trataban de las cosas menores y el pueblo entero de todas; gobernados más por el ejemplo que por la autoridad, más por la persuasion que por la fuerza; en derecho penal no conociendo otro castigo que la multa, ni otra justicia que la venganza particular; todos con facultad de elegir á sus

jefes y con el deber de seguirlos y de imitarlos, porque los jefes pelean por la victoria y los compañeros por el jefe; ninguno capaz de indolencia; abrazados á su escudo, sobre el cual mueren, pues si lo pierden se ahorcan, y mientras combaten al lado de sus parientes, oyen sonar en el cercano carro de guerra los gritos de sus hijos, y cuando han concluido las batallas, se dejan caer en brazos de sus esposas para que les cuenten las heridas y las cicatricen con sus labios; algo de santo ven brillar en la frente de la mujer, que bajo las encinas mirando las aves y las nubes, predicen lo porvenir; algo de espiritual en sus dioses, que no tienen forma humana; algo de divino en sus niños, porque la cuna es para ellos un altar immaculado; algo sagrado en sus caballos salvajes, que los conducen á las batallas, porque retroceden ó avanzan por el aviso de sus relinchos; algo de religioso en la familia encerrada en casas solitarias y aisladas, donde la mujer no ve esos espectáculos que la seducen, esos festines que la embriagan; donde el niño corre desnudo sin que acertara á tomar otro pecho para alimentarse que el pecho de su madre; donde los jóvenes no aman sino tarde, y por eso tienen larga y robusta juventud; donde comen poco aunque en el beber se esceden; y son hospitalarios con el extranjero, humildes con el siervo, y juegan á pequeñas batallas, y desconocen la usura, y deliberan en los

festines donde son más francos, y toman sus resoluciones en su hogar donde son más dueños de sí mismos, y cambian de propiedades para no aficionarse como si fueran árboles al suelo, y son castos, y el hombre guarda fidelidad á una sola mujer toda la vida, y la mujer á su marido hasta más allá de la muerte; pueblo que con estas virtudes venia á traer sangre pura, y con estas fuerzas, con estas espadas á abrir las venas del canceroso Imperio para infundirle su sangre.

Estos pueblos avanzaban sobre Roma. La invasion tuvo dos caractéres: fué pacífica primero, fué guerrera más tarde. La invasion pacífica comenzó en tiempos de Marco y duró hasta principios del siglo v. Tuvo, pues, de duracion setecientos años. Los germanos entraban por dos puertas; por la servidumbre, por la milicia. Eran, pues, soldados y esclavos. Como soldados ocupaban la cima de aquella sociedad militar; como esclavos, la base. Algunos de ellos subieron al Imperio. Pero la civilizacion romana de ninguna suerte convenia á pueblos primitivos. Estaba corrompida y los hubiera viciado; estaba gangrenada y los hubiera disuelto. La ancianidad es respetable, porque lleva sobre su frente los resplandores de la vida y de los misterios eternos. Un anciano que ha pasado sin caer por las grandes desgracias de este mundo, por sus desengaños de todos los dias, por sus desencantos, es tan respetable como un

veterano que ha cruzado incólume entre muchas y pavorosas batallas. Pero un jóven, á quien el vicio convierte prematuramente en decrepito anciano, es repugnante. Y los vicios de Roma hubieran hecho esto con los bárbaros. Jornandez nos refiere en el capítulo veintiocho de su *Historia de los godos*, un caso que merece ser conocido, porque es la enseñanza viva de lo que hubiera pasado á los bárbaros á haber absorbido en sus venas la vida romana. Un dia Athanarico, rey de los godos, fué á Constantinopla. Imaginaos, señores, qué efecto harian en aquel bárbaro, que sólo habia visto sus desiertos, sus cabañas, sus carros de guerra, sus estepas solitarias y heladas, los templos y palacios inmensos, las estátuas colosales, los monholitos de pórfido, los chapiteles dorados, las esferas azules sembradas de estrellas de plata, las naves del puerto, los jardines que coronaban las casas; imaginaos lo que le parecerian á él medio desnudo, mal envuelto en su manto de pieles de rata, mal cubierto con su saco de cuero, aquellos sátrapas orientales, vestidos de púrpura recamada de perlas, calzados de oro, coronados de altas tiaras en que resplandecian topacios y esmeraldas; imaginaos qué impresion haria en su paladar acostumbrado á carne cruda y á orines de caballo, ó á cerveza, que es lo mismo, cebada fermentada, bebida bárbara, indigna del paladar de griegos y romanos; imaginaos qué impresion le harian el olo-

roso vino, las sabrosas frutas, sesos de faisán, las ricas viandas con que se regalaban los romanos; fué tanta, tan grande la impresión, comió tanto, bebió tanto, se divirtió tanto, gozó tanto, que se murió; señores, reventó en los festines de un hartazgo de ánades, complicado con una borrachera de vino de Falerno. Pues lo mismo, estrictamente lo mismo hubiera pasado á su pueblo. No estaba, nó, ni el estómago de los bárbaros dispuesto á digerir la comida romana, ni su espíritu dispuesto á digerir las ideas romanas. Dios, pues, les mandaba que invadieran el viejo mundo romano, y debían invadirlo. Eran los mensajeros de las venganzas celestes. No podían venir en paz para asfixiarse en aquella atmósfera cargada de perfumes, sino en guerra, y en guerra cruenta. Todo, todo estaba preparado para esto. El mundo callaba como calla el mar antes de una tempestad, cual si recogiera sus fuerzas y reposara un instante para luchar más fuertemente con los vientos. Sonaba la hora, sí, la hora tremenda. ¿Qué resistencia podía ofrecer el Imperio? Roma era demasiado grande para los últimos Césares; Ravenna con sus canales emponzoñados, su quebrado territorio, su aire malsano, donde las moscas no dejan vivir de día, ni las ranas dormir de noche, y las cenagosas aguas están inmóviles mientras se mueven las casas, y duermen los magistrados y velan los ladrones, y los soldados están tendidos en lecho de púr-

pura mientras hacen guardia las mujeres, y los clérigos prestan á usura como los sirios mientras los sirios salmodian en las iglesias, y los eunucos siguen la carrera de las armas y los bárbaros la carrera de las letras; Ravenna es la córte de Honorio, córte escandalosa en que dominan los patricios germanos, y Aezio, el último romano, cede la mitad de su lecho á una mujer bárbara, hechicera, envenenadora, fuerte como Agripina, y cuya alta estatura humilla á las matronas de Roma; y los romanos rasgan su túnica, dejan su manto, se descalzan de sus sandalias para vestir las pieles de fieras de los bárbaros y calzar sus abarcas que los hacen vacilar y cojear; y los esclavos orientales mandan más que los señores; y Estilicon, un godo, un hombre nacido allende el Danubio, es el único que tiene fuerza para combatir, y ánimos para triunfar; y un moro, venido de los arenales del África se pone al frente del ejército romano; y los últimos poetas, sin acertar á coger la lira que en otro tiempo incitara á los señores del mundo á la pelea y á la libertad, deshojan flores sobre el techo nupcial del César, rogando á la aurora que lo envuelva en sus sonrosadas gasas, y al Amor que lo rodee de ilusiones, y á Terpsícore que dance á su alrededor con sus locas diosas, y á Vénus que abandone Pafos y Chipre para derramar todas sus delicias; ruego vano, porque el dueño del mundo, cuando su esposa se

desciñe el velo de azafran de las vírgenes y la corona de azahar, y se dirige á su lecho para recibir el primer beso de amor, ni siquiera fuerza tiene para levantar sus párpados á mirarla: que los desenfrenos de la tiranía en su voluptuosa córte lo han condenado á eterna y oprobiosa impotencia.

Entréguese el Imperio á sus desórdenes, suenen las liras y los tambores, y las voces lascivas de las mujeres mezcladas con las de aquellos desgraciados que son ménos que mujeres, llenen las nubes de perfumes exhaladas de pebeteros de ámbar el ambiente cargado de sonidos y de suspiros, envuélvanse en telas de púrpura los señores del mundo y corónense de flores; no tengan labios sino para cantares voluptuosos, ni manos sino para agitar las copas de oro que rebosan espumoso vino; ríanse en buen hora entre la embriaguez de las gracias de sus bufones, mientras por las laderas de los Alpes baja Alarico, despues de haber saqueado á la Grecia, llevando tras de sí aquellos bárbaros que incendiando, talando, sin perdonar ni sexo ni edad, arrancan los niños del pecho de su madre para ahogarles; violan á las mismas mujeres que acaban de herir en la agonía; unen al hijo con su padre, y los arrastran atándolos á las colas de sus caballos; reciben desde los altos palacios, como una limosna, provincias enteras, y castigan de esta manera terrible en aquel infierno de la invasion á los tiranos que ni siquiera en-

cuentran al caer del trono un sèpulcro en la tierra.

Ya desde este momento no hay fuerza humana que pueda evitar la catástrofe. El cielo se oscurece, el mundo tiembla, los lamentos son universales, el ángel de la muerte extiende sus alas sobre la tierra como un águila sobre su nido; los godos destrozan á Italia; los francos, los más ágiles y más blandos de los bárbaros esclavizan á los galos; los vándalos en las aguas del Mediterráneo sumergen los barcos que habian llevado en sus vientres los productos de la civilizacion por toda la tierra; los sármatas, guerrilleros que suben por las montañas en sus cabalgaduras húngaras, ligeras como águilas, armados de largas lanzas y guarecidos tras sus escudos de lino lleno de aceradas puas, incendian las montañas de la Pannonia y de la Mesia, que parecen piras funerarias; los alanos, de rostro marcial, de larga cabellera, héroes hasta el punto de tener por un heroismo el asesinato y por una desgracia la muerte natural, adoradores de una espada puesta de punta en el suelo, á cuyo alrededor danzan como energúmenos, devoran á España, cayendo como un torrente desde las crestas del Pirineo; los sajones, que creen tener el mundo como una presa entre sus garras, que gustan del ruido de la tempestad y de los combates con las olas y los huracanes, no tan impetuosos como sus bárbaras almas, aque-

llos abortos del Océano, que cuando se les aguarda huyen y cuando se les evita vienen, extienden por la Gran Bretaña de un mar á otro mar el voraz incendio, de tal suerte, que la isla se parece á una lengua de fuego, y pasan á todos sus habitantes á cuchillo, siendo tan grande, tan terrible la catástrofe, que ruinas de templos, restos de incendios, montones de cadáveres aplastados, no bastan á saciar á los bárbaros anhelantes del exterminio universal; y así los infelices britanos se dan al suicidio, ó huyen en barcas entregándose á merced de las olas sin saber dónde van, reconviniendo al cielo que los ha ofrecido á los bárbaros como se ofrecen los corderos á un festin; mientras detrás de todos estos pueblos vienen tribus todavía más feroces que ahuyentan á los mismos bárbaros, como si Dios hubiera estrellado el universo en los espacios y convertido el planeta en un monton de ruinas ó en un inmenso sepulcro; como si la humanidad agonizante cayera para morir en un inmenso cenagoso charco de hiel, de lágrimas y sangre, y aquellas tribus no fueran sino los cuervos venidos al olor de la muerte á devorar el gran cadáver de todo el género humano.

Por fin, los bárbaros se acercan á Roma. Alarico oyó mil veces en sus desiertos una voz que le decia: «A Roma.» Instintivamente, sin saber el camino de la ciudad que iba á destruir, toma la vía flaminia, el camino de los antiguos vencedores,

por donde César volvió de las Galias. Su ejército es como una tromba henchida de sangre. El ruido del trueno le precedía como si fuera la estridente trompeta anunciando á la Ciudad Eterna que sonaba su última hora en la tierra y comenzaba el juicio de Dios en el cielo.

Seiscientos ochenta años hacia que Roma sólo estaba acostumbrada á ver entrar pueblos vencidos por sus puertas. Ahora iba la reina del mundo á ser vencida. Las tiendas de los bárbaros, los carros de guerra acampan delante de sus muros. La ciudad que aterró á Anibal, hace reír á Alarico. Su senado que se creyera degradado si lo compararan á una asamblea de reyes, tiembla en presencia de un bárbaro. La Roma material brillaba como en sus mejores tiempos. Estaban de pié los arcos, las columnas, los simulacros, los templos, las estátuas; sólo faltaban los romanos. No eran, nó, romanos aquellos aristócratas opulentos que ocultaban su cobardía tras el amparo de glorioso nombre. No eran, nó, romanos aquellos alcabaleros, aquellos asentistas que, habiéndose enriquecido, formaban esa estúpida aristocracia del oro, incapaz de todo sacrificio. Más plata tenía uno de aquellos usureros en su mesa que trajo Escipion de la toma de Cartago. Más celebraban la conquista de alguna mancha aquellos perfumados elegantes que celebró Mario la victoria de los cimbrios. Pero eran pobres

en medio de su riqueza, porque no tenían una idea. Estaban hastiados en medio de sus placeres, porque no tenían corazón para ningún sentimiento. Vestidos de púrpura, sentados en su carro de guerra, eran esclavos del César, porque eran esclavos del vicio. No deliberaban sobre las alianzas de Roma, sino sobre las personas que convenia convidar á un festin. Desposeidos de toda religion, se habian tornado supersticiosos, y no salian de sus casas sino despues de haber consultado la posicion de Mercurio y la faz de la luna. El pueblo, en tanto, no podia pelear. Iba á recibir de limosna un pan, un puñado de bellotas, y no se acordaba del eterno pan del alma, de la libertad. De su servidumbre no se quejaba, nó; quejábase de que habiéndose gastado tanto dinero en acueductos, no se hubiera gastado algo en vineductos. Entonces los Césares destinaban toda la vendimia de la Campania á emborrachar al pueblo. Los bárbaros caian ya sobre Roma, y aún peleaban los gladiadores en el Circo, y tres mil bailarinas danzaban alrededor de los cadáveres, y tres mil coristas llenaban de cánticos el aire oscurecido por la tempestad. Alarico sitió la poblacion, tapió las doce puertas, cortó la navegacion del Tíber. Roma, que al mandar al mundo sus feciales le mandaba su autoridad, se estremecia de espanto y de terror. El hambre se levantaba sobre aquella ciudad que habia devorado mil pueblos,

Todo se consumió. Los ciudadanos se mataban unos á otros para proporcionarse el alimento de carne humana. Algunas madres se volvieron locas de hambre y devoraban á sus hijos. Los cadáveres estaban amontonados por las calles; sus pútridos miasmas envenenaron los aires. La peste siguió al hambre. Los paganos clamaban por las plazas diciendo que Roma se perdía porque se habían perdido los dioses. Algunos cristianos iban al Capitolio á evocar las antiguas fórmulas religiosas para que el rayo de Júpiter hiriese á los godos. ¡Ah! Los blancos toros del sacrificio habían sido devorados por el hambre de los estómagos, y los dioses devorados por esa otra hambre insaciable del espíritu. Los romanos salieron á tratar con Alarico. Su primer palabra fué una amenaza.—Somos muchos, dijeron.—Mejor. Cuanto más espesa es la yerba, más muerde la hoz. Los romanos retrocedieron espantados.—¿Qué quieres?—Todo el oro.—¿Y qué nos dejas?—La vida. Cuarenta mil esclavos, cuarenta mil vengadores de Espartaco, trasformando en espadas sus cadenas, corrieron al campo de Alarico á tomar venganza. Por fin, entraron. Los ángeles exterminadores soñados por el evangelista en Patmos, armados de espadas más largas que sangrientos cometas, les guiaban. Ardieron los templos, se arruinaron los palacios, murieron abrazados á sus dioses los romanos, fueron violadas las matronas sobre los charcos de sangre, entre

los ahullidos de aquellas fieras y el torbo resplandor de los incendios. Vosotros, los que todos los días llamais santa, divina, la tiranía; vosotros, los que quereis el silencio del pensamiento y el ocio de la voluntad: ved ahí, hipócritas engañadores, el castigo de los pueblos que se entregan á la coyunda vil del despotismo.

Roma ha muerto. Los emperadores la asesinaron; Alarico la enterró. Odoacro no hizo más que arrojar sobre su cadáver un puñado de tierra. Pero el espíritu de Roma no muere. Deja fundadas tres cosas, que serán eternamente su gloria y nuestra fuerza. Dejó fundadas, la unidad humana, la ciudad, el derecho. Por eso Roma ejerce un prestigio tan grande hasta sobre los mismos bárbaros. Ermanrico, que no la habia visto nunca, y á cuyos oídos el nombre romano solo llegaba en alas de la tempestad, quiso fundar un Imperio tan fuerte y unido como el Imperio de Roma. Athanarico al ver un César, exclamó: «verdaderamente es un Dios.» Alarico mismo se sintió sobrecogido de espanto al entrar como vencedor en aquella Roma que habia vencido al mundo. Ataulfo muere en el teatro á manos de sus domésticos (*inter fábulas familiares*), porque en vez de ser enemigo de aquella Roma hollada por sus padres, piensa en restaurarla. Odoacro quiere que se olvide su nombre bárbaro, y solo se vé en su frente el reflejo del alma de los Césares. Teo-

dorico, el gran Teodorico, guarda el Imperio, sus leyes, su administracion, su gloria, sus magistraturas, como uno de esos soldados que en Egipto guardaban el sueño de las momias. La grandeza de Carlo-Magno que tanto nos asombra, y que ha pasado á la literatura y á las artes como un mitho, consiste en que siendo bárbaro consume su vida en evocar el Imperio romano. Ese ideal buscó por el mundo Cárlos V, última sombra del genio de la caballería que se extingue en una inmortal carcajada de Cervantes. Roma es el sueño de los bárbaros; Roma impera durante la Edad media más desde su sepulcro que durante la antigüedad desde su trono. Pero, señores, en este momento del siglo que historiamos, era preciso que Roma espirase, porque con Roma no era posible la idea de las nacionalidades. Permitidme, señores, permitidme que me detenga un instante con religioso respeto á considerar el nacimiento de nuestra nacionalidad; permitidme que la salude como el hijo saluda á su madre; que la aclame como la personificacion santa de todo lo que hemos respetado y querido en la vida; que bese su sagrado suelo cubierto con la ceniza de tantas generaciones de héroes; que envíe un suspiro de bendicion á sus aires que han llevado al seno de Dios el alma de tantos mártires: que en este instante en que nace, como nace todo lo humano, entre lágrimas y sangre, recuerde los destinos

gloriosos que vá á cumplir en el mundo, recuerde, sí, que su pecho fué por espacio de setecientos años el escudo de Europa, que su genio dobló la creacion encontrando en la soledad del Atlántico un nuevo paraiso, santuario del hombre regenerado y libre, que sus naves salvaron la civilizacion cristiana amenazada de muerte en las hirvientes aguas de Lepanto, que en nuestro mismo siglo convirtiendo en altares de la libertad y de la independencia los muros de Cádiz, de Gerona, de Zaragoza, despertó á la Europa y enseñó á los pueblos á vencer á los conquistadores, á derribar en el polvo á los tiranos, para que fortalecidos por estos grandes ejemplos y aleccionados por estos grandes recuerdos, sepamos pelear y morir algun dia si es preciso para conservar el depósito de las cenizas de nuestros padres, el sagrado suelo de la patria. Pues bien, señores, de los fragmentos del Imperio se formaban las nacionalidades. Al concluir estas últimas edades de la civilizacion antigua, se siente dentro del mundo romano un grande movimiento en que cada pueblo busca su símbolo propio, como la señal de su nacionalidad. No significan otra cosa los treinta tiranos. Si los bárbaros, los venidos á dar la idea de individualidad y la idea de las nacionalidades caian en la adoracion de Roma, no se cumplian las leyes providenciales de la historia. Por eso Dios mandó pueblos aun más feroces que azotaran y empuja-

ran á los bárbaros á cumplir sus maravillosos destinos. Vienen los hunnos á conmover y aterrar á los mismos bárbaros. Originarios de los desiertos de Tartaria y de las costas del mar glacial, engendrados en un punto, nacidos en otro, amantados en otro, sin amor al suelo, errantes por inmensas soledades, teniendo por toda vivienda un carro de guerra, llenas de cicatrices las mejillas, porque al nacer se las han partido para que sintieran antes en sus labios el amargor de la sangre que la dulzura de la leche; velludos de cuerpo como los osos, pequeños de estatura, nervudos, hundida la cabeza en los hombros, angosta la frente, casi ocultos los ojos que brillan como los de las lechuzas en la oscuridad de la noche; calzados con pieles de cabra, vestidos con pieles de rata, bestias más que hombres, figuras deformes semejantes á los que ha creado el miedo de todos los pueblos, el miedo, ese histérico del alma; deformes en sus costumbres como en su figura, pues comen raíces de sus selvas, ó carne cruda, beben sangre, llevan su ración entre las piernas y el lomo del caballo, lanzan gritos horribles, combaten cuerpo á cuerpo, apresan al enemigo arrojándole un lazo al cuello y arrastrándolo tras de sí; comen, deliberan, duermen, viven siempre á caballo, asestan en vez de flechas huesos humanos; no tienen idea de lo justo, ni sentimiento de pudor; no hablan, graznan como

los cuervos, ahullan como las fieras, y deshaciéndose unas veces como las montañas de arena de sus desiertos y condensándose otras veces como las trombas marinas, son los residuos del mundo bárbaro que vienen á quemar el cadáver de Roma que no cabia en la tierra.

Dirigiendo aquellos bárbaros se levanta un hombre que parece el espíritu de las ruinas, el fuego siniestro y fosfórico que cruza por los cementerios; un hombre engendrado en un carro de guerra, nacido entre batallas, criado al pálido resplandor de los incendios; jugando desde niño con las cabezas de sus enemigos; pequeño como un enano fantástico en un cuento de brujas; de ancho pecho que hierve como el cráter de un volcan; de ojos hundidos que relampaguean; de rostro aplastado, lleno de cicatrices, semejante, *deformæ offæ*, á una deforme tortuga, de color casi negro y cabello casi blanco; azote de la tierra, asesino de pueblos, verdugo de Roma, conocedor de su sangriento destino; con las manos siempre crispadas, airado su semblante; llevando siempre una tempestad en su aliento; que si se mueve es para destruir una region, y si mata para exterminar cien pueblos y dejar millares de cadáveres insepultos; de feroces instintos, de desenfrenados apetitos, pues sus mujeres forman un ejército y sus hijos una nacion; sin creencia, sin culto; acompañado de enjambres de pueblos; servido de

legiones de reyes esclavos; conciso en sus palabras que son ahullidos; constante en sus propósitos; cruel como un tigre; vengativo como un chacal, y que, mostrando la Germania talada, la Mesia encendida, Betsaria borrada, Sirmum saqueado, setenta pueblos de Thesalia aniquilados, dos ejércitos romanos rotos, cien naciones perseguidas y cazadas como fieras, los dos emperadores del mundo á sus plantas, las Galias deshaciéndose bajo el peso de sus legiones, con la espada de los dioses germánicos en la mano y el odio á la humanidad en el pecho; montado en su negro caballo, cuyas crines, segun la tradicion, destilan sangre, parece Atila el Ariman el génio de la destruccion evocado por el Oriente, ó Satanás que se escapa del infierno á empujar á los bárbaros para que cumplan su horrible destino de destruccion y de exterminio.

En aquella gran ruina, la Iglesia es el arca que va flotando sobre las aguas del diluvio. Lo digo sin rebozo, sin temer á que los enemigos de la libertad se aprovechen de mi declaracion; sin la Iglesia en este momento, el mundo se hubiera perdido. La Iglesia es la unidad en aquel caos; la caridad, el amor en aquel odio universal; la disciplina de la autoridad en la anarquía; la fuerza moral cuando solo dominaba la fuerza bruta; la democracia espiritual y religiosa en contraposicion á la aristocracia feudal de los bárbaros; la

ciencia que ilumina las espesísimas sombras de la ignorancia; la sociedad espiritual que ora, intercede, perdona, cura; consuela, cuando todos odian, maldicen y matan; el eterno espíritu de progreso; la idea de Dios que se oculta en el fondo de todas las catástrofes para continuar la vida humana como la luz del sol que se oculta en todas las tempestades; el refugio de la conciencia humana, y sobre todo, el gran tribuno que se opone al desenfreno y al despotismo militar con la palabra; señores, la palabra, el verbo eterno del espíritu que hace temblar siempre á todos esos ridículos tiranos que, careciendo de una idea, solo se fian á la fuerza; bárbaro antropófago, dios que concluye por derribar á los mismos que le adoran. Resumamos. El mundo antiguo dejó la unidad y la igualdad; el mundo germánico trajo la personalidad y la libertad; el mundo católico coronó estas dos ideas con la fraternidad y la caridad. El nuevo mundo estaba hecho; comenzaba, pues, la nueva historia. Roma antigua murió en aquellas catástrofes como se disipa una víctima en el humo del sacrificio. ¿Habremos nosotros deducido de esto alguna enseñanza? ¿Será Roma una nube que se disipe en los aires? No. La historia ó no es nada ó es el grito de la conciencia humana. La historia ó no es nada ó es la experiencia de la humanidad que nos guarda provechosas enseñanzas. Mirad aquellos males, y vosotros me di-

reis si sentís alguna espina igual en vuestro corazón. Una nube de sofistas servida por otra nube de soldados dominaba en Roma. Bastaba que hubiese un bárbaro con una espada muy larga y una ignorancia muy grande, un bárbaro que ni conocía la hermosa lengua latina, para que todos creyesen que el poder debía ser su patrimonio. La tribuna estaba en el polvo, y rota, pero no lo estaba la tribuna de la conciencia, porque esta es la única fortaleza á donde no alcanza nunca la espada de los soldados, ó si alcanza será fundida por la espada de fuego de la palabra con que Dios ha armado á sus elegidos, los hombres de la inteligencia y de la idea. El amor á los goces habia quitado su luz á las inteligencias y su energía á los corazones. Todos estaban prontos á la traicion, al perjurio por un puñado de oro, ninguno al sacrificio que purifica la vida. Vinieron primero los sofistas y degradaron las conciencias. Vinieron despues los tiranos militares y degradaron los caracteres. Tras los sofistas y los tiranos vinieron los bárbaros. Cuando las naciones llegan á este extremo, solo tienen un remedio. Si no lo sienten, si no lo conocen, ¡ay de las naciones! les aguarda la triste suerte de Roma. He dicho. (Estrepitosos y repetidos aplausos.)

APLICACIONES.

LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Continuemos nuestras lecciones siempre con el mismo espíritu. Sea cualquiera la suerte que me esté reservada en este flujo y reflujo continuo de ideas y de hechos, ora enmudezca para siempre, ora en otros sitios y desde otras más altas tribunas defienda las ideas á que he consagrado mi corazón sin odio, y mi inteligencia sin dobleces: no olvidéis nunca, señores, que en todos mis discursos he procurado inspiraros el culto á la libertad, sin la cual no es nada la vida humana; el culto á la virtud, sin la cual no es la libertad fecunda, y el culto á Dios, sin el cual ni la libertad ni la virtud resplandecen: que libertad, virtud y Dios son la trinidad misteriosa que coronan como con una diadema de fuego las sienes de nuestra alma. Veo con dolor, con un dolor amarguísimo, profundísimo, lo poco que hemos adelantado; veo la misma

duda reinando en las inteligencias; el mismo abatimiento en los corazones; nieblas sobre la conciencia y cadenas sobre la voluntad; las nacionalidades todavía mutiladas y ahogadas en lagos de sangre; el derecho todavía velado con espesas sombras; los pueblos, despues de tantos años de revoluciones, aún esclavos; y los espíritus esos que como los buhos solo se gozán en revolotear por las tinieblas, todavía queriendo que la muerte reine sobre la vida, como si la resurreccion de la podredumbre de los sepulcros pudiera ser obra de los hombres; como si en los esqueletos palpitará un corazon y ardiera la lumbre de las ideas; como si el cadáver de Cleopatra, fuese capaz de inspirar amores, ni de conquistar un mundo las cenizas de Alejandro, ni resucitar el terror antiguo la sombra de Felipe II enterrada en su frio y húmedo sepulcro del Escorial: que el rio de la vida no vuelve atrás, y á medida que corre se ensancha y acaudala, abriendo más profundo lecho en el seno de la tierra, y retratando con más verdad y más pureza el resplandor de los cielos. El mundo ofrece grandes y casi invencibles obstáculos á las nuevas trasformaciones. Por todas partes les cierra el paso. Pero estas trasformaciones se cumplen y se realizan cuando las impulsa la gran palanca de una idea. Y esta idea viene siempre cuando hay hombres decididos á sacrificarse, á morir por ella; viene á las invocaciones de la fé

como un misterioso ángel del cielo á caer sobre las hogueras del martirio. Los hombres que se arrojan á defender esa nueva idea, son los primeros en morir para esta vida de un dia, pero son los últimos en morir para esa otra vida de la historia. Cada treinta años se agita una generacion que, cautiva del Estado, encerrada en algunos palmos de tierra, orgullosa de sí misma, cree definitivo y eterno todo lo que hace, y se imagina que con declarar inviolables sus preocupaciones é infalibles sus oráculos, ni ha de borrar aquellos, ni ha de desoir á estos la eterna marejada de nuevos pensamientos que se alza hirviente de los profundos abismos del espíritu. Como una ola pasa sobre otra ola, como brota una nueva hoja sobre la rama desnuda, como nuevas eflorescencias de astros brillan en la inmensidad de los cielos, nuevas generaciones se despiertan, y cambian la escena del mundo, y levantan altares á las ideas á que sus padres levantaban cadalsos, y convierten las víctimas de ayer en sacerdotes, y abren al soplo de nuevas ilusiones la fantasía, al amor de nuevas esperanzas el sentimiento, á la fé de nuevas ideas la inteligencia; y cada siglo le dice al siglo anterior: retírate, que me quitas el sol de la verdad; retírate, dice el Cristianismo al paganismo, y el paganismo se desvanece; retiraos, dicen los bárbaros á Roma, y Roma cae; retírate, dicen los caballeros feudales armados de sus lanzas á las

últimas sombras del Imperio que se dibujan sobre los destrozados muros de Roma, y se van con Teodorico, y Justiniano, y Carlo-Magno; retírate, dicen los reyes al feudalismo, y saltan al estallido de la pólvora los castillos; retírate, dice la filosofía á la antigua fé desde Abelardo hasta Descartes, y la fé vuelve al cielo; retírate, dice el renacimiento á la Edad media, y sobre las vírgenes penitentes del Giotto y Fra-Angélico se levantan las vírgenes de Rafael con la sonrisa de Grecia en los labios; retírate, dicen los jurisconsultos desde las cámaras reales al poder político de los Papas, y ese poder se arruina; retírate, dice la clase media á la monarquía absoluta, y se van, como una procesion de sombras en alas del huracan revolucionario, los reyes absolutos; ¿y no hemos de probar nosotros que traemos, en cumplimiento de nuestro destino una nueva idea en la inteligencia, á los sofistas, á los doctrinarios, á los neo-católicos, á todos esos gusanos que si viven ¡ay! viven de la podredumbre de una sociedad que ha muerto, retiraos, porque ya no nos inspirais ni odio ni amor, ni simpatías, ni antipatías; dejadnos trabajar respirando el aire de la vida y recogiendo la luz que baja del cielo; dejadnos poner las últimas piedras en esta eterna obra del progreso, porque traemos nuestras espaldas agobiadas por la cúspide de la idea de la fé divina que ha de unir los cielos con la tierra?

¡Qué enseñanza ofrecen estas épocas de renovación, de nueva vida, como los cinco siglos que acabamos de historiar! Toda gran revolución va henchida de la idea de justicia que asciende rápida del espíritu, como toda nube va henchida del vapor que asciende de los torrentes y de los mares; todo gran revolucionario es un jurisconsulto que trabaja por un nuevo derecho, un filósofo que ilumina el mundo con una nueva idea, un redentor que trae una nueva vida, un pontífice que funda una nueva religion, un trabajador que remueve con su piqueta desde los átomos de polvo de la tierra hasta las estrellas del cielo, un sacerdote que opone al estado social presente el estado social venidero; como Xenofanes opone á la estrecha patria griega la inmensidad del espíritu, y Sócrates á la voz de los oráculos la eterna voz de la conciencia humana, y Tácito al despotismo de Neron y de Domiciano la libertad germánica, y Pablo Antonio y Athanasio á la corrupcion pagana su soledad, su ascetismo, sus maceraciones, y el Dante á la anarquía feudal la idea potentísima de la autoridad y del imperio, y Tomás Morus á las guerras religiosas la paz de la conciencia, y Cervantes al despotismo oscuro, triste, de la casa de Austria que iba encerrando nuestra nacion en triste sarcófago, la vida ingénua, libre, del campo, la alegría de sus pastores coronados de ramos donde brillaba el rocío, la idealidad de su héroe.

tan anhelante de libertad como de sacrificarse por los oprimidos, y Rousseau á la vida cortesana de Luis XV, vida de corrupcion, de artificio, de fórmulas vanas, la expansion de la naturaleza, transmitiéndose todos unos á otros esa eterna utopia de esperanzas infinitas, de ensueños muchas veces irrealizables, pero que agrandan el espíritu y lo obligan á caminar hácia adelante, dejando detrás de sí ruinas, destrozos, tablas rotas de sus altares, con las cuales se levantan los cadalsos de los redentores del género humano, que despues de darle sus ideas, le dan gozosos su propia vida para que se alimente, y crezca, y realice su derecho.

Pues bien; una de estas revoluciones hemos descrito é historiado, quizá la más grande, la más trascendental, la más importante de toda la civilizacion humana, aquella en que el espíritu sintió á Dios en su seno. Sí, porque el espíritu humano como el universo, es uno y vario á un mismo tiempo en su vida. Y siendo uno y vario en su vida, es uno y vario en la historia, ese eterno reflejo de la vida. Por eso encontrareis en toda la humanidad las mismas ideas fundamentales, y aquí está la unidad. Pero en cada pueblo encontrareis diversas manifestaciones de estas ideas, y aquí está la variedad. Y de tal suerte es verdadera esta unidad, que en la historia universal se encuentran á un mismo tiempo en pueblos que ni se conocen,

ni se tratan, necesidades análogas, unas en el fondo, diversas en la forma. Las edades principales de la historia antigua son: edad de las tribus, edad de los sacerdotes, edad de los navegantes, edad de los héroes, edad de los filósofos, edad de los conquistadores, edad de los redentores, con la cual se abren las puertas de la historia moderna y la idea de Dios entra en verdad triunfante en nuestra conciencia. Pues bien; á un mismo tiempo vereis aparecer todas estas fases de la vida por diversos pueblos. En vano todos los pueblos han querido llenar de genealogías infinitas los tiempos anti-históricos. Esas genealogías son las ondas que cubren las cimas del tiempo, como el diluvio cubriera la cima del espacio; son el caos moral que precede á la vida, como el caos material precedió á la luz. Al mismo tiempo aparece Focio en la China, Abraham en la tierra del Señor, los reyes pastores en Egipto, el pelasgo tañendo su cítara en las montañas griegas, el etrusco en Italia, el íbero en la tierra donde el sol se pone dándose las manos sin ver el punto en que se reúnen, y formando con sus religiones como una cadena invisible. Acaba esta primera edad, y se constituyen las teocracias, y son casi contemporáneos los dioses que nacen de los bosques índicos, y sus sacerdotes, los colegios sagrados de los astrónomos de Caldea, los geroglíficos escritos sobre las pirámides donde una teocracia ha guardado sus se-

cretos, los templos célticos levantados en los espesos y oscuros bosques, piedras miliarias manchadas con sangre, á cuyos piés se hallan los cáveres que revelan los sacrificios humanos; tiempos que son en el génesis de la historia como los terrenos volcánicos en el génesis de la naturaleza, y forman los grandes y duros lechos á que el aluvion traerá más tarde la tierra vegetal donde han de brotar las ideas. Sí, las piedras célticas son en la historia como las grandes montañas en el planeta, la primera erupcion del espíritu. El mundo está dormido al pié de los templos; el sacerdote es rey, el pueblo esclavo, el trabajo durísimo, las pagodas inmensos abismos abiertos en las entrañas de la tierra, las estátuas montes cincelados por gigantesca manera; los elefantes, los tigres, los leones, las águilas, todos los animales que tienen gran fuerza, dioses; verdadera edad de la esclavitud, de la resignacion del espíritu en la naturaleza; edad que no se trasforma sino cuando el fenicio en Oriente, el cartaginés en Occidente, el pelasgo marino, *pelagos*, intenta con su barca, su remo y su lona dominar los vientos y las ondas, y demuestra el dominio del espíritu sobre la naturaleza. Entonces crece el hombre, y ya es razon que aparezcan los héroes. Y aparecen. Sí, aparecen á un tiempo mismo en varias regiones. La caida de Troya resuena en toda la tierra como un golpe dado en el centro hace vibrar todo el

escudo. Las antiguas dinastías se van; Ulises, la prudencia monárquica, anda errante como una sombra de lo pasado; Agamenon muere desgraciadamente; Codro es último rey de los alemanes; las grandes ciudades griegas coronadas de acantho nacen á las orillas del mar Mediterráneo, Corinto, Cumas, Nápoles, Mesina, Marsella, Rosas, Denia, como un coro de sirenas que juegan con las espumas de las olas; las repúblicas brotan como por encanto; el héroe Eneas entra en Roma, la ciudad del hombre; el héroe David en Jerusalem, la ciudad de Dios; los tártaros montados en sus caballos ligeros como las olas del huracan, turban el sueño de China, y en los dos polos de la historia de este tiempo, en los dos extremos de la civilizacion, en los bosques sagrados de la India donde nacieron los dioses, y en los celestes mares de Grecia donde por vez primera sintieron los hombres la voz de su conciencia, en estas dos regiones pelean á un tiempo Rama y Aquiles, cantan unísimamente Homero y Valmiki, é inauguran una nueva edad Kápila y Pitágoras, como dos coros que sin verse mutuamente en la tierra mezcláran unísonos sus cánticos en la inmensidad de los cielos. Pero así como las ruinas de Troya indican la muerte de la edad teocrática, las ruinas de Babilonia señalan la muerte de la edad heroica y el comienzo de la edad de los filósofos. Babilonia se hunde en sus orgías, la ciudad de la mágia,

mientras surge Atenas, la ciudad de la razón. A un tiempo se extingue la voz del mago en los altares de Baal, la voz del profeta en Jerusalén, porque Esdras es el último de los profetas, y la voz de los oráculos en Delfos, porque la Pitonisa depones su corona de verbena á las plantas de Sócrates. Las ideas abstractas, las ideas filosóficas, llenan los altares de los dioses, y substituyen al culto del sentido el culto de la razón humana. Fúndanse las grandiosas escuelas, comienzan los romanos á cimentar en leyes prácticas las ideas abstractas de Grecia, y tal movimiento se deja sentir también allá en Oriente, y al calor de la idea filosófica brotan como Sócrates, como Platon, Buda en la India, Zoroastro en Persia, los profetas científicos del Cristianismo. Pero toda idea dá un impulso, es decir, toda idea se convierte necesariamente en fuerza. Por eso, detrás de toda idea viene una revolución. El pensamiento filosófico se hubiera perdido en los vagos aires á no venir la fuerza de los conquistadores abriendo surcos hondísimos para sembrarlo en la tierra. Cuando la filosofía ha llegado á su síntesis universal en Aristóteles, Grecia sintetiza el mundo, permitidme la frase, con Alejandro. Es el conquistador, no de los pueblos, sino de los espíritus; lleva sobre la frente la estrella de una idea; su espada es como una hoz de oro que no mata sino poda para que sea más frondoso el árbol de la vida; pasa

trece años en una odisea de inmortales conquistas; es más bendecido y más llorado por los conquistados que por su compañeros, y cuando muere funda Alejandría, el eterno templo donde el espíritu de Oriente y de Occidente se identifican en ósculo inmortal. El águila romana me parece más tarde la blanca alma de Alejandro que ha huido de su sepulcro, y que se cierne sobre todo un pueblo, obligándole á concluir su obra. Pero así como en la creacion de la tierra todas las sustancias se disponen de suerte que no parece sino que buscan su expresion universal en el hombre, en la historia todas estas épocas se modelan de suerte que piden la aparicion de un redentor. Notad todo lo que sucede cuando el Redentor va á aparecer. Los profetas enmudecen, los oráculos se pierden, los dioses huyen, la filosofía reemplaza á la religion, ábrense las puertas de Oriente, los romanos con el instrumento de la guerra universal pacifican el mundo; la idea de Dios sale de Jerusalem como abandonando su patrio nido; la idea humana se trasforma en Alejandro y se compenetra y confunde con la idea divina en el sincretismo neoplatónico; las ciudades magas, hechiceras, como Babilonia y Persípolis arrojan de sí los dioses, los disipan como una nube de incienso en sus orgías; Grecia esculpe el cuerpo del hombre como preparando la naturaleza humana á una apoteosis; Virgilio llama á las palomas del valle, á los arroyos,

á las fuentes, á los floridos arbustos, á las colinas cubiertas de lirios para que presencién la renovación de la naturaleza, la primavera del espíritu; y allá en un rincón de la Judea, misterioso niño, sin más escudo que el blanco cendal de su cuna, sin más arma que la invisible palabra escapada de sus labios, llama en torno de sí á los pastores, á los esclavos, á la plebe tenida por vil, á todo lo que era mofa, escarnio del mundo, exalta su conciencia, les revela su espíritu, les declara iguales á los patricios por su origen, superiores por su dolor y sus desgracias, y muere en la cruz, en el ignominioso patíbulo por donde habia corrido eternamente la sangre maldecida de los esclavos; y cuando vienen los que van verdaderamente á abrirle paso en el mundo, los que con su martillo pulverizan estado, familia, propiedad, leyes, todo lo viejo para que reciba la levadura de todo lo nuevo, aquella cruz ignominiosa es la salvación de Roma, porque en aquella cruz ha muerto la esclavitud, y á su sombra ha sentido el hombre despertarse en su seno la santa voz de su conciencia que le ha revelado su eterna y desconocida libertad. Tended los ojos por la historia, y vereis cómo todos los pueblos aguardan en este tiempo un redentor; Foe, en China; en la India Brahma, el pastor que lleva en sus manos la copa llena de rocío de la primera mañana del mundo; en Siria, Apolonio Thianeo; en Palestina, Simon el Mago;

en Egipto, Vespasiano; en Nápoles, Plotino; ilustres soñadores que con sus milagros, hijos de su exaltacion, embellecen y divinizan la naturaleza humana y la engrandecen fuera de sus estrechos límites, y le dan esa ardiente sed de lo infinito que solo puede calmarse en el cielo. Llamad á estos hombres embusteros, falsarios, vosotros los que pesais los hechos históricos en la balanza de una crítica excéptica, vosotros los que medís con el ángulo de vuestro compás los dominios infinitos del espíritu humano, llamadlos embusteros, yo tengo el derecho de preguntaros, si han derramado alguna vez en el alma vuestras frias verdades el bien, el consuelo que derramaron estas anatematizadas mentiras.

El mundo pedia, pues, á grandes y repetidos clamores una verdad espiritual que lo sacara del materialismo, donde estaba sumido como el hipopótamo en su lecho de barro. Toda la historia estaba preparando tan supremo instante. La antigüedad no habia sido más que una larga preparacion al Cristianismo. Los astrónomos dicen que antes de formarse los astros, la materia cósmica estaba diseminada en los cielos. Pues bien; antes de formarse el Cristianismo sus ideas se hallaban diseminadas en la conciencia. Cristo pronunció el *fiat*, y el astro de la nueva idea surgió formado del caos. La India habia diseminado sus gimnosofistas á las puertas mismas de Alejandría

y de Jerusalem; la Persia habia llamado á la eucarística de su magia á todos los pueblos; los budistas predicaban la caridad á razas inmóviles y dormidas en el egoismo; el fariseo guardaba la idea de Dios con su celo verdaderamente religioso; el saduceo llevaba las ofrendas de la civilizacion clásica al pié del tabernáculo; el esenio predica la maceracion y el ayuno; el alejandrino encuentra la síntesis entre el helenismo y el judaismo; el gnóstico desaloja los dioses de la naturaleza y la puebla de ángeles que traen la palabra divina en sus alas; los profetas apocalípticos anuncian que la tierra tiembla hasta en sus cimientos sacudida por una idea como la nave por el viento; los egipcios recuerdan la inmortalidad del espíritu; las escuelas de los rabinos idealizan el antiguo testamento, sus símbolos y sus leyes; los ascetas levantan lo ideal sobre lo real, y cuando todas estas grandes tempestades se cruzan en los espacios, se oye la voz aquella misteriosa que se exhala, no de un trono sino de un patíbulo; la voz doliente que redime el espíritu, y redimiendo el espíritu redime toda la vida, el arte, la ciencia, el derecho, el sentimiento, la idea, volcando un mundo, y entre sus ruinas produciendo una nueva humanidad, á cuyos ojos se abre un horizonte infinito con aquella máxima que le dice: «no lla- mes á ningun hombre tu dueño ni tu señor, y sé perfecto como es perfecto tu Eterno Padre que

está en los cielos.» Parece imposible que ciertas gentes hayan borrado en términos la imágen de Cristo de la conciencia humana, que sea difícil, imposible casi descubrirla. ¿Nombraré á esas gentes? De ellas puede decirse lo que decia el profeta Isaías en el verso tercero del capítulo primero de sus profecías: *Cognovit vos possessorem suum. et asinus pressepe domini sui; Israel autem non cognovit, et populus meus, non intellexit.* Palabras del profeta, que aplicadas al caso presente, dicen: «Conoce el buey al pastor y el asno á su dueño, y los neo-católicos, que se creen los elegidos de Cristo, no conocen á Cristo.» No lo conocen, no. Hace diez y nueve siglos que su palabra está encerrada en la historia y aun no la han oido. Cuando holló la tierra, los tronos temblaron, y se estremecieron de gozo los esclavos que vivian en las cadenas. Tiberio, Neron, eran los poderosos; Cristo, Estéban, Pablo, los esclavos. Pues bien; los esclavos venian á poner la planta sobre los poderosos. Mirad la luz del Calvario, y en verdad, os digo que estais ciegos, si no veis que aquella es luz de libertad. No puede, no, sostener la tiranía el que dijo á los tiranos: «hijos sois del miedo, sombras sois del pecado.» No puede sostener las castas soberbias el que dijo: «entre vosotros, el que quiera ser el primero, sea el último, y el último sea el primero.» No puede, no, sostener el cadalso y el verdugo que aun reinan en nuestra socie-

dad, el que demostró en su patíbulo que la muerte impuesta por un juez humano puede herir la misma justicia divina. No puede, no, sancionar el privilegio el que exclama: «todos teneis un padre en la tierra, que es Adan, y un Padre en el cielo, que es Dios.» Él nos dijo: «buscad á la justicia, y lo demás se os dará por añadidura: qué no puede dejaros desnudo el que viste las aves del cielo y los lirios del campo.» Él llamó á sí á los pobres, á los oprimidos, á todos los desheredados. Su doctrina fué la reaccion del alma de los esclavos contra los Césares. Sus primeros sectarios, todos los hombres que la sociedad arrojaba de su seno. Él ha obligado á diez y nueve siglos de grandeza y de luz á estar de rodillas delante de un patíbulo, que no se hubiera atrevido á mirar un patricio romano. Y no vino á matar, sino á resucitar; no vino á perder, sino á salvar. ¿Le creerias santo y redentor, si en vez de mostraros el sepulcro de Lázaro vacío, y Lázaro de pié, hubiera sembrado de cadáveres su camino?

Pues bien; mirad lo que hacen los soberbios que se dicen su imágen sobre la tierra. Han convertido la corona, que de cada una de sus espinas mostraba una gota de sudor, en diadema de brillantes, que descompone en maticas la luz de los cielos; han convertido la frágil caña de escarnio en cetro de oro para escarnecer á los hombres; la túnica de lino en manto de púrpura teñido en

sangre; la hiel y vinagre en orgiástico vino; la caridad, el amor, en guerra y exterminio; en vez de resucitar cadáveres podridos como el de Lázaro, han enterrado naciones vivas como Polonia, Hungría, Italia; han nombrado su primer ministro al verdugo, y despues se han llamado imágenes continuadores ¡santo Dios! de aquel que no abrió sus labios sino para bendecir, que no tuvo corazón sino para amar, que habiendo creado los cielos y los astros, llamó sus hermanos, á estos gusanillos del polvo que se llaman hombres; de aquel que nació en un establo, y llamó padre á un artesano, y vivió la vida del pobre, y tuvo por apóstoles pescadores, y diseminó su doctrina entre el pueblo, cual si queriendo redimir con su muerte el alma del error, y con su vida el envilecimiento del trabajador y el trabajo. La historia del mundo, ha dicho el más grande de todos los filósofos modernos, es la historia de la libertad. Pues bien, señores; si la historia del mundo es la historia de la libertad, podemos decir que desde este instante supremo del Cristianismo, la emancipacion es más fácil. La humanidad desde el punto en que pasa por el Calvario pasa por la cima de su emancipacion. Cada siglo rompe un eslabon de la cadena histórica y trae en sus alas una idea nueva. Cada grande edad es como un golpe de cincel dado por un escultor invisible en esta estatua que llamamos hombre, y que vá señalando

con su dedo la misteriosa corriente de los hechos. En cada siglo encontrareis un lado malo, una sombra espesa; pero en cambio, cuánta luz, cuántos esfuerzos para levantar á la humanidad de su postracion. Llamad á juicio todos los siglos, porque á todas tenemos derecho de juzgarlos, y os presentarán un lado oscuro, reaccionario, y un lado claro, refulgente; una fuerza que los paraliza, otra fuerza que los mueve; ¡maravillosa mecánica de la historia! y vereis á todos realizar una parte de la idea, que nace en este tiempo del nacimiento, del origen del Cristianismo. El siglo primero es el siglo de Tiberio y de Neron, pero es tambien el siglo del Redentor y del Imperio, el siglo en que Cristo proclama la unidad de Dios desde el Calvario y el Imperio la unidad de todos los hombres desde el Capitolio. El siglo segundo es el siglo de Domiciano y de Cómmodo, pero es tambien el siglo en que los gnósticos preparan el Oriente para la nueva idea, y los apologistas el Occidente, y los estóicos, sin quererlo y sin saberlo, llevan el soplo del Cristianismo, de la justicia divina, al derecho romano. El siglo tercero es el siglo de Heliogábalo, pero es el siglo en que Orígenes lleva la filosofía al Cristianismo, y Plotino el Cristianismo á la filosofía, el siglo en que la fé y la razon sin conocerse aún se abrazan como dos ángeles que se encontraran perdidos en medio de una tempestad. El siglo cuarto es el siglo de Ju-

liano, de la reaccion pagana, pero es el siglo de la accion católica, del Concilio de Iliberis, de Nicea, el siglo en que el Verbo penetra en la conciencia como la palabra creadora penetró en el caos en el primer dia de la creacion; el siglo en que si la ciudad del hombre, Roma, se arruina, se levanta la ciudad de Dios. El siglo quinto es el diluvio de la antigua sociedad; por los cuatro puntos del horizonte vienen: Alarico seguido de los visigodos, Odoacro seguido de los ostrogodos, Jenserico seguido de los vándalos, Atila seguido de los hunnos; pero sobre aquella desolacion universal se levanta el primer boceto de la personalidad humana ceñida con los resplandores del Cristianismo. El siglo sexto es el siglo de Leovigildo el parricida y del martirio de Brunequilda, pero es tambien el siglo en que los bárbaros se reconcilian con la Iglesia por medio del franco Clodoveo y del godo Recaredo. El siglo sétimo es el siglo del envilecimiento de los godos en Toledo, su nueva Bizancio, pero es tambien el siglo de la exaltacion del espiritualismo católico en las razas del Norte, por medio de San Gregorio, y de la exaltacion del deismo en las razas del Mediodía, por medio de Mahoma. El siglo octavo es el siglo de Tuder y de Arnando, los grandes apóstatas; de Muza y de Tarik, los conquistadores; de Nitikuid y de Astolfo, los grandes bárbaros; pero en cambio es el siglo del renacimiento, la expulsion de los árabes al Mediodía por

Pelayo y Cárlos Martel en Poitiers y Covadonga, y del vencimiento de los sajones por Carlo-Magno y Ludovico Pio en Aquisgram y en Paderbon. El siglo nueve es el siglo de Lotario el parricida, de Silo, de Mauregato, pero es el siglo del quebrantamiento del Imperio árabe con la caída de los omniadas en Damasco, y del quebrantamiento del Imperio cristiano con la caída de los carlovingios en París. El siglo diez es el siglo en que Othon vió palidecer el sol, y la esposa del rey Roberto adulteró con el diablo, y Almanzor, la última sombra del califato, dispersó con el sonido del atambor árabe los cristianos, y los monjes aguardaron de rodillas el sonido de la trompeta final, pero es el siglo en que el hombre al verse libre de la terrible fecha del año mil creyó resucitar y se reconcilió con la naturaleza. El siglo once es el siglo del Pontificado, el siglo en que mientras cae el califato con el último de los omniadas en Córdoba, cae, y si no cae agoniza, el Imperio en Maguncia, mientras Gregorio VII con la corona de todos los reyes en su frente y el rayo del cielo en sus manos, vé la condesa Matilde ofreciéndole Toscana; David I desalojando los dioses drúidicos de Escocia; el conde Enrique presentándole como un recién-nacido Portugal; Ramiro I, Aragon; Canuto IV, Dinamarca; Boleslao II, Polonia, y hasta Alfonso VI cambiando en Toledo el rito visigodo por el rito latino para que el espíritu y la forma de la Iglesia

sean universales. El siglo doce es el siglo de oro del Catolicismo; el siglo del mayor florecimiento de la arquitectura bizantina; del nacimiento de la arquitectura gótica; de los poemas en que los héroes son los enemigos de los enemigos de la Iglesia como Roldan y como el Cid; el siglo de Godofredo de Bouillon, el rey vírgen; de las cruzadas en que un mundo á la voz del pontífice se levanta como una ola y cae sobre otro mundo; el siglo en que si Abelardo protesta, su voz, estéril y mutilada como su cuerpo, se pierde en los acentos de Pedro el Ermitaño y San Bernardo. El siglo trece empieza siendo de la Iglesia y concluye apartándose un tanto de la fé, como Pedro II uno de sus héroes que pelea en las Navas al lado de los cristianos, y perece en Muret al lado de los albigenes; el siglo que tiene por letra inicial Inocencio III, y por letra final Bonifacio VIII; el siglo que comienza con San Fernando, con San Luis y el rey D. Jaime I, concluye con Federico II el ateo, con Guillermo de Escocia el rebelde, con Pedro III de Aragon el excomulgado, con la Carta Magna arrojada por los barones ingleses al rostro del Papa, y con los grandes testamentos del Catolicismo, la Suma Teológica, su testamento científico; la Divina Comedia, su testamento poético; las Comunidades italianas, su testamento político; las Partidas, su testamento en derecho; el Giotto, su testamento en pintura; el Campanile de Flo-

rencia, las catedrales de Colonia, de Búrgos, de Toledo, su testamento en piedra. El siglo catorce es el siglo en que el ideal artístico, que estaba en el cielo con Beatrice, baja á la tierra; en que el guantelete de hierro de la monarquía abofetea al Papa, y Bocacio se rie de los conventos, y el arcipreste de Hita de Roma, y Gerson combate la teocracia que ha sido la vida de la Edad media, y la revolucion monárquica que durante dos siglos corria subterránea, estalla, y llega para fundar las nacionalidades modernas al terror, engendrando á Pedro el cruel en Castilla, á Pedro el temible en Portugal, á Pedro el del puñal en Aragon, á Cárlos el malo en Navarra, al fratricida Burgen en Suecia, al gran Kan de los tártaros, que en una noche ahorca á todos los reyecillos de Rusia como los reyes de Occidente ahorcaban á todos los señores feudales que tenian á mano.

El siglo quince es el siglo de los descubrimientos, el siglo en que se generaliza la pólvora, y las naves encuentran con la brújula un derrotero en el desierto de las aguas, y el pensamiento con la imprenta una prenda segura de inmortalidad, y la táctica se convierte en una matemática que destruye los ejércitos sucursales, y el crédito iguala las condiciones y hace de banqueros, como los Médicis, reyes, papas, y los poetas clásicos renacen á los conjuros de Poggio, y Vasco de Gama vuelve á encontrar en Oriente la India, la tierra

de lo pasado, y Colon en Occidente halla la América, la tierra de lo por venir, y el pintor inventa la perspectiva y despierta la naturaleza en los cuadros, y el arquitecto arranca á la tierra los templos griegos y romanos, y los eleva en los aires, y la tierra entera rejuvenecida se extremece de gozo y de esperanza, cual si hubiera en su seno un Dios, como la jóven esposa que siente palpar el primer fruto de su amor al primer sentimiento de maternidad en sus castísimas entrañas. Y aparece el siglo diez y seis, y la monarquía absoluta recoge su evangelio, el libro de Maquiavelo, y se forman los grandes imperios: el Imperio español con Cárlos V y Felipe II; el Imperio francés con Francisco I y Enrique IV; el Imperio turco con Bajaceto y Amurat IV; la confederacion del Imperio hungólico, tártaro y chino; y al pié de estas absorbentes unidades ruedan desde el siglo anterior las protestas de Zuingho en Suiza, de Crammer en Inglaterra, de Calvino en Francia, del dulema Kabir en Turquía, de Cazalla en España, de Bruno y Savonarola en Italia, de Lutero en el mundo; y cuando la Iglesia quiere contestar, contesta con la música de Palestrina, con los pinceles de Rafael, con el cincel de Miguel Angel en San Pedro, donde levanta al cielo el panteon de todos los dioses; obras todas en que si no está escrita la protesta religiosa, está escrita la protesta artística, primer

combate asestado contra la Iglesia, y que la Iglesia no conoció hasta nuestro siglo. Y viene el siglo diez y siete, y con él la filosofía de Descartes, que levanta la voz de la duda filosófica; Loke, que funda la filosofía en el sentimiento; Leibnitz que la funda en la idea; Espinosa y Mallebranche, que la fundan en el sér; y al mismo tiempo que la filosofía se robustece, la monarquía decae, porque desde Luis XIV baja al duque de Borgoña, desde Enrique VIII al cadalso de Carlos I, desde el gran Carlos I al impotente Carlos II. La razón había mostrado la autoridad; los pueblos empiezan á destronar á los reyes. Y viene el siglo diez y ocho, y es el siglo de la revolución; sí, de la revolución en todas partes; de la revolución, que es un inmenso órgano que tiene cien voces, porque es revolucionario todo el mundo: el rey Carlos III que suprime la Orden de los jesuitas; el rey José II que borra los fueros del Papa; el rey Federico que asienta la filosofía en el trono; el duque Leopoldo de Toscana que suprime la pena de muerte; la reina Catalina de Rusia que consulta á los filósofos; Kant, que en la crítica de la razón pura, destruye los fundamentos de la antigua filosofía y en la crítica de la razón práctica asienta los fundamentos del nuevo derecho; Voltaire que persigue con su risa excéptica todas las ideas, y Rousseau que escribe el decálogo de la nueva sociedad; Beaumarchais que se rie del rey y del

clero en el teatro, como se ríe Moratin de nuestros mogigatos y de nuestra educacion absolutista; el padre Feyjóo, y Aranda, y Campomanes, la revolucion en el trono, la revolucion en el claustro, la revolucion en el foro; Rossini la revolucion en la música; Mirabeau el rayo de santa electricidad; Robespierre la nube; el alma de Danton el huracan; hasta que por fin, en medio de todas estas grandes olas de ideas mezcladas con turbiones de lágrimas, se ve brilar el gran principio de la nueva sociedad, el fruto de tantos afanes, el objeto de tantos estudios, el foco de tantas ideas, la revolucion francesa, y sobre la revolucion francesa esta política que debeis grabar en vuestro pecho, debeis transmitir á vuestros hijos, los derechos naturales, la muerte del feudalismo, de la teocracia, de la monarquía; la eterna consagracion de la libertad humana, en cuya virtud, rotas á sus plantas todas las cadenas, el hombre se declara el rey de la naturaleza. Hé aquí, señores, cómo se han unido los dos polos de la historia, el Cristianismo y la Revolucion, el siglo primero y el siglo diez y nueve. No hay más que un solo Dios, dijo Cristo; no hay más que una sola humanidad, dijo la Revolucion. Todos los hombres son iguales ante Dios, dijo Cristo; todos los hombres son iguales ante la ley, dijo la Revolucion. Todos los hombres son libres, dijo Cristo, y rompió el yugo del destino; todos los hombres son libres, dijo la Revolucion, y rompió

el cetro de los reyes absolutos. Todos sois hermanos, dijo Cristo; todos sois hermanos, dijo la Revolución. Delante de Dios no no hay ni nobles ni esclavos, dijo Cristo; pues delante de mí no puede haber esclavos, dijo la Revolución. La conciencia es libre, exclamaron los primeros cristianos en el patíbulo y en el tormento; la libertad de conciencia es un derecho inviolable, dijo la Revolución. Y hé aquí, señores, cómo se unen el Cristianismo y la Libertad; y hé aquí cómo si el siglo primero escribió el Evangelio religioso, nuestro siglo ha escrito el Evangelio social. Sois hijos de Dios, dijo Cristo; sois hombres, ha dicho la Revolución. Hé aquí unidos el primero y el último siglo de la historia. En este exámen de los siglos, vemos, señores, la existencia real de ese sér superior que llamamos humanidad, y á cuya vida llamamos historia.

El individuo duda, y la humanidad afirma; el individuo falta, y la humanidad es immaculada; el individuo yerra, y la humanidad acierta siempre; el individuo vacila, cae, y la humanidad se mantiene firme; el individuo retrocede, y la humanidad progresa; el individuo es irreligioso muchas veces, y la humanidad no ha cesado ni un punto de comunicarse con Dios en esta ó en la otra forma; el individuo muere, y la humanidad es inmortal. Por eso de cada uno de los siglos en que la humanidad ha vivido, se levanta un cántico

inmortal que inspira, como los ecos del órgano bajo las bóvedas de una catedral gótica, vivo sentimiento religioso. Bendecidlos, señores, bendecid conmigo todos los siglos. Así como en la gran química de la naturaleza nuestro cuerpo está formado de todas las sustancias de la tierra, en la gran química de la historia nuestro espíritu está formado de todas las ideas de los siglos. Bendecidlos, pues, señores, bendecid todos los siglos. Bendecid las edades anti-históricas, porque fueron vuestra cuna; bendecid las tribus, porque fueron vuestras madres; bendecid la teocracia, porque afirmaron el primer sentimiento religioso en el corazón humano; bendecid los pueblos heroicos y los pueblos trabajadores, porque los unos hicieron dueños de la sociedad y los otros dueños de la naturaleza; bendecid los filósofos, porque abrieron vuestra razón á lo infinito é hicieron oír al espíritu la voz de la conciencia; bendecid los conquistadores, porque con sus espadas borraron las fronteras y unieron las razas; bendecid el siglo primero, porque fué el siglo en que cimentada la unidad humana por la guerra, y la unidad divina por la revelación, se dieron un abrazo inmortal en el seno de vuestro espíritu: bendecid el siglo segundo, porque convirtió todas las ideas en el derecho que aun guarda el paraíso de vuestro hogar; bendecid el siglo tercero, porque unió la razón y la fé separadas en toda la historia; bendecid el si-

glo cuarto, porque llenó con las armas de la idea divina toda la conciencia; bendecid el siglo quinto, porque con mano fuerte grabó sobre las ruinas la idea sagrada de vuestra personalidad; bendecid el siglo sexto, porque completó la idea germánica de vuestra personalidad con la idea social del Catolicismo; bendecid el siglo sétimo, porque os trajo en sus alas con el soplo del Oriente un recuerdo de los primeros días de la creacion; bendecid el siglo octavo, porque es el siglo de nuestro renacimiento y por consiguiente de nuestras glorias nacionales; bendecid el siglo noveno, porque fortificó la idea de vuestra personalidad con el feudalismo; y el décimo, porque el hombre vuelto en sí se reconcilió con la naturaleza sin separarse de Dios; y el undécimo porque confirmó la idea social con el pontificado; y el décimo-segundo porque creó los municipios sobre los cuales dejó el siervo del terruño sus cadenas; y el décimo-tercio, porque creó esa poesía cuyos tipos aun sostienen al heroismo en todos los pueblos; y el décimo-cuarto, porque fundó las nacionalidades, condicion necesaria de la patria; y el décimo-quinto, porque os hizo dueños del planeta; y el décimo-sexto, porque os hizo dueños de vuestra conciencia; y el décimo-sétimo, porque os hizo dueños de vuestra razon; y el décimo-octavo, porque os hizo dueños de vuestro derecho; bendecid toda la historia, porque es el génesis inmortal del espíritu, pero bendecid so-

bre todo á Dios, porque es el alma, la vida, la razón y el movimiento de toda la historia.

Pero, señores, en estos cinco primeros siglos que hemos historiado, se vé la separacion entre dos artes, entre dos ciencias, entre dos sentimientos, entre dos sociedades, entre dos corrientes de la vida. Roma ha muerto. Mientras sirvió al progreso, mientras sirvió á la libertad, el mundo entero fué su tributario. Esta unidad absorbente, esta unidad incontrastable fué rota porque era necesario que apareciese la idea de personalidad. Así vá el mundo. Así los poderes más altos se derrumban. Así los séres más humildes se exaltan. Así se cumple la ley maravillosa del progreso. Adoremos estas dos palabras: Dios y libertad. He dicho. (Frenéticos aplausos.)

APLICACIONES RELIGIOSAS.

LECCION CUARTA.

Señores :

Hemos consumido cuatro años enteros tratando los precedentes del Cristianismo, su preparacion en el mundo, su ulterior desarrollo; justo es que hablemos ahora, como consecuencia natural, de la aplicacion de todas estas ideas al espíritu y á la vida presente. Nuestros estudios se verian completamente malogrados, completamente perdidos, si no reflexionásemos algo, siquiera sea con brevedad, sobre nuestro estado religioso. No hay para qué ocultarlo, porque las llagas no se curan ocultándolas; nuestro estado religioso es muy triste, la crisis que atravesamos, excepcional y suprema. El sentimiento religioso es una necesidad del alma como la idea, una santa necesidad del corazon como el amor. Hay esparcido en to-

dos los seres un sentimiento que significa la aspiración incesante á lo infinito; pero con especialidad sobre aquellos seres en los cuales ha encendido Dios la luz de la razón. La muerte, el sepulcro, todos estos misterios nos llaman con imperioso llamamiento á comunicarnos con lo infinito. El hombre sería como una sombra que pasa sobre el movable oleaje de los hechos de un día, si el hombre no estuviese ligado por la razón con algo eterno, algo permanente, que es Dios. Y esta idea de Dios tan viva, que con tanto imperio se impone á nuestro espíritu, es la luz que ilumina eternamente el misterio de la muerte.

Y sin embargo, ¿cómo siendo el sentimiento religioso lo más vivo que hay en nuestro ser, decae en este siglo? No se diga que decae porque el siglo es materialista. Casualmente no puede decirse esto de una época en que vemos un pueblo tenido por positivista y mercantil verter su sangre y verterla á torrentes por la emancipación del esclavo. Roma concebiría el verter sangre por sus privilegios de ciudad; la Edad media concebiría el verter sangre por los privilegios de sus señores feudales; el siglo décimo-sexto concebiría el verter sangre por la supremacía del rey sobre los señores feudales ó la supremacía del Papa sobre los pueblos protestantes; pero sólo este siglo, este gran siglo, socialmente considerado, el más cristiano de los siglos, concibe la idea de verter

su sangre, y ofrecer holocaustos en aras de la esclavitud.

La verdad es, que el sentimiento religioso se ha viciado al contacto de esa escuela neo-católica que ha hecho de la religion un arma, y nada más que un arma política. Se ha dicho que esa aspiracion del alma á lo infinito no puede caber sino en los esclavos, y se ha quitado de esta suerte al sentimiento religioso toda su espontaneidad y todo su sublime misterio. Se ha unido indisolublemente la idea religiosa con el absolutismo, con el feudalismo, con todas las instituciones maldecidas por la humanidad y abandonadas por el espíritu. Esa escuela ha llegado á renegar de la razon humana y de todos sus atributos. Esa escuela ha llegado á constituir la filosofía del escepticismo por abuso de la autoridad, la política de la inmovilidad por abuso de la tradicion, la moral del egoismo por abuso de la idea de expiacion; y en historia ha consagrado el dogma pagano del retroceso, elevando á divinidad la desesperacion y el terror. Ya se vé, desde el momento mismo en que se le ha dicho á un mundo inclinado desde luego á la libertad, por la cual ha hecho tantos sacrificios, que toda idea de libertad era incompatible con el progreso, desde el momento en que se le ha dicho esto, y por aquellos mismos que creen tener en sí vinculada la idea religiosa; desde el momento en que se ha dicho esto, se ha traído so-

bre el mundo moderno un desolador escepticismo, una abierta contradiccion entre la idea religiosa y la idea liberal, y de aquí una lucha que no ha podido terminarse, que no se ha terminado sino por el decaimiento de la idea religiosa. Examinadlo bien, estudiadlo bien, señores, y vereis en la idea que apunto la causa ocasional y profunda de nuestro malestar religioso. Y como quiera que la escuela neo-católica excomulga religiosamente toda idea política que no sea su idea política, toda aspiracion que no sea su aspiracion, de aquí proviene la lucha tremenda de nuestro siglo, lucha de una religion sin libertad, con una libertad sin religion.

Pues bien, yo creo que este mal se concluye con una grande y verdadera solucion, con la solucion de la libertad. Deje de ser la Iglesia un poder del Estado, proclámese su independendencia absoluta, y se tendrá por necesidad resuelto el difícil problema. La Iglesia dejará de ser un poder político, pero tambien la libertad renunciará á su guerra con la Iglesia. Reflexionemos sobre estos graves puntos.

El Cristianismo es una religion de paz y de amor. Al predicar el dogma de la unidad de Dios ha predicado el dogma fundamental de la vida moderna, de la historia moderna. Al predicar el dogma de la libertad ha predicado la idea madre de todas las ideas políticas, la idea, que es como

el alma de todas las instituciones de nuestro siglo. Al predicar el principio de igualdad ha predicado el fundamento del derecho. Y sobre todas estas ideas, sobre todas estas instituciones, ha extendido lo que podríamos llamar la eterna esperanza, el dogma del progreso. Así puede decirse, puede asegurarse, que en el Evangelio se encierra la democracia del mundo moderno, que el Evangelio separa la Iglesia del Estado, que el Evangelio funda los eternos principios de libertad, de igualdad, de fraternidad.

Pero la verdad es, que á esta doctrina se ha mezclado un gran virus de elemento pagano. El Cristianismo se planteó como religion de la conciencia, frente á frente del paganismo que se defendía como religion del Estado. La gran defensa de la idea pagana era que sus dioses habian sido los protectores de los pueblos, que bajo sus auspicios se habian ganado todas las grandes victorias y habian crecido todas las instituciones, y que desarraigarlos del altar era lo mismo que desarraigar el Senado y el Imperio; y por eso tenian derecho á perseguir á los nazarenos y obligarles por los tormentos, por las hogueras, á abjurar de una religion contraria á la religion del Estado.

Nadie hubiera podido creer que andando el tiempo se habian de ingerir los mismos errores paganos en la sociedad cristiana. Felipe II y Carlos IX, procedieron como Domiciano y Diocleciano.

no; la Inquisición fué la hoguera pagana renaciendo de sus cenizas; y las guerras de religion, los últimos espasmos del mónstruo del paganismo. Sí, porque la idea cristiana fué siempre la separación de la Iglesia y del Estado. Libertad, sí, libertad tan solo pedia la Iglesia. Este era su grito, este el clamor universal de todos sus hijos hasta el siglo quinto. No aspiraba á un dominio transitorio en el mundo, aspiraba á penetrar en la conciencia, y sabia que solo le era dado penetrar por medio de la libertad. El Cristianismo tenia sus instituciones, sus leyes, su autoridad peculiar y propia; pero ni su autoridad, ni su reino era de este mundo. Así no ejercia coacción alguna para atraerse prosélitos, ni para disciplinarlos, ni para guardarse de las asechanzas de sus enemigos. Sus leyes estaban escritas en la conciencia, su espada era la palabra, el único medio que para triunfar queria, la libertad. Todos los padres de la Iglesia en este tiempo predicaban el principio del respeto debido á la conciencia humana en su íntima comunicación con Dios. Todos negaban á una que el Estado tuviese derecho alguno á forzarles á la adoración de sus ídolos. Todos, reconociendo la autoridad política de los césares, desconocian su autoridad sobre el pensamiento, sobre el alma, donde solo puede reinar la conciencia, eterno resplandor de Dios en la vida. Así al mismo tiempo que elevaban la conciencia á Dios, la elevaban á

conocer sus derechos. Jamás el espíritu se ha levantado con más fuerza, con más vigor á reclamar su libertad, la divina libertad, en cuya virtud solo reconoce sobre su conciencia la eterna jurisdicción de Dios. Por si acaso me creyerais preocupado, os citaré las mismas palabras de los escritores cristianos. «Nosotros no combatimos, decia San Clemente, porque no queremos el poder de un dia. Y como nuestras esperanzas no están en nuestro mundo, ni evitamos los suplicios, ni huimos de los verdugos.» Y concluía por pedir para el Cristianismo la libertad, y solo la libertad de manifestar sus ideas. Orígenes condenaba aún con mayor fuerza toda coacción material en la esfera religiosa. «Jesucristo no quiere ganar las almas, ni poseerlas por la violencia, sino por la santidad de su doctrina.» Más claramente está aún sostenida la inviolabilidad de la conciencia humana por el gran Tertuliano. «Mirad no sea autorizar la rebelion el quitarme la libertad religiosa, la elección de mi Dios, el no permitirme adorar lo que yo quiero para forzarme á adorar lo que no quiero.» En su carta á Escápula añade: *Non est religionis cogere religionem*. Los que creen que el Cristianismo puede santificar la violencia, desconocen su doctrina; los que olvidan que elevó el espíritu humano á la libertad, olvidan sus ideas fundamentales; los que son osados á creer que la religion proclamaba la libertad, cuando vencida, es-

clava, proscripta, se ocultaba en las Catacumbas y contaba sus víctimas por sus desgracias y sus martirios; y que vencedora, renegó de estos principios con cuya virtud habia vencido, no hacen más que poner en la religion celeste los vicios, los errores, las inconsecuencias de los hombres, cuando por su naturaleza debe tener un criterio infalible de derecho, superior á los movibles sucesos de un dia, y por su naturaleza ser el principio y el fundamento de toda verdadera justicia.

Yo comprenderia sin esfuerzo que se pidiese la proteccion de los Estados para la Iglesia en aquellos tiempos en que eran hijos devotos de su buena madre, y cumplan sus mandatos y acataban sus consejos, y los reyes iban de rodillas á recibir en sus frentes el óleo que consagraba toda autoridad, y la hacia santa é inviolable cuando los pequeños reinos se acogian y ocultaban, cual pobres huérfanos, entre los pliegues del manto de los pontífices, encarnacion de todo principio de justicia internacional; yo comprendo esta proteccion en tales tiempos; mas pedirla hoy, en que la vida de la Iglesia es como una lucha, como una batalla continúa con todos los poderes; pedirla en estos tiempos en que la Iglesia ha luchado con Austria por las leyes josefinas, y con Toscana por las reformas leopoldinas, y con los Borbones por la expulsion de los jesuitas, ejércitos permanentes, caballeros andantes del Papa; y con Napoleon

el Grande por la interpretacion del Concordato; y con el chico por la pérdida de sus Estados; y con los mismos firmantes del más opresor de los concordatos, del Concordato austriaco, por la emancipacion de los judíos y por las obras de Schiller, sí, del poeta del ideal, puesto en el Índice; y con la corte absolutista de Nápoles por la hacanea ofrecida como un tributo de reconocimiento al Papa desde los tiempos de Carlos de Anjou; y con Saboya por las leyes Siccardi que abolian la jurisdiccion eclesiástica y vedaban el derecho de asilo á las iglesias; y con Bélgica, con esa nacion pequeña en su territorio, grande en sus libertades, nacida al amparo del Catolicismo, por sus derechos constitucionales; y con los cantones católicos de Suiza, de esa nacion donde la democracia ha hecho de las grandes montañas que se levantan al cielo en testimonio de la grandeza del Hacedor, el templo de la libertad, con los cantones católicos de Friburgo, por el pase, y del Tesino, por el matrimonio civil; con España, con el pueblo que se arrojó al abismo de la guerra universal como Quinto Curcio en defensa del Catolicismo, por la abolicion del diezmo y por la extincion de los conventos; con la América española, con aquella nueva creacion descubierta para extender los dominios de la Iglesia cuando se emancipaba la mitad del antiguo mundo: con Nueva Granada, por la asignacion al clero; con Méjico por la desamorti-

zacion; con la república argentina, por la libertad de cultos; cuando todos los poderes no han hecho más que luchar con la Iglesia, pedir la proteccion, el amparo de esos poderes, equivale á pedir las cadenas para la Iglesia, á pedir una esclavitud legal que le arranca los espíritus entregándoselos á los gobiernos, cuando por la libertad seria suyo el dominio de aquella region donde reside la fuente misteriosa de todas las ideas, seria suyo el dominio de la conciencia humana.

Y por eso he estudiado con grande esmero, con prolijo cuidado, estos tiempos primeros del Cristianismo y especialmente ese siglo quinto, en que no se habia aún cometido el adulterio de mezclar, de confundir la religion con la política, la Iglesia con el Estado. Ha pasado ya la época de las persecuciones. La Iglesia ni tiene poder político, ni tiene alianzas con los emperadores. Mirad, señores, mirad, ¡qué grandioso espectáculo! Mirad esta Iglesia no protegida, no amparada por ninguna fuerza material sino por la fuerza de su autoridad religiosa, por la virtud de sus ideas y de sus dogmas. Los Césares vencidos; las hogueras apagadas por la sangre y las lágrimas de los mártires; los arúspides mudos sin atreverse á evocar sus antiguos sortilegios; la pitonisa inmóvil sobre su trípode llevándose la mano á la fria y árida frente por donde no pasa una idea; la última trasformacion del paganismo ahogada; la heregía

maniquea, que pugnaba por volver la humanidad al Oriente, en el polvo, merced á las heridas de las invisibles armas de las ideas; la heregía pelagiana huyendo como una sombra á perderse en el brumoso velo del Norte; la tribuna en Alejandría, y sobre la tribuna Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, San Agustín con la *Ciudad de Dios* en su mente; Paulo Orosio con las palabras de salvación y de esperanza en los labios; el tirano degollador de una ciudad entera, de rodillas á los pies de Ambrosio de Milan, plegadas las manos en demanda de perdón; la lira cristiana colgada de las columnas de las basílicas y produciendo el beso de las auras celestes un himno á lo infinito; la sociedad de la libertad, de la igualdad, levantándose sobre la sociedad del privilegio y del fatalismo; y cuando la gran catástrofe viene, cuando se desquicia Roma como un planeta desengarzado de su centro de gravedad, en aquel día del juicio final del mundo antiguo, al estrépito de las ruinas, al pálido resplandor de los incendios, entre las nubes de bárbaros que pasan montados en sus caballos, cuyas crines destilan sangre, bajo el filo de las siniestras exterminadoras espadas hambrientas de matanza, los mismos hombres que tienen valor para arrojarse con los brazos abiertos á detener el torrente, como San Severino que doma á Odoacro, como San Leon que detiene á Atila, como San Gregorio que educa á los lombardos,

como San Isidoro que ilumina á los visigodos, como San Bonifacio que templó la sed de sangre de los bárbaros sajones; los mismos hombres que luchan y vencen, no son ni nobles, ni patricios, ni reyes, ni soldados, sino el reflejo de la sociedad antigua, los pobres solitarios vestidos de sayal, apoyados en sus báculos, coronados de canas, pálidos, demacrados, que vencen y deslumbran á los bárbaros porque llevan en sus pálidas frentes la reverberación de Dios que ilumina aquella triste y espantosa noche, en la cual brilla el convento con sus monjes orando de rodillas, mientras el mundo se entrega á una carnicería sin fin, como brillan sobre las nubes de la tempestad que rueda pavorosa por los valles, las cimas de las montañas coronadas de blancas y puras nieves, que al reflejar la claridad de los cielos, la luz del sol y las estrellas, encierran todo lo que hay de divino en la naturaleza.

La Iglesia triunfó por la libertad. La Iglesia, separada del Estado, sin consorcio alguno con él, fundó el arte cristiano, fundó la ciencia cristiana, fundó la religión y la vida de los tiempos modernos. La Iglesia debe á la libertad sus mayores victorias. Renegar de ella es lo mismo que renegar de su madre. Renegar de ella es renegar de toda la fé, de todo su origen. La Iglesia triunfó, no aliándose con los césares, sino combatiéndolos. En virtud de la libertad pasó de las hogueras del

tormento al Capitolio. En virtud de la libertad llegó á ser la religion cristiana religion universal.

Hé aquí, señores, los milagros de la libertad. Hé aquí por qué misteriosos caminos llega el espíritu á sobreponerse á la fuerza. Los que han viciado este grande movimiento, son los hombres más criminales de la historia. Sí, hipócritas y fariseos; sí, perseguidores de todos aquellos que con sus ideas han fecundado y hecho crecer el árbol misterioso de la vida, verdugos de todas las ideas, sobre vosotros cae desde la sangre de Sócrates hasta la sangre de Cristo; y el dia en que la justicia reine y la intolerancia se acabe, ireis como Cain errantes por la tierra con el anatema de Dios sobre la conciencia y la marca de la reprobacion de la historia sobre la frente. Y si todas las injusticias cometidas contra todo lo que ha sido grande en la historia cae sobre vuestra frente, ninguna de las glorias de la libertad os pertenece. Entre el crepúsculo del último y el presente siglo nació un poeta, en cuyas manos vibraban á un tiempo la lira de Tirteo y la lira de Píndaro; ángel caido desde el éther en el cieno y que llevaba sobre la frente el resplandor de su divino origen y sobre el corazon las amargas olas de todas las pasiones; mezcla confusa de sol y de sombras, de ideas del cielo y de polvo de la tierra, de espiritualismo místico y de materialismo ébrio é insensato; y que arrastrando por el mundo esta lucha

titánica de la mitad de su sér con la otra mitad, huyó del sombrío horizonte de su cuna, recorrió los campos españoles empapados en la sangre que derramaban nuestros padres por la patria, sin encontrar la fé que buscaba; oró de rodillas sobre el pavimento de las catedrales, sin que el eco del órgano le inspirara una oracion; se perdió en las selvas drúidicas buscando en vano ideas supersticiosas en el seno de la naturaleza donde yacen los antiguos dioses enterrados; holló el coliseo á la luz de la luna; bajó á las Catacumbas tocando con fria mano las inscripciones de los mártires; evocó inútilmente el genio dantesco en Florencia; recorrió en negra góndola los lagos de Venecia, y cuando la campana de San Marcos saludaba con el toque de oracion la primer estrella de la tarde, y el marinero rezaba el Ave-María acompañado por las olas y las brisas que repetian sus plegarias, su espíritu fantástico en vano se esforzaba por creer y amar, porque las dudas, revoleteando como murciélagos en torno de su frente, lo cegaban como si el universo de ideas y de creencias en que la humanidad ha vivido siempre, cayera convertido en cenizas sobre aquella alma de fuego, que brillaba en la cima de los cadalsos y de las ruinas del último siglo como el siniestro resplandor de una pira sobre negro catafalco. Pues bien, este hombre que tantas veces habia querido elevar sus ideas al cielo, viéndolas caer deshechas

sobre su corazón como los vapores de una catarata que elevados á las alturas caen como convertidos en lágrimas sobre los campos; este hombre por la libertad fué un héroe del pensamiento; por la libertad fué un mártir del Cristianismo. Era lord de Inglaterra, y la única vez que habló desde la tribuna fué para interceder delante de aquella aristocracia soberbia por la emancipacion de los católicos. Era poeta y se convirtió en soldado, y murió caballero andante de la libertad en la cruzada contra los turcos por la independendencia de Grecia, señores, de Grecia, la eterna madre de su espíritu. Hay otro hecho en la historia moderna que es el triunfo más grande de la libertad de conciencia y la condenacion más explícita de la intolerancia religiosa. Habia un pueblo católico esclavo de un pueblo protestante. El pueblo católico se llamaba Irlanda, el protestante Inglaterra. Irlanda católica formaba casi una sociedad de párias, cuando un dia su inmenso dolor le hizo hombre, ó mejor dicho, se hizo verbo, se encarnó en la palabra de un orador que recorria todos los tonos del sentimiento humano, desde el sarcasmo y el insulto soez, hasta la oracion sublime; y este orador armado de su palabra, en la cual se oian los ecos de las selvas patrias, los acentos de los mares, los gritos de los trabajadores, las maldiciones de las madres, el lloro de los niños, los lamentos sepulcrales de las generaciones muertas,

todos los tonos del alma de un pueblo pendiente como una trémula gota de rocío de los labios de un hombre que al amparo de grandes instituciones, tomó armado del rayo de su elocuencia, la vieja torre feudal de la aristocracia británica emancipando la Iglesia católica, dejó en sus torres una bandera inmortal, en cuya presencia se descubrirán todos los pueblos, en cuyos pliegues se hallan escritas las tres ideas únicas que puedan hacer ya tales milagros: la libertad de la palabra, la libertad de asociación y la libertad de conciencia. Hoy mismo, en este instante en que hablo, si os volvéis al Norte, oireis ruido de voces de clarines; vereis por montañas y por valles ejércitos de á pié y de á caballo armados, ya de chuzos, ya de hoces; ejércitos que van á buscar, no la victoria, sino la muerte; por todas partes descubriréis humo, polvo, vapores de sangre, quejidos de moribundos, sollozos infinitos que hieren los cielos y que debían partir el corazón de los gobiernos si la vieja diplomacia no los hubiera petrificado; y es el tormento de la raza de Polonia, de la España del Norte, que salvó á Alemania de los turcos, que socorrió á Hungría, que peleó con Carlos XII por Suecia, que salvó con su sangre el honor francés en la batalla de Leipsik, que tuvo armas para todos los príncipes de Europa, y que hoy vierte las últimas gotas de su sangre en el último estertor de su agonía, no solo por la libertad de su patria,

sino tambien por la libertad de su religion, esa patria del alma.

El Apocalipsis, al decir que el Cristianismo ha separado dos mundos, ha dicho una gran verdad. El Cristianismo al encontrarse con la sensualidad antigua, ha idealizado la vida; y para hacerla más ideal aún, la ha desarraigado de la tierra, y ha puesto su fin allá en el cielo. La tierra, que para los antiguos era el centro de gravedad, así del cuerpo como del espíritu, ha pasado á ser á los ojos de los cristianos como una sombra. Todo se ha trasformado al soplo del Cristianismo. La naturaleza era para los antiguos toda la vida, y para los cristianos el velo en que se envuelve el espíritu; el sentimiento era para los antiguos como el instinto, y para los cristianos como el amor ideal y purísimo; el arte para los antiguos, era la identidad de la forma y del fondo, la Venus que se cree feliz en el regazo de la naturaleza, y para los cristianos la superioridad de la idea sobre la forma, la Beatrice que inspira amor ideal y purísimo desde el cielo, amor que un beso profanaria; la conciencia se funda para los antiguos en el sér que los ojos ven, y para el cristiano en el sér que adorna el espíritu; la moral para los antiguos regula solamente las relaciones entre los hombres, y para los cristianos las relaciones entre las sociedades; la religion es para los antiguos puramente exterior, y para los cristianos es interior, de concien-

cia; la humanidad para los antiguos está separada en castas, y para los cristianos unida en espíritu; Dios es para los antiguos el mundo, y Dios está para los cristianos sobre el mundo como el espíritu sobre el cuerpo, como la conciencia sobre el espíritu, como el cielo sobre la conciencia. Por eso la idea cristiana ha sido como el corrosivo que ha desorganizado y descompuesto la antigua sociedad. La religion habia pasado de la sencillez natural á una teocracia vigorosa, y de una teocracia vigorosa á un protestantismo artístico que reclamaba una nueva religion; el arte, de descomposiciones en descomposiciones, habia ido á dar en la sátira, que al poner en lucha la forma con la idea, pedia un arte más espiritual y divino; la ciencia desde Tales á Xenofanes habia estudiado la naturaleza, desde Xenofanes á Platon el espíritu, desde Platon á Plotino, Dios; y servia así de base á la nueva fé; el Imperio habia pasado de la dictadura revolucionaria de los primeros césares al estoicismo, y del estoicismo al pretorianismo, en que rotos los antiguos lazos venia la reaccion del esclavo contra Roma y de las naciones contra la unidad del Imperio; y mientras todo lo antiguo se descomponia y se viciaba, hasta la sangre de las antiguas razas, sólo quedaba la unidad divina en Jerusalem, la unidad humana en Roma, la síntesis de estas dos grandes ideas, destructora la una de los dioses y destructora la otra de las cas-

tas, el Cristianismo, que con San Pedro se unió fuertemente á los hebreos, y con San Pablo á los latinos, y con San Juan á los griegos, combatiendo todo cuando le cerraba el paso en combate formidable, en que no se vertía sobre la tierra estéril sangre, sino vivificantes ideas; combate en que los Apóstoles vencían á los cristianos materialistas que buscaban un trono para Jesús, y á los judíos que no querían dejar salir la revelación de la sinagoga; y los padres apostólicos á los dualistas, que ponían el trono de Satanás á la misma altura que el trono del Eterno; y los apologistas á los místicos, que disolvían á Dios en el espíritu humano, y el espíritu humano en la naturaleza; y Tertuliano á la serpiente pagana, que revestía su última forma para tentar la era regenerada por la sangre de Cristo; y San Atanasio á los arrianos, que anhelaban por arrancar la conciencia, la idea del Verbo; y San Agustín á los pelagianos, que rompían los lazos de la naturaleza apartando la criatura del Creador; hasta que esta idea cristiana presentada por los grandes poetas en su Prometeo y en su Edipo, anunciada por los profetas en todos sus libros, llamada por todos los fundadores de las nuevas religiones, servida por las ideas de los filósofos y por la espada de los conquistadores, se encuentra con los bárbaros, los desbasta, los regenera, y hermanando la libertad nativa de los bosques con el espiritualismo, funda esta historia

moderna que va á cumplir estas tres grandes ideas: la reintegracion del individuo en sus derechos; la de la humanidad en su espíritu universal y único, y la de la idea de Dios en el santuario de conciencia.

Señores, Roma, evocada por Dios para cumplir tan grandes fines históricos, aquella ciudad á cuyo corazon se agolpara la sangre de tantas razas, en cuya mente ardieran las ideas de tantas generaciones, rodeada de los dioses de todos los templos y de los pñeblos de todas las zonas, siervos á sus plantas; Roma, en cuyo carro de guerra habia ido la unidad del mundo; degradada por los tiranos, vendida por los sofistas, opresa por los soldados, vencida por la misma esclavitud á que fiara su vida, cayó ébria, imbécil, en el lodo, sin que le valieran su gloria ni su grandeza; muerta de esa muerte asquerosa que castiga tarde ó temprano á todos los pueblos vendidos bajo el infame yugo del despotismo. ¿Y quién habia vencido á la Roma de las naciones, á la señora de las gentes, á la heredera de todas las grandezas del mundo? La habian vencido unos pescadores venidos del Mediodía, y unos bárbaros venidos del Norte; los hijos de aquellos judíos que Roma despreciara siempre, y los hijos de aquellos gladiadores que Roma sólo creyera dignos de divertirla en el Circo, ó de alimentar las murenas de sus estanques; pobres los unos, desnudos los otros; armados los

unos con el cordon del peregrino y los otros con los chuzos de sus selvas; desconocidos unos y otros de Roma, que desde sus orgías no se dignaba mirar tan groseras gentes; pero unos y otros destinados á ser vencedores del antiguo mundo, porque los pescadores traian una idea de Dios más pura, y los bárbaros un sentimiento de libertad más vivo; y los pòderosos de la tierra, por grandes que sean, jamás podrán vencer á los combatientes que escriban en sus banderas estas dos mágicas palabras: «Dios y libertad.»

Al despedirme, al separarme de vosotros, al pronunciar las últimas palabras que tal vez desde este sitio pronuncie en toda mi vida, las últimas palabras á que quisiera dar toda la solemnidad del testamento de mi juventud: solo os ruego, señores, que como hombres, como españoles, os abraceis fuertemente á esta noble causa de la libertad, sin la cual no hay dignidad en los hombres, no hay grandeza en los pueblos, y mucho menos en pueblos como el español, postrado por tres siglos de negra tiranía que devoró nuestro espíritu y consumió nuestra vida. Confieso, señores, que al comenzar mi vida pública, cuando escasamente contaba veinte y dos años, la libertad era en mi corazon un instinto ciego, indefinible, como el primer amor que late en el corazon antes de que aparezca el objeto amado, pero despues, cuando he vestido la toga viril, cuando he proba-

do los desengaños del mundo; cuando he abierto por necesidades de mi ministerio ese libro de la historia que es la experiencia de la humanidad, cuando he interrogado á mi razon madura ya, á mi razon que cada dia pierde una flor pero gana un fruto; cuando he interrogado á mi razon me he convencido de que sin libertad religiosa solo puede haber fanáticos ó hipócritas; sin libertad de enseñanza, solo puede haber oscuros oráculos ó inmóviles sofistas; sin libertad política, solo puede haber tiranos y esclavos; sin libertad económica, solo puede haber explotadores y explotados; sin toda la libertad íntegra y completa, como la recibimos del Criador, solo puede haber para los ricos la vida de los harenes, para los pobres la vida de las ergástulas, para todos, la corrupcion y el envejecimiento. Mirad, señores, mirad el estado á que nos han traído las libertades á medias. Puede decirse que estamos perseguidos con el castigo de los parricidas. Y merecemos el castigo de los parricidas, porque hemos dejado morir en el abandono y en la miseria á nuestra madre, que tenia derecho á vivir de nuestra vida y de nuestra sangre; hemos dejado morir en el abandono y en la miseria á nuestra santa madre que se llama la libertad. Generacion infortunada; mira lo que te aguarda; mira lo que brilla sobre tu cabeza; una espada teñida de sangre, y sobre tu conciencia la nube de la censura. ¿Y lo consentiremos? Sí, lo

consentiremos, porque aquí hay sobra de talento, sobra de fantasía, sobra de oradores, y solo hay falta de una cosa, solo hay falta de caracteres. El virus doctrinario ha corrompido á la nacion de más carácter de toda la tierra; ¡cuán horroroso será ese virus! Jóvenes que defendeis la libertad, tened carácter. No tembleis por los enemigos que os procure vuestro glorioso ardimiento. Nada hay más noble que merecer el odio de los enemigos de Sócrates, de los enemigos de Cristo, de los enemigos de Colon, de los enemigos de Galileo, de los enemigos de Washington. ¿Pues qué, entre ser el eterno buitre que roe las entrañas del genio, ó ser el genio que robó el fuego del cielo, por comodidad os alegraríais de ser el buitre? Yo quiero ser odiado por los enemigos del progreso; yo, en nombre de la filosofía, pido la enemistad de los enemigos de la razon humana; yo, en nombre de la libertad, pido el odio de los enemigos de la democracia. Comprendamos, el odio de los que se sienten vencidos; siendo caritativa compadezcamos su impotencia. Nada me extraña; ni siquiera la guerra de los que se han llamado siempre amigos del progreso. Respetemos la miopía que Dios ha puesto en cada generacion para obligarla á que deje á la generacion siguiente algo que hacer en la grande obra de la idea.

Nosotros, que si tenemos vida hemos de ver la libertad triunfante, seremos conservadores á los

ojos de nuestros hijos, y reaccionarios á los ojos de nuestros netezuelos. El hombre no puede medir nunca las consecuencias de las ideas. Platon no creía nunca que pudiera acabar la esclavitud, cuando la esclavitud no tenia razon despues que Planton proclamó la unidad del espíritu y la unidad de Dios. Los primeros cristianos, casi todos milenarios, creian que Cristo habia venido á destruir la tierra, que esta no podia durar sino hasta el año mil, cuando entonces comenzaban las consecuencias de la redencion. Los filósofos del siglo décimo-octavo escribian como si la monarquía absoluta fuese un principio inconcuso y eterna la esclavitūd de América. Voltaire saluda á los reyes como dioses; Rousseau cree imposible destruir las monarquías. No importa. La realidad es el velo que nos cubre lo ideal. La sibila de Cumas no alcanza nunca la realizacion de sus oráculos; Moisés no entra en la tierra prometida; los hebreos no conocen el Mesías que habian traído con sus oráculos; Colon espira sin saber que ha encontrado un Nuevo Mundo, y Mirabeau rendido de fatiga cae en el sepulcro antes de que caiga la monarquía, pulverizado por el rayo de su palabra. Los hombres no alcanzan á medir nunca las consecuencias de sus ideas; solamente Dios que rige toda la historia puede medirla. Yo de mí sé decir que tengo una fé constante, á pesar de los vicios y flaquezas de la generacion á que pertenecemos,

tengo una fé constante, inquebrantable en sus grandiosos destinos. Nuestros abuelos en la guerra de la Independencia nos dieron la patria, primera condicion de toda vida; nuestros padres en la guerra civil nos dieron la libertad política, segunda condicion de la vida; yo espero que cuando vuelva á sentarme otro dia en este sitio, podré saludar diciendo: gozamos lo que aún faltaba, la libertad de pensar; vemos en ella crecido de nuevo el espíritu; ya tenemos derecho á descansar en paz, seguros de las bendiciones de la historia. El esfuerzo es corto y la víctima grande. Mirad lo que sucede en el Norte, ejemplo que no debe caerse de nuestros labios porque debe quedar impreso indeleblemente en todos los corazones. Mirad cómo pelean los hijos de Polonia. Solos, vendidos por la diplomacia, maltratados por los reyes, desoídos de Francia que tanto les debe, abandonados de la Iglesia, por cuya libertad pelean; sucumben, mueren, y al caer delante de aquellos ejércitos de cosacos esclavos, movidos como tristes máquinas de matanza por el tirano que se sienta sobre catorce naciones degolladas, les gritan estas palabras sublimes: peleamos por nuestra libertad y por la vuestra; grito que deben repetir todos los soldados de esta inmortal cruzada del derecho contra la tiranía, próxima á clavar su estandarte en el negro alcázar, donde se anidan todos los errores, y á libertar al mundo. En ese dia

España, esta nacion que tanto amamos, la que salvó á Europa de las razas árabes y africanas; la que descubrió el Nuevo Mundo; la que impidió en Bailén, en Zaragoza y en Gerona que la Europa moderna cayera en el cesarismo, al alzar con sus grandes caracteres la libertad, realiza una de las más bellas armonías de la historia y será una de las primeras naciones de la tierra.

He dicho.

APÉNDICE.

Dos ideas capitales hemos sostenido en los cuatro tomos de nuestras lecciones, que ahora terminamos. Es la primera, que el Cristianismo representa el ideal religioso de la democracia moderna. Sobre esta idea, que vertí en la primera de mis lecciones, se originaron ardientes debates, que han venido á esclarecer el libro que lo explica, y que reproduzco aquí. La segunda idea es la libertad de la Iglesia, pero sobre ella daré luego grandes ampliaciones. Mientras tanto, el que desee ver reproducida la idea capital de mi libro, puede y debe leer los siguientes artículos escritos por el Sr. D. Juan Valera, y contestados por mí.

ARTÍCULO DE D. J. VALERA.

El lunes 23 del pasado, de nueve á diez de la noche, dió el Sr. D. Emilio Castelar su primera leccion sobre la *Historia de la civilizacion durante los cinco primeros siglos del Cristianismo*, pues este es el verdadero título de sus lecciones, y no el que equivocadamente les habia dado.

Un taquígrafo recogia y anotaba aquellas elegantes palabras, y es de esperar que por este medio goce el público de ellas, pues, ó se habrán publicado ya, ó se publicarán sin duda en algunos periódicos. Esto nos ha hecho vacilar un tanto, y hasta nos ha inclinado á desistir del propósito que teníamos de dar cuenta de lo que dijese el señor Castelar, ya que habiendo de gozar el público de las propias palabras de este orador extraordinario, inútil es dar de ellas un pálido trasunto. Quien puede ver y admirar en toda su grandeza y con toda la gala y primor de sus colores los preciosos

cuadros de Murillo, no se pone á estudiarlos en mala copia grabada, donde, en escala menor, se reproducen solamente las sombras y los contornos. Mas considerando, por otra parte, que sobre las lecciones del Sr. Castelar, á juzgar por la primera que ya hemos oido, hay mucho que decir, y que acaso lo que digamos no sea del todo fuera de propósito, nos ha parecido conveniente, más bien que extractarlas, examinarlas.

Empezaremos, pues, por confesar humildemente que nos es imposible trasladar aquí, ni aun siquiera dar la idea más remota de la riqueza del estilo, de la pompa de las imágenes, de la facilidad admirable y del vuelo de la fantasía del señor Castelar. El que no le haya oido será menester que allá en su imaginacion se le finja y represente, inspirado por el auditorio é inspirándole y entusiasmandole á su vez, más lírico que didáctico, más arrebatador que persuasivo, más que ordenado florido y grandilocuente, levantándose al estilo sublime, desde que llama la atención del público con la palabra *señores*, y no decayendo nunca ni abatiendo el vuelo hasta que termina su discurso de una hora.

El Sr. Castelar habla como Horacio nos pinta que cantaba Píndaro; y no deja entrever el esfuerzo de la reflexion y el trabajo interior del pensamiento que precede ó debe preceder á la emision de la palabra humana. Esta brota de sus

labios rica, fácil, sonora, abundante y llena de color y de vida, como un espíritu que va á animar y á encender su entusiasmo en los corazones, y á transmitir sus ideas á la mente maravillada y suspensa de cuantos escuchan. No es quien habla el Sr. Castelar; es el genio de la elocuencia quien habla por su boca. No vacila, no medita, no se detiene, y la palabra corre y se desprende de sus labios como un raudal. ¡Qué poesía y qué fuego en cuanto dice! ¡De qué forma y figuras tan variadas y galanas reviste y hermosea su pensamiento! ¡Qué diversidad de medios tonos en el mismo tono inspirado y enfático de que nunca desciende!

Nosotros, sin embargo, aunque nos dejamos llevar del entusiasmo que inspira, reflexionando despues friamente, no podemos menos de lamentar algunos de los medios de que se vale para infundirle en los ánimos. Y lo lamentamos por lo mismo que la primera consecuencia de nuestra reflexion es la seguridad de que el Sr. Castelar puede ser un gran filósofo y un gran sabio; puede aspirar á una fama europea y hacer que resuene su nombre tan alto y tan claro como los de aquellos que no solo son gloria de su nacion y de su época, sino de la humanidad entera y de todos los siglos. Lo lamentamos, porque el Sr. Castelar, que podria aspirar á ser un Herder ó un Vico, no debe contentarse con ser un Lopez ó un Argüelles. Y lo lamentamos, en fin, porque el Sr. Castelar

aspira á esto tan solo, embriagado con los fáciles, aunque limitados y efímeros aplausos que alcanza ahora, y cegado quizás por su mucha modestia.

Con este propósito de lisonjear el mal gusto reinante, llena sus discursos de adornos superfluos, más orientales que clásicos; y á pesar del amor que muestra tener á la hermosura griega, no se conoce que procure imitarla ó renovarla en su admirable sencillez, que no excluía por cierto el arrebató de la pasión, y la poesía templada y serena que cabe en la elocuencia; poesía en prosa muy diferente de aquella de la que dijo Kant que era *prosa en delirio*. Platon era un poeta en prosa; en su tiempo eran los pueblos más jóvenes y debían complacerse más en símbolos y figuras, y sin embargo, no hay en todas las obras de Platon tantas *alacranadas*, tantas *perlas*, tantas *flores* y tantos *capullos*, tantas imágenes, en fin, como en el solo discurso que oímos al Sr. Castelar el lunes 23 del pasado.

Si todos estos primores fuesen malos, irremediablemente malos; si el Sr. Castelar fuese lo que ahora llaman una *medianía*, dotado del don de expresarse con facilidad, y un erudito de varia y poco profunda lectura, y si el público le aplaudiese sin más razón que la de estar viciado por el mal gusto, en verdad que no le censurariamos. El edificio de su fama, fundado sobre tan frágiles cimientos, vendría á tierra al cabo por su propia

pesadumbre, sin necesidad de que nosotros le aplicásemos la palanca de la crítica para derribarle. ¿Qué propósito nos llevaríamos por consiguiente en indisponernos con el Sr. Castelar y el público, que tan bien le quiere? Mas como creemos que el público tiene razón, y sobrada razón en aplaudirle, si bien esta razón no sea siempre la misma que nosotros tenemos; como estamos persuadidos de que sin menoscabar sus facultades, que son portentosas, podría el Sr. Castelar dirigir las á un fin mejor y más elevado; y como le hacemos responsable del mal uso que pueda hacer de ellas, ya que Dios se las dió no solo para acrecentamiento de su fama, sino para gloria y bien de los demás hombres, por eso censuramos que se deje llevar de fáciles aplausos, y tememos que si persevera en la resolución que hoy sigue, venga á ser el *Zorrilla* de la elocuencia, ya que lo peor que puede ser un hombre como él es lo que el vulgo de sus semejantes, y aun el que tiene la audacia de criticarle en el presente artículo envidiaría sin duda alguna. Si esto sucede por desgracia, sentiremos que digan de los discursos del Sr. Castelar lo que dijo un crítico extranjero del poema *Granada*, poema lleno de gigantescas flores retóricas, pero con poquísimo plan y concierto en todo. Dijo, pues, el crítico, no sabiendo cómo calificar aquel libro de tan desbaratada poesía, que para formar idea de él era necesario saber

exactamente la significacion de lo que llaman los españoles *música celestial*, porque *música celestial* y no otra cosa era el poema.

Nadie imagine, con todo, que acusamos al señor Castelar de vacío de sentido; ni cómo acusarle sin contradicción, cuando hemos dicho que vemos en él una naturaleza privilegiada, de la cual puede salir un gran sabio. Ni nadie entienda tampoco que le acusamos de indeciso; porque ¿quién en nuestro siglo tiene ideas fijas á los veinte y cinco años de edad? De lo que le acusamos es de confuso y vago; de ocultar su incertidumbre en esa vaguedad y confusión, y de tratar de conciliar las diversas é irreconciliables opiniones que combaten aún por la posesion de su alma, envolviéndolas todas como en una nube de oro. Elegir una opinion, la más á propósito para el público español, y defenderla sin fé por defender algo, seria una hipocresía, y celebramos que el señor Castelar no la tenga, dándonos con esta ingenuidad una prueba más de lo mucho que vale. Pero más celebraríamos que expusiese sus dudas con franqueza, ó que hubiese elegido asunto en que no las tuviese, ó que antes de subir á la cátedra las hubiese aclarado en su mente, trazando y levantando, no sobre suelo movedizo, sino sobre roca firme y segura, la hermosa é imperecedera fábrica de su *Historia*. Entonces nos parecería al oírle, ya que oímos un fragmento de la *Profesion*

de fé del siglo XIX, ó de otro ditirambo neo-hegeliano, que oíamos un discurso de Ozanam, de Augusto Nicolás ó de Genoude. Y no se diga que esta contradiccion se podrá resolver en una síntesis suprema; porque lo completamente contradictorio es imposible que se resuélvâ sino en lo absurdo, y lo absurdo no puede entrar en un entendimiento tan sano como el del Sr. Castelar.

En su primera leccion quiso éste trazarnos el plan que se propone seguir en el curso de todas ellas. Su idea, sin duda, es describir y explicar la caida del Imperio romano y de la sociedad antigua, y el nacimiento de la nueva, fundada en los tres elementos distintos que vienen á combinarse en aquella revolucion magnífica y espantosa: el Cristianismo, el Imperio y los bárbaros. El señor Castelar nos mostrará á Cristo afirmando, con su sangre y sus milagros, la verdad de su doctrina; doctrina perfecta desde luego, así en lo moral como en lo dogmático. El misterio de la Trinidad, la Encarnacion del Verbo, el Mesías, no nacional como los judíos en su mayor parte le esperaban, sino venido á salvar y á redimir á las gentes; todo debe ser creido en el seno de la Iglesia primitiva, ortodoxa y católica, y no ser esta creencia un acto progresivo de la Iglesia, que va trasfigurando á Jesús, creándole á semejanza de su ideal, y revistiéndole, por una interna y psicológica evolucion de la naturaleza divina. Pero

si constituirá el progreso histórico de estos cinco primeros siglos la propagacion del dogma y de la moral por una parte, y por otra la determinacion y solemne declaracion de ese dogma en los Concilios y en los escritos de los santos padres. Mas esta misma obra no es en realidad para un católico, de verdadero progreso, sino de conservacion y defensa, ya que implica la oposicion y el extravío de los hereges y el esfuerzo de los doctores católicos para conservar el dogma en toda su pureza.

El Sr. Castelar se empeña en un inmenso asunto, y deberá describirnos desde la predicacion de los Apóstoles hasta la de San Patricio en Irlanda, la de San Paladio en Escocia y la de Urfilas entre los godos, á quienes llevó la verdadera fé, la civilizacion y las letras. El Sr. Castelar tendrá que dar razon de todas las heregias y de la refutacion de ellas, desde las que nacieron casi al pié del Calvario al morir en él el Redentor de los hombres, hasta las de Arrio, Nestorio, Eutiques y Pelagio. Tendrá que analizar las grandes producciones de la filosofía cristiana, las obras de los padres de la Iglesia de Oriente, de los Crisóstomos, Basilio y Gregorios, y la de los padres de la Iglesia latina, de los Jerónimos y Agustinos; y habrá de reproducir la crítica que hicieron éstos del paganismo y de la sociedad antigua, y dar á conocer cómo concurrieron á acabar con ella, levantando sobre su ruina la nueva sociedad y la

Iglesia. Habrá de pintar vivamente la discordia nacida en el seno mismo de la sociedad cristiana, á causa de las heregías, discordia que ya daba origen á obras literarias y filosóficas, unas defendiendo, otras oponiéndose á la verdadera fé, y á sangrientos combates, á guerras civiles, á hechos heroicos, á actos de fanática barbarie, á milagros de humildad, de constancia y de energía, y á inauditas y abominables crueldades. Habrá de seguir á la Iglesia desde el Calvario hasta el Capitolio; desde las Catacumbas y el Circo, hasta que apareció el *Labarum* en el cielo; contarnos el martirio de sus confesores, las apologías de sus defensores y el triunfo de sus Apóstoles. Volviendo la vista al mismo tiempo al Imperio que se desmorona, á los dioses que huyen, á la filosofía pagana que sucumbe, á la antigua sociedad que se disuelve, habrá de investigar las causas de tan extraordinarios acontecimientos, y retratarnos la corrupcion y la grandeza de Roma, las inquietudes de sus Neronos y Calígulas, y las admirables virtudes de sus Trajanos, Antoninos y Alejandro Severos, en los cuales, si no la fé, la moral cristiana obraba ya sus milagros. Tendrá que referir los esfuerzos de los gentiles para sostener la sociedad que se desploma con sus antiguas creencias y para impugnar la religion naciente, y tendrá que explicarnos y refutar las doctrinas de Celso, de Porfirio, de Plotino y de tantos otros sa-

bios gentiles. Nos presentará también el amor á lo maravilloso y el misticismo desesperado de la verdad nacida de la razón, renegando del discurso y apelando á la magia y á la teurgia, levantándose en el aire con Simon el Mago, resucitando los muertos con Apolonio, evocando á los genios invisibles con Jamblico, y uniéndose con ellos por medio de mágicos conjuros, y el disgusto del mundo y el horror de la vida, que despuebla las ciudades y puebla los desiertos; que si produce, unido al Catolicismo, las sobrenaturales virtudes de los Pablos y los Antonios, de los Pacomios y los Hilariones, engendra en las sectas heréticas el furor del martirio, y lleva á unos á buscar la muerte amenazando con ella á quien no los mate, y á otros á renovar con más frecuencia y ferocidad que nunca las mutilaciones horribles de los Coribantes. La confusión en tanto, y la mal formada amalgama de religiones y creencias, venidas las unas de la India, de la Persia otras, y otras nacidas en la Grecia, en el Egipto ó en la Siria, fermentan en el Imperio y dan sér y vida, ya á la sublime constancia de Epitecto, ya á la endemoniada locura y á la no ménos sublime inconstancia de Peregrino, que pasó por todas las sectas, que se inicia y reniega sucesivamente de todas las religiones, y acaba por quemarse vivo por su propia voluntad en los juegos olímpicos y delante de toda la Grecia. Junto á la hoguera de

Peregrino oiremos las burlonas carcajadas de Luciano, y al par de las oraciones santísimas de los solitarios de la Tebaida, los gritos feroces de los asesinos de la hija de Theon. La fraternidad humana habrá sido, sin embargo, proclamada en el mundo por tan clara é inaudita manera, que la falta misma de antecedentes históricos mostrará palpablemente el origen divino y revelado de tan nueva doctrina. Y esta doctrina modificará el derecho, y hará mejor la condicion del esclavo, de la mujer y del hijo, y ciudadanos de la misma ciudad de Dios al persa y al griego, al romano y al godo. El antiguo orden de la sociedad caerá por tierra para dar lugar á otro nuevo orden: en el mismo momento temeroso en que verá la humanidad sepultarse para siempre una gran civilizacion, despuntará la aurora de otra más grande; y si los magníficos templos serán arrasados y rotas las estátuas hermosísimas, el monje Telémaco pondrá término con su martirio á los combates de los gladiadores. Entretanto los bárbaros del Norte, empujados los unos por los otros desde las fronteras de la China, y guiados por un destino misterioso, se precipitan y caen sobre el Imperio romano; le destruyen, y cruzando su raza vigorosa con la raza gastada por la antigua civilizacion, engendran las modernas naciones europeas, dominadoras del mundo. Aun antes de salir de las sombrías selvas de la Germania y de las llanuras

desiertas de la Siria, el agua del bautismo habia templado en muchos de estos bárbaros el ardor rudo de la sangre y la nativa crueldad de la naturaleza. La pintura que hizo de aquellos pueblos el Sr. Castelar, ya siguiendo á Tácito, ya á Jornandes, ya á los poetas é historiadores latinos de la misma edad, los cuales los miraron y describieron con la viveza y con la poesía del espanto, fué un trozo de elocuencia bello, sublime y acabado. El público le aplaudió con legítimo entusiasmo, y nosotros le aplaudimos entonces y ahora le aplaudimos, porque la pompa de las palabras, la riqueza de las imágenes y el fuego de la expresion se ajustaban allí con la terrible majestad del asunto.

Pero como ya hemos dicho, y más claramente se desprende del rápido bosquejo que acabamos de hacer, es tan grande, tan complicado y tan fecundo en cuestiones de la mayor entidad y trascendencia el plan que el Sr. Castelar se propone seguir en el curso de sus lecciones, que mientras más lo reflexionamos, nos parece más árdua la empresa y más difícil el darle dignamente cima en las veinticuatro lecciones que podrá tener el año académico del Ateneo. Suplicamos, pues, al señor Castelar que dé á este asunto todo el espacio y el estudio que requiere; que si no puede, como no podrá, tratarle en un año ó en dos, que le trate en cinco ó en seis; que se limite en el presente á

explicarnos la historia del primer siglo; que estudie con detencion toda la semana antes de presentarse á explicar; que suprima imágenes y acumule ideas y hechos que vengán en apoyo de estas ideas, y que resuelva con valor, con originalidad, y firme y decididamente, aunque despues de un profundo exámen, todas las cuestiones que brotarán á cada paso de esas ideas y de esos hechos, conforme los vaya exponiendo á su auditorio. Entonces creeremos que el Sr. Castelar hará, no una serie de odas en prosa, sino una grande obra de enseñanza, de la cual es muy capaz, si la impaciencia y la desidia no lo impiden.

Para nosotros no vale el argumento de que en este siglo se vive muy de prisa. Esta es una de esas muchas sentencias falsas ó sin sentido, que á fuerza de repetirlas llegan en el dia á pasar por axiomas. En nuestro siglo se vive tan despacio como en cualquiera otro, y por lo mismo que hay más medios y facilidad de aprender, y mucho escrito sobre todo, se puede y se debe exigir del que enseña que estudie y medite con conciencia, y que si no dice algo nuevo, diga al menos, refutando las opiniones contrarias, terminante y despejadamente la suya.

Así demostrará el Sr. Castelar con la misma portentosa elocuencia, pero con más claridad y orden que en la primera leccion, que el Cristia-

nismo, lejos de ser contrario al progreso humano; es causa efficacísima de este progreso, que singularmente efectúan las naciones de Europa iluminadas por la luz de la fé. Hizo notar el Sr. Castelar que entre los antiguos pueblos no hubo esta idea de progreso; esto es, no se tenía conciencia de él: mas no probó que el Cristianismo viniese á darnos esa conciencia. Obra ha sido esta de la reflexion y de la moderna filosofía; y la doctrina que de ella ha dimanado no se ha de creer que se fünde en la revelacion por huir del extremo de los que suponen que de todo punto es contraria á ella. Nuestro Señor Jesucristo dijo, á la verdad, en el sermón de la montaña: *Sed perfectos como vuestro Padre, que está en el cielo*; pero se dirigia al individuo, al hombre interior, y no hablaba de la sociedad entera y del progreso que material y exteriormente puede hacer esta realizándose de un modo más ó ménos imperfecto en este *valle de lágrimas*. El fin de la perfeccion que Cristo proponia á los hombres está fuera de este mundo. El fin del progreso moderno está en el mundo mismo. La aspiracion que Cristo hacia nacer de los corazones era una aspiracion infinita. La aspiracion del progreso moderno, cuando es infinita tambien, está en oposicion con la doctrina de Cristo, y no ya los neo-católicos, sino los católicos, deben reprobarla. Al morir Cristo murió con el viejo Adam y nació un Adam nuevo, lo cual ha de

entenderse en sentido místico, como San Pablo lo entendía. Progreso vale tanto como ir de la imperfección á la perfección, y mal podía ser progresiva en su esencia una doctrina que desde luego era perfecta y por consiguiente incapaz de progresar y de mejorarse. Ni aun suponiendo que el progreso estaba en la propagación de esta doctrina por todas las naciones, se ha de suponer que se equipare y univoque con el progreso, tal como se entiende ahora. Si el Señor dijo *Ite et docete omnes gentes*, no fué con el propósito de que instruyesen los Apóstoles al mundo y le preparasen para fundar la nueva Jerusalem en la tierra, sino para que hiciesen de modo que al dejar la tierra esas gentes pudiesen ser en el cielo ciudadanos de la nueva Jerusalem: por eso el profeta Isaías llamó á Cristo *Padre del siglo futuro*.

Pero como el Cristianismo es un gran elemento civilizador, aun prescindiendo de su poder sobrenatural, y á un fin sobrenatural ordenado, los hombres, siguiéndole, serán más dichosos, si bien no puede deducirse de aquí que el Cristianismo fuese en los primeros tiempos causa conocida de progreso. El fervor de los cristianos no se avenía, ni debía avenirse, con el pensamiento de hacer una religion tan espiritual y tan mística y de un Dios cuyo *reino no era de este mundo*, instrumento del desarrollo de la prosperidad y de la grandeza humana en este mundo mismo. En resolución,

ni los cristianos de los cinco primeros siglos, ni los cristianos de muchos siglos despues, ni aun los cristianos de ahora, fueron ni son progresistas por el hecho de ser cristianos. Tal vez los gentiles fuesen más deliberadamente progresistas, porque pensando mucho en esta vida y poco en la otra, se debian inclinar á hacerla mejor, y del deseo de lograrlo habia de nacer en ellos la creencia de que lo lograban. Sin embargo, así como la idea de la inocencia primera, de la primera culpa y de la edad patriarcal, limita entre los cristianos la doctrina del progreso, así la limitaba entre los gentiles la idea de la edad de oro, no pudiendo decir en un raptó lírico el más progresista de ellos sino

Iam redit et virgo, redeunt Saturnis regna.

Puede sostenerse, con todo, que la doctrina del progreso, con tal de que este se encierre dentro de los límites de la decaída é imperfecta naturaleza del hombre, y no se prolongue el modo infinito en que algunos le entienden, ya que no se apoye en el Cristianismo, no le repugna tampoco.

Aun muchos racionalistas del día, siendo liberales, niegan el progreso, y ven en los pueblos bárbaros ó selváticos, no el gérmen de una civilización futura, sino la degradación ó el olvido de una civilización pasada. El sabio Bailly imaginó un pueblo primitivo civilizado en el Norte del Asia: no pocos historiadores y etnógrafos moder-

nos suponen una nacion misteriosa, que allá en los tiempos ante-históricos vivió en las faldas del Himalaya, y que tenia una intuicion clarísima de las verdades divinas y humanas, las cuales propagó despues y difundió por todo el mundo en diferentes y consecutivas emigraciones: Salvert prestó á los pelasgos y á las naciones antiquísimas del Oriente, extraordinarios conocimientos, que se perdieron entre el vulgo y dieron luego origen á las ciencias ocultas y á los misterios de Egipto, de Samotracia y de Eleusis; y los escritores gentiles nos hablan con asombro de la cultura moral é intelectual de los habitantes de la Atlántida, de los turdetanos y de los hiperbóreos. Zalmoxis era geta, scita Abaris y tracio Orfeo. En los poemas que se conservan de los bárbaros que vinieron del Norte á acabar con el Imperio romano, en el Edda y en el Kalewala, se notan, al través de mil fábulas monstruosas por la forma, una razon filosófica y una doctrina trascordada, como recuerdo confuso y oscuras tradiciones de una época luminosa. Y quizás sea más verosímil atribuir el fundamento de estas fábulas, y el de las griegas y orientales, á vagas reminiscencias de ideas de otra edad que á presentimiento instintivo de futuras y más levantadas ideas. En todo lo cual hallan razones y argumentos los modernos apologistas del Cristianismo para defender la creencia en una revelacion primitiva.

Nada más diremos de la primera lección del señor Castelar, que no hemos leído, sino oído solamente. Las lecciones que en lo sucesivo vaya dando las examinaremos con mayor cuidado, y nos aprovecharemos para ello de su publicación, si es que se publican íntegras en algún periódico. Nos complacemos en esperar que no serán dignas de censura, porque el Sr. Castelar tiene buen deseo, y solo de su buen deseo depende el que sean tales sus lecciones, que no baste á encarecerlas nuestra alabanza.



ARTÍCULO DE D. E. CASTELLAR

Las lecciones que sobre *Historia de la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo* he tenido la honra de pronunciar en el Ateneo, han dado lugar á un distinguido escritor de selecta erudición, de fácil y galano estilo, de grandes y profundos pensamientos, manifieste en las columnas de *El Estado* el juicio que le merecen mis escasas dotes literarias y la doctrina vertida en mi enseñanza. De mi persona no hay para qué ocupar la atención del público; he sido tratado por el señor V... mejor de lo que merezco; y sus palabras y sus sanos consejos, y sus luminosas advertencias me obligan á verdadero, á leal agradecimiento.

Pero si de mi persona puedo prescindir, no puedo prescindir de mi doctrina, á cuya defensa me mueve la severa voz de mi conciencia. Y de

mi doctrina debo defender el pensamiento que es-
timo fundamental: la armonía del Cristianismo y
del progreso. En mi corazón, en mi conciencia y
en mi vida práctica, presto culto á la libertad,
esencia misteriosa del alma; á la igualdad, condi-
cion de todo derecho; al progreso, que va rom-
piendo las ligaduras que atan al hombre á la ma-
teria; y presto culto tambien, todavía más puro y
más acendrado, al Cristianismo, lluvia benéfica,
venida del cielo para fecundar todas las grandes
ideas, espíritu divino que se cierne sobre nuestra
civilizacion, que no la abandonará nunca, segun
las promesas del Eterno.

Esta creencia mia, que todos conocen, debe
hoy ser más que nunca inculcada; porque vivimos
en tiempos tristísimos, que han visto nacer una
escuela, cuyos maestros pretenden resucitar el
absolutismo, juzgado ya por la historia y conde-
nado por la Providencia, encubriéndolo en el velo
del santuario, y ungir el cadáver de la antigua
sociedad con el eterno espíritu de vida; escuela
que no daña nada á las libertades conquistadas,
pero que daña mucho en la conciencia de ciertas
gentes á la religion, presentándola como obstácu-
lo insuperable á todo progreso, como cómplice de
todas las tiranías; la religion que vino á dar al
hombre la conciencia de su libertad y á quebran-
tar para siempre las cadenas del esclavo.

¡Quién habia de creer que el señor V... á través

de cuya celada creo yo entrever un verdadero poeta que ha cantado la ciencia y la libertad; el señor V..., cuyos artículos contra la escuela neocatólica he leído con admiración y entusiasmo, fuera á dar en errores más trascendentales aún que los de esa escuela, en las siguientes proposiciones de su, por otro concepto, luminosa crítica? Dice el señor V....:

«Hizo notar el Sr. Castelar que entre los antiguos pueblos no hubo esta idea de progreso; esto es, no se tenía conciencia de él: mas no probó que el Cristianismo viniese á darnos esa conciencia.

.....
.....
.....
»Nuestro Señor Jesucristo dijo, á la verdad, en el sermón de la montaña: *sed perfectos como vuestro Padre que está en el cielo*; pero se dirigia al individuo, al hombre interior, y no habla de la sociedad entera y del progreso material y exteriormente que pueda hacer esta, realizándose de un modo más ó ménos imperfecto en este *valle de lágrimas*. El fin del progreso moderno está el mundo mismo. La aspiración infinita.....

.....
como ir de la imperfección á la perfección, y mal podia ser progresiva en su esencia una doctrina que desde luego era perfecta; y por consiguiente incapaz de progresar y de mejorarse. Ni aun su-

poniendo que el progreso estaba en la propagación de esta doctrina por todas las naciones, se ha de suponer que se equipare y univoque con el progreso, tal como se entiende ahora. Si el Señor dijo *Ite et docete omnes gentes*, no fué con el propósito de que instruyesen los Apóstoles al mundo y le preparasen para fundar la nueva Jerusalem en la tierra, sino para que hiciesen de modo que al dejar la tierra esas gentes pudiesen ser en el cielo ciudadanos de la nueva Jerusalem: por eso el profeta Isaías llamó á Cristo *Padre del siglo futuro*.

»Pero como el Cristianismo es un gran elemento civilizador, aun prescindiendo de su poder sobrenatural, y á un fin sobrenatural ordenado, los hombres, siguiéndole, serán más dichosos, si bien no puede deducirse de aquí que el Cristianismo fuese en los primeros tiempos causa conocida de progreso. El fervor de los cristianos no se avenía, ni debía avenirse, con el pensamiento de hacer una religion tan espiritual y tan mística, y de un Dios cuyo *reino no era de este mundo*, instrumento del desarrollo de la prosperidad y de la grandeza humana en este mundo mismo. En resolución, ni los cristianos de los cinco primeros siglos, ni los cristianos de muchos siglos despues, ni aun los cristianos de ahora, fueron y son progresistas por el hecho de ser cristianos.»

De todas estas ideas, que á fuer de leal trascri-

bo literalmente, se deduce que el señor V... niega que el Cristianismo tratara nunca de verificar el progreso político y social como sostuve aquella noche, idea en que se fortifica diariamente mi razon. El señor V... ha caído en un error más grave aún que el de la escuela neo-católica. Esta escuela acierta cuando dice que el Cristianismo tiene su verdad social y política; yerra cuando dice que esa verdad social y política es el absolutismo. Mi digno y benévolo crítico, aislando el Cristianismo en el cielo, haciendo de su Dios presente, según mi sentir, siempre en el mundo por la Providencia y en el espíritu por la revelación, un Dios desterrado, consumiéndose en su soledad allá en la cúspide de los mundos, niega lo que es evidente, lo que es lógico, á saber: que si el Cristianismo es una nueva religion, es también una nueva sociedad, una nueva política, un nuevo arte, una nueva ciencia, una renovación universal de la vida del mundo y del espíritu.

El sentir del señor V..., tan erróneo, proviene de no haber meditado con madurez lo que es la religion cristiana. La religion cristiana es la verdad absoluta, que contiene en sí una serie infinita de verdades. La religion no solamente habla de Dios, nos habla también de nuestros sentimientos, de nuestra voluntad, de nuestras ideas; envuelve toda el alma como la atmósfera rodea todo el cuerpo. A la razon, le dá á conocer Dios su ley;

á la conciencia, la libertad moral, la responsabilidad humana; á la sensibilidad le previene el amor, la esperanza; y de todos estos principios fundamentales quiere que el hombre deduzca la verdad social y política en ellos virtualmente contenida, verdad que debe estar con esos principios en armonía y consonancia.

¡El reino del Cristianismo no es de este mundo!!! Muchas veces lo he oído y siempre me ha parecido una gran *heregía* la interpretación dada á esta palabra. El reino del Cristianismo es de este mundo; porque ó el Cristianismo no es religion, ó el Cristianismo encierra en sí la verdad política y la verdad social. Pues qué, ¿había de ser el Cristianismo, la religion verdadera, la religion del espíritu, de peor condicion que todas las religiones antiguas, las cuales se han engendrado en forma política y social? Nó, mil veces nó. Al panteísmo materialista de la India corresponde el panteísmo social, la teocracia absoluta. Al principio de contradicción levantado en Persia á la categoría de Dios, corresponde una aristocracia guerrera. Como los dioses batallan en el cielo, la espada es el gran símbolo social. A los instintos mercaderes de la raza fenicia presiden dioses mercaderes también. El paganismo griego tiene sus dioses personales, limitados; sus templos pequeños y rientes; sus sacerdotes nacidos en la plaza pública, como sus tribunos, y de consiguiente sus repúbli-

cas democráticas, sus ciudades aisladas también; grandes personalidades como sus dioses. Examine mi digno crítico la religion romana y encontrará dos teogonías, la teogonía etrusca y la teogonía latina; como hay en Roma dos clases sociales, los patricios y los plebeyos; como hay dos fuentes de derecho, el símbolo antiguo y el pretor. Sila se postraba ante el Mitra asiático, porque era un dios tirano, aristócrata; y Mario, en quien la democracia era hija del instinto más bien que del raciocinio, empezó su revolucion, á pesar de su inexperiencia, por levantar en los altares de la república los dioses de los plebeyos. ¿Y el Cristianismo no habia de ser tambien una gran religion social como todas las religiones?

¿Quién habia de creer que el señor V..., católico del siglo diez y nueve, apreciaba en menos su religion que la apreciaba Symmaco, pagano del siglo quinto? Symmaco, cuando levantaba de nuevo los altares de los dioses; cuando ofrecia sacrificios á las divinidades paganas; cuando congregaba el senado en derredor del gran altar de la Victoria, se dejaba llevar, no de sus creencias religiosas, que se habian apagado en su alma como estaban ya apagadas en la mente del género humano, sino de un gran temor nacido de una gran creencia, sí, de la creencia que el Cristianismo estaba destinado á dar en tierra, no solamente con los dioses, sino tambien con las instituciones

del paganismo. Y ahora bien, meditando sobre la historia, se alcanza que Symmaco tenia razon.

El Cristianismo predica la unidad de Dios y su gobierno en el mundo por la ley de la Providencia, es decir, liberta al hombre del antiguo destino; predica tambien la libertad de la voluntad humana, es decir, hace al hombre responsable de sus acciones y de su vida; predica la unidad del género humano, porque á sus ojos no hay razas ni castas, y la igualdad ante Dios del rey y del esclavo, la igualdad, que es la gran ley del derecho; predica la gran virtud, que une los hombres entre sí; la caridad, que es todo amor, y la esperanza, virtud eminentemente progresiva; y al predicar todos estos grandes principios, deja grabada en la conciencia una religion verdadera y en el espacio todo el maravilloso ideal de una sociedad asentada en la justicia.

¿Puede negar esto mi digno crítico el señor V...? Yo creo que es imposible que lo niegue; y si lo niega, ¿cómo compaginarlo con estas palabras? «Si el Señor dijo: *Ite et docete omnes gentes, no fué con el proyecto de que instruyesen los Apóstoles al mundo y le preparasen para fundar la nueva Jerusalem en la tierra.*»

Ahora bien: el Cristianismo traia una nueva sociedad, ó no la traia en su seno. Si traia una nueva sociedad, como yo creo, el Cristianismo era un progreso, y venia al mundo para realizar el

progreso. Si el Cristianismo no traia en su seno una nueva sociedad, como el señor V... pretende, el Cristianismo no merece el nombre de religion. ¡Qué error tan trascendental y tan grave! El Cristianismo traia virtualmente una nueva sociedad, y de consiguiente el progreso.

Y en esta mi doctrina, que la razon enseña, me confirman autoridades de mucho valer; por ejemplo, la autoridad de Ozanam, escritor católico, que tantas y tan señaladas distinciones alcanzó del Papa, y que ha merecido despues de su muerte que sus libros fueran dados á luz por el alto clero francés. Ozanam dice en su *Historia de la Civilizacion* en el siglo quinto lo siguiente: «*Con el Evangelio comienza la doctrina del progreso. El Evangelio enseña no solamente la perfectibilidad humana, la eleva á ley. Sed perfecto, dice, y esta palabra condena al hombre á un progreso sin fin puesto que pone su término en lo infinito: Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto.*» De suerte que, además de tener en mi abono la razon, tengo la autoridad de uno de los más ardientes y aplaudidos apologistas del Catolicismo.

¡Qué progreso tan grande encierra el modelo que propone Jesucristo, Dios de verdad, bondad, hermosura perfecta! El hombre, y de consiguiente la sociedad, para cumplir el gran precepto evangélico, deben buscar y realizar incesantemente la verdad en todas las esferas abiertas á su

pensamiento, la ciencia; hacer el bien, pero no el bien limitado, sino completo, que se extienda á todos los hombres; realizar la moral en el hogar doméstico y en el Estado; embellecer la vida toda, llenándola de armonías el arte; y en esta gran obra, que no rompe la naturaleza humana, antes la comprende toda, debe mirar como una estrella fija, como norte invariable á Dios. El hombre, que no alcanzará nunca la perfección, debe, sin embargo, buscarla siempre; de suerte que el progreso es una ley cristiana.

Mas el señor V... asienta lo siguiente: «Jesucristo dijo, á la verdad, en el sermón de la montaña: «Sed perfectos como vuestro Padre, que está en el cielo;» pero se dirigia al hombre interior.» Concedido; se dirigia al hombre interior. Mas como la sociedad, en último resultado, se compone de hombres, al reformar al individuo, reformaba tambien la sociedad. Considerando á la sociedad en un sentido aún más alto, en el sentido de un individuo colectivo superior, la sociedad tambien debe ser perfecta. De no admitir esto, se cae en el siguiente error: en que Dios predicaba dos leyes morales, una para el individuo y otra para el ser social. Y este dualismo repugna á la razón del hombre, y es contrario á la justicia de Dios.

Donde el señor V... parece más invencible, es en el párrafo donde afirma lo siguiente: «Progreso vale tanto como ir de la imperfección á la per-

feccion, y mal podria ser progresiva una doctrina que desde luego era perfecta.» Poco ha meditado mi digno contrincante esta su opinion. El dogma, en cuanto divino, es eterno; en cuanto eterno, absoluto; en cuanto absoluto, no admite progreso. Tal es el sentir de la Iglesia. Pero el dogma, al sujetarse á las condiciones históricas de todas las ideas, al ser mejor comprendido en un siglo que en otro, se puede asegurar que en cierto sentido, sin embargo, progresa. No soy yo quien dice esto, lo dice Bossuet, á quien el mundo ha llamado el último padre de la Iglesia: *Por ser constante y eterna la verdad católica, dice, no deja de tener tambien su progreso: que es conocida en un lugar más que en otro; en un tiempo más que en otro; más clara, más distinta, más universalmente.*

Los Apóstoles creyeron un dia que Jesús era un rey que iba á fundar el reino de un instante en un rincon del espacio, y fueron á pedirle ministerios temporales en ese reino; pero Jesús les mostró que no venia á fundar una sociedad de un dia, una sociedad perecedera; venia, sí, á fundar el eterno reino del Espíritu divino sobre la tierra. Los primeros cristianos, segun todos los historiadores eclesiásticos, creyeron que la Iglesia no debia salir de la sinagoga; que la fuente de su vida estaba al pié del santuario judío; que el neófito no debia entrar triunfante en el Evangelio sin haberse iniciado antes en la religion hebrea, y

el Concilio de Jerusalem destruyó esta creencia abriendo de par en par las puertas de la Iglesia á todos los hombres, á todas las razas de la tierra. La verdad, como el sol, iluminó todas las frentes. La raza semítica perdió la dignidad privativa del sacerdocio. El Evangelio de San Mateo está escrito á la sombra de la sinagoga, en la hermosa habla de los sacerdotes bíblicos; el Evangelio de San Juan está escrito en griego, y por todas sus páginas circula el genio de Platon, del cual tomó posesion Jesucristo en Patmos, como más tarde la Iglesia debia posesionarse del genio de Aristóteles. Se levanta más tarde Arrio, y se lleva tras sí la mayoría de las gentes; su dogma, que concluye por despojar de su divinidad á Jesucristo, va á sentarse en el trono del Imperio, va á penetrar en los pueblos bárbaros por medio de Urfilas; pero un dia la Iglesia llama á sus hijos á Nicea, los congrega representados por sus pastores, sí, por aquellos pastores que iban de los cuatro puntos del horizonte, llevando aún en su frente las señales del martirio; y la mano trémula de un anciano, que iba á espirar despues de haber coronado aquella gran obra, traza, con el estilo griego, en una tabla estas palabras respecto al Verbo: *consubstantialis Patri*; y un himno de júbilo que exhala de sus labios la Iglesia universal reunida, himno cuyos ecos oimos aún con recogimiento y reverencia todos los dias, enseña á las generacio-

nes que ha triunfado definitivamente el Evangelio. Con razon, comparando San Pablo á la Iglesia á un gran cuerpo, dice que crecerá siempre hasta realizar en su plenitud la humanidad de Jesucristo. Sí, como crece el hombre, sin variar de organizacion; como crece el árbol, sin variar de sustancia, crece tambien la Iglesia.

Mas no trato del dogma, sino de la influencia civilizadora del Cristianismo, y por consiguiente dejo á un lado este punto, y paso á otra proposicion del señor V..., que me ha maravillado sobre todo encarecimiento. *Pero como el Cristianismo es un gran elemento civilizador, dice, aun prescindiendo de su poder sobrenatural, y á un fin sobrenatural ordenado, los hombres, siguiéndole, serán más dichosos* (y aquí entra mi extrañeza), SI BIEN NO PUEDE DEDUCIRSE DE AQUÍ QUE EL CRISTIANISMO FUERA EN LOS PRIMEROS TIEMPOS CAUSA CONOCIDA DE PROGRESO. Véase la palmaria contradiccion que resalta en este párrafo. Si mejora el Cristianismo la condicion de los hombres, ¿cómo no es causa conocida de progreso? Y si no es causa conocida de progreso, ¿cómo mejorará la condicion de los hombres? Indudablemente el señor V..., segun se desprende de todo el artículo, ha puesto las palabras que dicen que *siguiendo los hombres el Cristianismo serán más dichosos*, para atenuar su pensamiento capital, que es: *si bien no puede afirmarse que en los pri-*

meros tiempos fuera causa conocida de progreso.
¡Tremendo error en que no he visto caer á ningun impío, y que, sin embargo, cae una alma verdaderamente católica!

El señor V... ha olvidado todas las consecuencias políticas, progresivas, que inmediatamente en los cinco primeros siglos trajo consigo el Cristianismo. Recuérdese la organizacion del Imperio romano. Unido el poder temporal y el poder espiritual en un solo jefe, el despotismo abrumaba al hombre, extinguia su voluntad y su pensamiento. La religion cristiana, separando el poder temporal y el poder espiritual, realizó un inmenso progreso, fecundo en maravillosísimas consecuencias, é hizo imposible para siempre la mayor de las tiranías, la autocracia, esa institucion en que un hombre es rey á un tiempo y pontífice, aniquilando así necesariamente bajo sus plantas la libertad humana y el derecho. ¿Y esto no es en los primeros tiempos causa conocida de progreso?

Los emperadores paganos, pontífices, reyes, dioses, vertian impunemente sangre humana; mandaban sacrificar generaciones enteras al pié de sus manchados pedestales. Recuerde el señor V..., tan aficionado á recordar todos los nombres célebres de los cinco primeros siglos de la Iglesia, aquel gran emperador Teodosio, vestido de cilicio, cubierta de ceniza la cabeza, arrodillado en el polvo, con los ojos llenos de lágrimas y

las manos plegadas, pidiendo perdón á la Iglesia por haber pasado impiamente á cuchillo los habitantes de una desgraciada ciudad. Recuerde el señor V... que cuando el hijo de Constantino quiso poner su mano sobre la frente de un gran padre de la Iglesia, la voz de Osio, español que llenó con su acento el siglo cuarto, recordó al tirano con elocuencia nunca del mundo antes oída, que el emperador nada podía sobre las conciencias, es decir, que el Imperio romano por la acción santa del Cristianismo habia perdido la más grande, la más trascendental, la más tiránica de todas sus atribuciones. ¿Y esto *no es causa conocida de progreso?*... Recuerde el señor V... el tomo V, lección 54 de la *Filosofía positiva* de Augusto Comte; lea la serie de consecuencias que ha traído esta división del poder espiritual y del poder temporal, y se quedará sin duda maravillado de haber hecho ménos favor al Catolicismo que un filósofo materialista, el cual sin quererlo pertenece á la extrema izquierda hegeliana.

Pero prosigamos: ¿el Cristianismo no abolió *virtualmente* la esclavitud?—Aquí viene bien recordar la influencia de la religion. El pária no pertenece á la religion de los grandes brahmanes. Los esclavos de Roma tenían sus divinidades, que llamaban *dioses serviles*. Al dar un mismo dios, una misma dignidad moral, un mismo altar, una misma ley, un mismo premio al esclavo y al

emperador, el Cristianismo abolió virtualmente la esclavitud. *¿Esto no es causa conocida de progreso?*

El Cristianismo, penetrando en el derecho, base de toda la sociedad, emancipó la mujer, la hizo compañera del hombre, unió, no por la tiranía antigua, sino por el lazo del amor, los padres con los hijos, hizo indisoluble el matrimonio, asentando así en la eternidad los fundamentos de la familia; y de esta suerte, al renovar por el espiritua- lismo y por la libertad la ley civil, el hogar do- méstico, renovó también la ley política y el Esta- do. *¿Y esto no es causa conocida de progreso?*

Y lo que decimos de la division del poder tem- poral y espiritual, principio político; de la aboli- cion de la esclavitud, principio social; del mejora- miento de la familia, principio civil, y por tanto; progresos inmensos, decimos también de la filosofía que progresa bajo los santos padres; del arte que se trasfigurara en la mente de Juvenco y de Sido- nio Apolinar, como Jesús se trasfiguró en el Tabor, como la humanidad se trasfiguró en el Cristianis- mo. *¿Y todo esto, no es causa conocida de progreso?*

Por eso, aun mirado filosóficamente y prescin- diendo de su virtud divina, el Cristianismo es hoy como ayer, y será mañana como hoy; es decir, será siempre *causa conocida de progreso*, porque nos dió las leyes de la naturaleza humana y nos reveló el verdadero Dios, y asentó tres grandes categorías sociales, que son imperecederas: la libertad, la

igualdad, la fraternidad de todos los hombres.

Y hé ahí explicado por qué yo, que soy, y he sido y seré siempre creyente, soy, y he sido y seré tambien siempre defensor de la libertad y de la igualdad humana, defensor del derecho, condicion precisa de la existencia política y social; defensor del progreso, sin cuyo dogma se abaten las hermosas alas que Dios prendió á nuestra alma; defensor de todo el gran movimiento de la civilizacion presente, porque lo creo consecuencia indeclinable y legítima de la verdad cristiana. ¿Quiere decir esto que yo creo el progreso infinito? No, mil veces no. Quiero el progreso de nuestra naturaleza, y creo que nuestra naturaleza es contingente, limitada y contradictoria. Pero esta ley de contradiccion, si es la cadena que llevamos atada á nuestras plantas, es tambien la aureola que corona nuestras frentes. Suprimidla, y el hombre sería, ó inerte como la piedra, ó absoluto como Dios. Lo que sucede en la naturaleza, sucede armónicamente en la conciencia: de la atraccion y de la repulsion en las esferas celestes, nace la armonía de los mundos. De la contradiccion en la inteligencia, de la lucha en la sociedad, del continuo combate del hombre en la tierra, nacen las artes, las ciencias, las sociedades, la verdad, la bondad y la hermosura. He concluido: creo haber probado que el cristianismo *es causa de progreso.*

Pongamos, sí, nuestra libertad, nuestro dere-

cho, nuestras artes bajo la sagrada tutela del Cristianismo. El Prometeo encadenado á la tierra por el destino pagano, ha sacudido sus cadenas: el fuego del cielo centellea en su espaciosa frente; la libertad le protege bajo sus alas; el mundo obedeciendo á su palabra, le abre sus entrañas y le revela sus secretos; dueño ya de la tierra, habiendo dejado de ser ciego como Edipo, cada dia descubre más maravillas y muestra más la grandeza de su espíritu; el rayo le obedece; las estrellas se retratan en los grandes instrumentos que ha inventado; el vapor centuplica sus fuerzas; la imprenta perpetúa las obras de su espíritu; nuevos mundos salen del seno de las ondas para albergarle y ser su templo; los gases desprendidos en sus retortas descomponen en mil sustancias la materia; la astronomía, las matemáticas, la física, la química, le aseguran el dominio de la naturaleza; las ciencias abstractas y espirituales le revelan cada dia más los secretos de su alma, y así es imposible que el hombre, por grande y libre, se vea abandonado de Dios ni de su santa providencia. Los que creen que el Cristianismo ha abandonado en esta edad la civilizacion, entierran, como los fariseos, de nuevo en el polvo de las edades pasadas á Jesucristo, que desde su resurreccion vela por nosotros en el cielo.

Si la primera parte de mi libro se refiere á considerar el Cristianismo como ideal religioso del movimiento democrático de nuestro tiempo, la parte última se refiere á la libertad de la Iglesia. Esta es indudablemente la teoría capitalísima de nuestro dogma, la teoría esencial de este libro. Como nuestras leyes de imprenta son tan estrechas, despues de haber pronunciado los discursos que forman la base de este último tomo, creia que acaso los fiscales pusieran algun obstáculo á su publicacion. Entonces me decidí á poner sus ideas capitales, y aun párrafos enteros bajo la salvaguardia de un señor obispo. Así, puede decirse que condensé todo el espíritu de mis lecciones, todas sus ideas más trascendentales en las *Cartas á un Obispo*. Hice más, copié de mis discursos párrafos enteros al pié de la letra para si acaso encon-

traba algun inconveniente el fiscal poder conven-
cerle de que habian salido bajo el amparo de las
leyes. De estos ardidés tenemos que valernos los
que no gozamos la libertad de pensar. Los pue-
blos esclavos padecen de este gravísimo daño, de
raquitis intelectual. De él padecerá España mien-
tras no emancipe su inteligencia. Véanse ahora
las *Cartas al Obispo*, que explican el dogma fun-
damental de mis cinco tomos, que son su exclare-
cimiento y resúmen; dicen así:

CARTA PRIMERA.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Tarazona:

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Audacia es en verdad dirigirse á un señor obispo tan ilustrado como V. E. sobre una materia tan árdua como la libertad de la Iglesia. Pero deseoso de tratar de este grave asunto, creo que su nombre me servirá de escudo contra los escrúpulos del señor ministro de la Gobernacion, y de su teniente el señor fiscal de imprenta. Hablemos de problemas sociales gravísimos, y esta será la mejor manera de levantar la prensa del cieno de los insultos al cielo de las ideas. Además, la ocasion me parece oportuna. V. E. en una carta dirigida á la reina se ha dignado nombrar nuestro periódico, aunque para vituperarlo. V. E., con motivo de la publicacion del *Almanaque democrático*, blanco de tantas iras, ha pedido reiteradamente al poder civil, al Estado, su brazo para defender la idea religiosa, que cree vulnerada. No será desa-

cato en mí hablarle; no será en V. E. humillacion oirme. Manifiesto ante todo mi respeto á un obispo, á un anciano. Lo único que en cambio le pido es que reconozca mi buena fé. Podré no haber encontrado la verdad, pero la he buscado con ánimo recto y pedido á Dios su auxilio. Podré engañarme, que no lo creo, pero me engaño en conciencia. No voy á tratar ninguna cuestion dogmática, voy á tratar de una cuestion libre; de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. ¿Seremos en esta cuestion más papistas que el Papa? ¿No toleraremos que se repita ni siquiera lo que se ha dicho en el Congreso de Malinas á favor de la libertad de la Iglesia? Allí, en presencia de ilustres obispos, rodeado de doctores católicos, con aplauso universal, ha podido repetir el conde de Montalambert las palabras de un Papa nunca sospechoso á los jesuitas y á los neo-católicos, como lo fué un dia Pio IX, las palabras de Gregorio XIV que decia: «Solamente lo puedo todo en el país en que nada puedo, en los Estados-Unidos.» Organicemos de aquella suerte las relaciones entre la Iglesia y el Estado; y el Estado será libre y libre la Iglesia; y no se verá un obispo en la dura necesidad de dirigirse á un ministro de la Gobernacion, pidiéndole que prohiba una obra, ni un ministro de la Gobernacion en la dura necesidad de desairar á un obispo. El uno regirá con sus medios á los ciudadanos, el otro á los fieles; y uno y

otro vivirán independientes, sin mezclarse el Estado en el ministerio de la Iglesia, puramente espiritual, ni la Iglesia en el ministerio del Estado, que debe limitarse á darle condiciones de derecho.

Yo bien sé que V. E. sentirá una especie de frio mortal, viendo que soy osado á proponerle una solución democrática. En Dios y en mi alma le digo que no hay para qué asustarse. La democracia no es una religion; es una política. Hay en Suiza cantones católicos, hay millones de católicos en los Estados-Unidos. V. E. puede espantarse de la democracia porque no la conoce. Y no la conoce por culpa de esa prensa neo-católica que de todo tiene menos de espíritu religioso, y que desfigura la verdad. Rechácela V. E. No es religiosa la calumnia; no es religiosa la mala fé; no es religioso ese encono contra las nuevas ideas; no es religioso ese odio á nuestros enemigos, cuando Cristo nos dijo: «Amar á los que nos aman eso lo hacen tambien los paganos; amad á los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y os calumnian; sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.» La prensa neo-católica es el mayor enemigo que la religion tiene en nuestra patria. Yo de mí sé decir, que si alguna vez hubiese sido capaz de caer en el ateismo, cayera al ver la religion convertida por esa prensa sacrílega en una argolla y Dios en un verdugo. Yo de mí sé decir, que como ciudadano, cumplo con un de-

ber, y uso de un derecho, doliéndome á V. E., porque cuando cita, cita esos periódicos; y cuando habla, habla por su boca; y cuando se levanta contra profesores de la ciencia, se levanta arrojándoles á la cara sus textos truncados, y cubre con su manto, de buena fé sin duda, una conjuración perpétua contra nuestras leyes, contra las instituciones que triunfaron en la guerra civil, contra el espíritu y la vida de nuestro siglo.

Yo bien sé que V. E. se va con los neo-católicos, porque tiene preocupaciones invencibles contra las nuevas ideas. Hay dos argumentos que se usan con uniformidad fatal. Contra la filosofía moderna, Voltaire; contra la política moderna, las matanzas de la revolución. Pero V. E., alzando un poco la vista, comprenderá que la burla de Voltaire como las matanzas de la revolución, son dos accidentes en la historia de la idea liberal. Una nueva sociedad surgía del seno del siglo décimo-octavo, y surgía porque Dios no toleraba que el mundo fuese la corte ó la mancebía de reyes como Luis XV, de reinas como María Luisa. Y siempre que una nueva sociedad nace ¡ay! nace en oposicion radical á la antigua. El espíritu griego nació del Oriente, y se extendió negando al Oriente. Las ruinas de Troya son esa inmensa negacion histórica. El cristiano se opuso á la sinagoga; nació maldecido por los sacerdotes de la antigüedad, por los fariseos. La Iglesia rompió el

seno de su madre, como el ave para volar rompe el huevo que la contiene. El renacimiento nació de la Edad media, y llamó bárbara á la Edad media, y Miguel Angel, y Rafael, y el mismo Papa Leon X, y Bembo, y Sadoletto, no vieron en el arte gótico más que el padron de la barbarie de las artes, mientras se extasiaban delante las estátuas de los dioses, en que los primeros padres de la Iglesia solo habian visto la histórica risa del diablo. Pues bien, señor, lo mismo sucedió, exactamente lo mismo, á la idea liberal moderna. Un hombre, que como escritor no valia lo que valia Rousseau, ni como filósofo valia lo que Descartes, ni como poeta lo que valia Racine, pero que los superaba á todos por su intencion política y su espíritu crítico, pretendió destruir la forma social, y la destruyó con aquella carcajada, especie de terremoto que desgajó los cimientos de las antiguas monarquías destrozadas sobre su sepulcro.

Pero genios de este linaje son raros, y solo aparecen cuando tienen el destino de destruir una sociedad, para que abra paso á otra más progresiva. Las carcajadas de estos hombres son como el ruido de la tempestad que viene á purificar la atmósfera moral. Sus gracias son ciegas como el rayo, que ora cae sobre la encina, abrigo de las aves del cielo, ora sobre la cúpula de las iglesias. Lo cierto es que cuando ha sido necesario

destruir una forma social, se ha levantado uno de esos hombres: Aristófanes al concluirse Grecia; Luciano al concluirse Roma; Boccacio al concluirse la primera mitad, la mitad teocrática de los siglos medios; Cervantes al concluirse los tiempos caballerescos; Voltaire al concluirse la sociedad de nuestros padres. Su ministerio fué más político que religioso. Necesitaba negar una sociedad y lo negó todo, religion y política, pero ni sus negaciones ni sus dudas llegaron á matar el sentimiento de lo infinito, eterna raiz de la idea religiosa.

Lo que más ha dañado al espíritu religioso es, indudablemente, la escuela neo-católica. Esa escuela no trató de restaurar lo que hay de inmortal en religion, no; trató de restaurar al calor de la idea religiosa, lo que hay de transitorio en política; trató de restaurar el castillo feudal, el sirvo pegado al terruño, el privilegio devorado por la igualdad, los códigos monstruosos de la Edad media, el poder político de los papas, roto por cuatro siglos de revoluciones; los cadáveres todos que restos de una sociedad náufraga, iban fluctuando en el tempestuoso mar de nuestras revoluciones, y que parecian grandes porque estaban hinchados. Y no sé en virtud de qué maleficios trastornó esa escuela el espíritu evangélico. Ella desfiguró la historia y la persona de Cristo. Tan cierto es lo que digo, tan cierto, que, si el Salva-

dor hubiera venido de nuevo á exaltar á los oprimidos, á maldecir á los opresores, los fariseos que hoy invocan hipócritamente su nombre, por socialista, por demócrata, lo crucificaran de nuevo en aquel Calvario, que socialmente considerado, es la redención del esclavo. Esta escuela llegó á la negación del progreso en historia, á la negación de la conciencia en moral, á la negación del derecho en política, á la negación del arte clásico en estética, y consagró todas estas negaciones como una grande hecatombe en los altares del Cristianismo. Despues hemos visto aún mayores escándalos; hemos visto estas ideas bajar de la ciencia á la política, entrar con estrépito en las redacciones de los periódicos, tremolar banderas en los colegios electorales, querer convertir la Iglesia en una enorme barricada contra la libertad, perseguir la enseñanza, formar con los restos de los realistas dispersos y de los doctrinarios arrepentidos, especies de diablos metidos á predicadores, que hartos de carne predicán el ayuno, formar con estos residuos un partido nuevo, que parece conjurado para herir la libertad, y que en realidad hiere la religion.

Sus predicaciones tienden á destruir la base de toda moral, de toda ciencia. Predicando contra la razon humana, han predicado el escepticismo en filosofía, el probabilismo cuando más, ese escepticismo disfrazado. «La razon y lo absurdo, han

dicho, se aman con amor invencible.» ¡Tremenda palabra que lleva encerrado en su seno el gérmen de todos los errores! Condenar la razón á perpetuo matrimonio con lo absurdo, equivale á suprimirla. Y desde el momento en que se suprime la razón, el universo se oscurece, la fé se nubla, la idea de Dios se apaga en un mar de tinieblas, y todas las pasiones se apoderan del hombre, convertido en un sér inferior á las bestias, porque por sus instintos ciegos menos vale que las bestias. ¿No hay razón? Pues no hay verdad humana. ¿No hay verdad? Pues no hay conocimiento posible del bien y de mal. ¿No hay conocimiento posible del bien y del mal? Pues ignoro si el asesinato, si el robo son ó no meritorios. Mi razón me dice que son reprobables; mi conciencia me grita contra ellos. Pero ¿qué importa? Entre mi razón y lo absurdo ha puesto Dios un parentesco estrechísimo. Dadas estas ideas no hay más remedio que indignarse contra Dios. Podríamos decirle, si las ideas neo-católicas fueran ciertas: «Dios engañador, me exiges la responsabilidad de mis acciones, me condenas si yerro, me castigas si pecco, y luego me arrojas al mundo sin criterio para distinguir la verdad del error, el bien del mal.» Este Dios de los neo-católicos se parece á Calígula, que escribía las leyes, las promulgaba, y las ponía muy altas, donde no pudieran los ciudadanos leerlas, á fin de que, desconociéndolas, las infringieran,

é infringiéndolas, atragesen sobre su frente el castigo y el mal en que se gozaba aquel estúpido tirano. Y no me habéis de religion. ¿Cómo podré yo prestar el *rationale obsequium* de que habla San Pablo, si mi razon es engañosa? Si mi razon me engaña en lo material, en lo contingente; si no puedo andar con ella por el mundo de las relaciones, ¿cómo podré volar por el cielo de las eternas armonías? Y no hay que decir que el sentimiento es superior á la razon; el sentimiento sin la razon es un cielo sin luz. En el fondo de esa doctrina neo-católica, señor, está la inmoralidad para la vida, la duda para la ciencia, el ateísmo para las almas.

Solo así me explico yo la inmensa impotencia unida al inmenso poder de los neo-católicos. Ellos, en general, volterianos arrepentidos, han logrado seducir las almas sencillas y crédulas. Ellos han dado á la juventud un opio muy bueno para no estudiar, el de decirle que toda la filosofía es mentira, apotegma que cuadra admirablemente á la indolencia española. Ellos se han apoderado de los sitios de donde la guerra civil desalojó á los realistas. Ellos se han llevado tras de sí una gran parte del clero. Ellos tienen hoy en la prensa más órganos que los demás partidos, en la tribuna más oradores, en el poder más ministros. Aquí todo cambia, y ellos quedan siempre como una sombra maldita. Dicen que se quemén libros, y se que-

man; que se desentierren cadáveres, y se desentierren; que se levante un presidio en la zona tórrida para sus enemigos políticos, y se levanta; que se desconfie de la enseñanza universitaria, y se desconfia; que vengan ciertos gobiernos, y vienen; que no vengan nunca otros, y nunca vienen; y sin embargo, nada pueden contra esta marea creciente del espíritu humano, que los envuelve y los ahoga, como el mar envolvía al gran tirano de la leyenda hasta arrancarle la corona de la cabeza. ¿Sabeis por qué, excelentísimo señor? Porque se oponen á la libertad, porque navegan en galeras de la Edad media por un mar encrespado, y navegan contra el viento, contra el espíritu del siglo. He debido comenzar diciendo lo que pienso de ellos, porque de seguro mañana empezarán á calumniarme y á infamarme. No me importa. Solo os ruego que oigais, y creo que voy á convencerlos de que la Iglesia necesita, como todo, libertad, y que solo por la libertad podrá existir el espíritu religioso, completamente perdido ó perturbado en nuestra patria.

CARTA SEGUNDA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Como anuncié á V. E. en mi primera carta, la prensa neo-católica me ha llenado de injurias, porque he expuesto con toda suerte de respetos á vuestra alta consideracion, ideas más religiosas que sus insultos. Han creido que yo buscaba una polémica con V. E. para tratar un pavoroso problema. Si en algo por esto he faltado á V. E., cuando busco solo el amparo de su nombre, que no me faltará, ha sido contra mi voluntad. Perdónemele de grado, porque el ministerio religioso por V. E. ejercido, es tan alto, tan superior á las pasiones y á las debilidades humanas, que hasta el mal que, recibido de otro en pena de un atrevimiento, podria ser justo castigo, recibido de V. E. podria parecer venganza. Esos periódicos no tiran á desacreditar mis ideas, tiran á desacreditar mi persona. No trato de defenderla. Mi persona se

borra completamente en el esplendor de la libertad, como se borra la tímida luz de la luciérnaga en el esplendor del día. Aunque yo fuera el último y el peor de los hombres; aunque perteneciese á la raza de los que comercian insultando ya á los sacerdotes, ya á los filósofos; aunque me creyera capaz de todos los crímenes; V. E., en su caridad evangélica, en su celo religioso, no podría desoírme; pues Cristo, nuestro eterno modelo, no buscó justos, sino pecadores; no llenó su apostolado con los afortunados del mundo, sino con los débiles, con los enfermos, con miserables encontrados en las encrucijadas, á las orillas de los lagos, lejos de «aquellos palacios amasados con el sudor del poder, cada una de cuyas piedras es un pecado.» Estos periódicos neo-católicos, ignorantes de toda religion, hacen del obispo un déspota del Oriente. Confundidlos, señor, con el Evangelio en la mano. Aunque os sentarais á la mesa en que estoy escribiendo, no descenderiais de vuestro ministerio y de vuestra dignidad. Jesús comía con aquellos hombres que la sinagoga estimaba hereges. «Mirad con qué gente come,» decían los fariseos. Y Jesús respondía: «No son los sanos los que han necesidad de médico.» «El pastor que ha perdido una oveja entre ciento, se deja las noventa y nueve para correr tras de la perdida, y cuando la ha encontrado, la vuelve al redil sobre sus espaldas.» Pues qué, Excmo. Sr., ¿solo oireis á v

los que os adulan? ¿Solo atenderéis á los que os provocan á una guerra política? ¿Solo tendrán derecho á dirigirse á V. E. los que os importunan con cartas, tratando de cuestiones políticas y mundanas, no los que, si para algo os importunan, es para hablaros de la religion y de la Iglesia, y para pedir los consuelos necesarios al corazon? Esos periódicos no os comprenden, esos periódicos en todo tiempo os desirven. Confúndalos V. E. con el Evangelio.

Yo, señor, creo profundamente con toda mi conciencia, con todo mi corazon, con toda mi alma, en la necesidad de la religion. Las aspiraciones á lo infinito me parecen universales y extendidas como corriente magnética por todos los séres, en los rumores mismos de la naturaleza creo oír una plegaria religiosa. Todo aspira á subir en la escala de la creacion. El agua envia al cielo sus vapores, la flor sus aromas, el mineral su electricidad, la estrella su luz, el ave su cántico; todos los séres tienen alas, y todos miran á lo infinito como el polo inmóvil de la móvil vida. Pero hay un sér en el cual los rayos rotos de la vida convergen como en su foco, un sér que siente y piensa; un sér en quien la naturaleza se anima; un sér que eleva con plena conciencia todas las oraciones inconscientes del universo hasta Dios. Este sér es el espíritu. Y el espíritu, así como para realizar la verdad necesita la ciencia, y para realizar el bien

la moral, y para realizar la hermosura el arte, y para realizar su vida social el derecho; para santificar todos los fines de la vida necesita la religion. Y esta idea se halla en completa conformidad con la filosofía moderna. No conozco uno de esos filósofos tan abominados, que no ensalce la idea religiosa. «La religion, ha dicho Kant, es el reconocimiento de nuestros deberes en virtud de los mandamientos de Dios.» «Por la moral y la religion, ha dicho Fichte, nos elevamos á un mundo superior; la primera nos eleva por la accion, la segunda por la fé.» «La religion es, segun Lessing, la educacion permanente del género humano.» «Elevándose á lo infinito, añade Schelling, el alma se sustrae á las leyes fatales de la materia.» Hablando de la religion, dice Hegel: «Es la religion donde todos los enigmas de la vida y todas las contradicciones de la idea hallan su solucion; en que se aplacan todos los dolores del sentimiento; la region de la eterna verdad, de la paz eterna.» «Por la religion, ha dicho Scheleimaker, apoyándose en San Pablo, nuestro sér es un Dios y nuestra vida vive en Dios.» «La religion nos lleva, segun Solger, por amor de todo lo que es eterno á sacrificar todo lo que es transitorio.» «La religion, declara Baader en sus aforismos, es tan necesaria al hombre porque es congénita á su naturaleza.» «La relacion del hombre con Dios, dice Krausse, es semejanza á Dios, conocimiento de

Dios, union con Dios, manifestándose en la inteligencia, en el sentimiento, en la voluntad, en la vida toda.» Pero ¿á qué cansarme citando autores de V. E. conocidos? Yo de mí sé decir, que se apagaría el universo y el espíritu á mis ojos, si la idea de Dios se apagara en mi conciencia.

Sobre todo, el dolor y la muerte me han hablado siempre de religion. Hay quien ha pensado suprimir el dolor; quien ha creído suprimir la muerte. ¡Grave error! En el límite donde comienza el sentimiento, comienza el dolor, que es compañero eterno de la vida, y nos avisa de nuestras faltas, y nos auxilia en nuestros grandes trabajos, porque no podemos alcanzar la verdad sin esfuerzos, ni llegar al bien sin combate, ni desear lo perfecto sino con esa sed insaciable, señal del origen celeste é infinito de nuestra alma. Desgraciados de nosotros el dia en que se acabara el desasosiego de nuestro sér, porque con ese desasosiego se acabaria tambien lo más noble, lo más sublime de la vida. Y lo que digo del dolor, digo de la muerte. El hombre seria un eterno bufon, si no supiese que al menos ha de haber un acto solemne, trágico, sublime en su existencia: la muerte. La tememos, porque no la miramos frente á frente, porque nos hemos propuesto olvidarla en medio del ruido y la algazara del mundo. Pero la muerte no mata, la muerte aniquila; es un nacimiento á otra vida y parece una descomposicion, porque

nunca brota el tallo sin descomponer la semilla, ni el fruto sin secar la flor, ni una nueva forma sin borrar las formas antiguas en el crecimiento y progreso de todos los seres. Si no hubiera muerte no habria renovación; seria la naturaleza un lago inmóvil y podrido; la humanidad, una vieja impotente y preocupada. El sepulcro es una cuna. Mientras nosotros lloramos un muerto, como la personalidad tan trabajosamente conquistada no puede perderse, en ese muerto ven otros seres un recién nacido; porque la vida es infinita. Y mientras haya dolor y haya muerte, habrá religion. El raciocinio se quedará inmóvil á las puertas del sepulcro, y abrirá allí sus alas luminosas la fé. Si quitáramos el dolor, si quitáramos la muerte, acaso podríamos quitar la fé. Pero al quitar el dolor, al quitar la muerte, convertiríamos el mundo en vicioso harem y el hombre en eterno sultan; pero en un sultan reducido, por el opio del placer, á un eterno imbécil. Una vida en que no cae una lágrima, es como uno de esos desiertos en que no cae una gota de agua: solo engendra serpientes.

Si quitamos de la frente del obrero el sudor; de las grandes causas el martirio; de la obra del artista la pena; del amor la tristeza; de la vida esa corona de ciprés que se llama la muerte, no habrá fé, pero tampoco habrá ni virtud, ni esperanza, ni poesía, ni belleza moral en el mundo: que todo

lo grande nace del dolor, y crece al riego de las lágrimas.

¿Veis, Excmo. Sr., cuánto me calumnian los que me creen conjurado para perder toda idea religiosa en la conciencia de la juventud? Es todo lo contrario; nadie como yo se lamenta de la decadencia moral á que hemos venido. Se ha comerciado tanto con la idea religiosa, que muchos creen que cuantos hablamos de religion somos unos farsantes, unos titiriteros, que embaucamos á las gentes para arrancarles la bolsa. Se ha querido hacer de la religion un instrumento tal de tiranía, que muchos hombres de ánimo levantado y corazon entero han llegado á creer que en el templo de la religion solo se admiten esclavos. Al mismo tiempo han endurecido ciertas gentes el corazon y las entrañas de muchos séres piadosos, obligándolos á ver en los que aman la libertad otros tantos conjurados del infierno, ministros de Satanás. Así ha decaído la caridad, el amor, la fraternidad, ese generoso sentimiento que proviene de la unidad de origen y de la unidad de destinos en todos los hombres. Los dolores de nuestros hermanos, de aquellos que en la humanidad son como nosotros mismos, nos hallan indiferentes. Nada nos va en que el pobre no tenga pan, ni el esclavo libertad, ni el desgraciado amor; nada en que el ignorante se pierda, como las aves nocturnas, en eternas sombras. El amor insensato á todos los

placeres hace de la vida una orgía, del mundo un carnaval. Todo está enfermo en este período de mortal decadencia. El arte se ha convertido en una copia servil de la realidad; la moral en una palabra dúctil y acomodaticia; hasta el amor se ha transformado en un negocio. No digamos nada de la fé política. Ha muerto. ¿Dónde están aquellos hombres que por la causa de la libertad pisaban el cadalso y hasta bendecían la muerte ignominiosa, creyendo que iba á ser la vida de su idea y de su patria? ¿Dónde está la generacion que escribió en Cádiz el código de 1812, y que se enterró en los campos de Bailen y en los muros de Zaragoza y de Gerona para realizar aquella guerra de independencia, guerra de gigantes que no podemos comprender nosotros los enanos? Todos los hombres que creían, que esperaban, que amaban, ¡ay! han muerto y hollamos indiferentes sus cenizas. Por eso del mando de los militares, de los bárbaros generales que nos azotan la cara con su látigo, y trituran nuestras ideas con sus espuelas, caemos bajo el mando de estos sofistas, de estos escépticos, de estos doctrinarios sin fé y sin conciencia, que hace años vienen devorando nuestro espíritu con el cáncer de su corrupcion. Ni siquiera somos bastante serviles para sufrir una dictadura, ni bastante fuertes para lanzarnos á la anarquía. Nos consumimos en lo miserable, en lo pequeño. ¡Felices los pueblos que, como Polonia, son esclava-

vos, pero que al menos saben pelear, saben morir y no se consumen tristemente en esta inmoralidad nuestra, que es la muerte de la conciencia, el aniquilamiento del alma!

Y es necesario, Excmo. Sr., que pongamos el dedo en la galla, que hablemos de nuestro mísero estado religioso. Si en algo pecco de irreverencia, os ruego que me perdoneis la falta en gracia del buen deseo. No ocultemos el mal. No seamos como esos débiles que no se atreven á curar una llaga por no sufrir algunas náuseas. Lo que pudo decir Sancho Bravo en el siglo xiii; el arcipreste de Hita en el siglo xiv; Pedro Mártir en el siglo xv; Hurtado de Mendoza en el siglo xvi; Feijóo en el siglo xviii, bien podemos decirlo tambien nosotros en este nuestro siglo de libertad. Nuestro estado religioso es muy triste. Muchos defensores de la libertad se han separado de la religion, porque la creen signo de esclavitud. Yo estoy seguro que algunos de buena fé, llenos de honradez y de lealtad, desconfian muchas veces de mí, aunque me quieren. Porque me oyen hablar demasiado de Dios. Los filósofos se han ido separando tambien de la religion, porque dicen que oprime el alma. Los economistas, oidlos, la condenan, la desdeñan, al menos porque juzgan sus ideas sobre la tasa y la usura contrarias al movimiento económico de nuestro siglo. Los gobiernos toman la religion, no como una idea pu-

ra, no como una creencia santísima, sino como un medio de gobierno; la ponen á la altura del alcalde que conserva el orden, ó cuando más del magistrado que juzga y del Código penal que condena. Las clases elevadas son del todo punto indiferentes; á lo más, prevenidas contra la revolución por las predicaciones neo-católicas, han hecho del Catolicismo una especie de dios Término encargado de velar por sus propiedades. En el pueblo hay dos clases. El pueblo de las ciudades adolece de preocupaciones invencibles contra la religion, mientras el pueblo de los campos adolece de un fetichismo pagano, que mata toda pura idea religiosa. El alto clero habla más de política que de religion, y el clero bajo más del culto que de la moral. La supersticion reina en los dos extremos de la cadena social. No hace mucho tiempo que se hablaba de embaucamientos, de llagas, de ridículos milagros. Los de arriba creen más en los golpes que dá el pié de una mesa que en los movimientos de la conciencia, y los de abajo más en sortilegios que en la virtud de las buenas obras. Muchos creen que con orar han cumplido, aunque luego procedan mal en la vida. Se parecen á los lazzaronis de Nápoles, que despues de encender una luz á su Madonna ya se creen con autoridad para encenagarse en los vicios más infames; ó á los bandidos de Andalucía, que llevan un escapulario sobre el cual apoyan

su trabuco; ó al Monipodio, de que nos habla Cervantes en Rinconete y Cortadillo, que apartaba una buena porcion del botin robado para comprar velas á la Virgen, á fin de que protegiese los robos en lo futuro. Esto es horrible, tristísimo. Es necesario restaurar la conciencia, restaurar el espíritu, despertar la idea religiosa en el alma. V. E., con sus medios espirituales, con su ministerio sublime, con sus virtudes, con su ejemplo, con su predicacion constante, puede hacer mucho, como todos sus hermanos, en esta obra. Pero la religion tiene un lado social. Tiene una influencia social, y al publicista toca como un derecho, mejor dicho, como un riguroso deber, tratar de las relaciones de la religion con la vida social de los pueblos, de las relaciones de la religion con el Estado. Y aquí se encuentra, Excmo. Sr., gran parte del remedio al mal que lamentamos. Para este problema, como para todos, la democracia, que es la doctrina social más perfecta, tiene una solucion admirable: la libertad de la Iglesia. Si no importuno á V. E. pidiéndole antes que me dispense, que no vea sino mis buenas intenciones, mi deseo de acertar, de decir la verdad, de hacer el bien, si no le importuno, decia, hablaré en mis próximas cartas de la libertad de la Iglesia, y antes de despedirme de nuevo, permítame que le salude con respeto y veneracion.

CARTA TERCERA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: En mi carta anterior expuse todo cuanto pensaba sobre nuestra decadencia moral y nuestro profundo malestar. Yo atribuyo todos estos males á que la religion no está en la conciencia, sino en la ley, en el Estado; lo cual hace que la fuerza moral haya sido reemplazada por una fuerza mecánica. Y este es el lamentable error en que caen á una todos los neo-católicos. Así no discuten, denuestan; no racionan, acusan; no creen tanto en la autoridad de Santo Tomás ó en la de Belarmino, como en la autoridad del fiscal de imprenta y del juez de primera instancia; no fian nada en la virtud del Evangelio, lo fian todo á la virtud del Código penal. Y aquí, Excmo. Sr., entra la cuestion que propongo á V. E. con todo respeto, y que V. E. debe considerar, no por lo que vale quien la propone, sino por lo que vale y significa la idea en sí misma. Consideremos que no estamos solos,

que no es posible vivir en el aislamiento feudal, y que si la Iglesia es reina en España, es sierva en la mayor parte de las naciones del mundo. Por eso decía, con grande aplauso de todos los católicos, el conde de Montalambert, en el congreso de Malinas: renuncie á sus privilegios la Iglesia católica, donde es reina, para alcanzar y obtener su derecho, donde es sierva. Porque no resolvemos la cuestión con decir que el Catolicismo es la verdad. Aun admitido y proclamado esto, queda una segunda cuestión. ¿Hay derecho para imponer por fuerza una religion verdadera? Todas las religiones, desde el brahmanismo hasta el protestantismo han dicho á los gobiernos: yo soy la verdad. De todas han abusado para fines mundanos los gobiernos, y las han esgrimido contra sus enemigos. El brahmanismo ha tenido por víctimas los párias, el protestantismo los irlandeses, el paganismo los cristianos, y los gobiernos han dejado desgraciadamente un reguero de sangre que condena la justicia de Dios.

V. E., acostumbrado á un ministerio puramente espiritual, sabe que el criterio de toda religion es la fé. Y la fé es la evidencia interior que ó no admite pruebas ó las rehuye. Creo, porque creo: tal ha sido la principal razon de los creyentes. Otras veces han dicho más, han dicho: *credo quia absurdum*. Prescindamos de la verdad ó de la mentira de las religiones, que no importa para

asentar el ideal de relacion entre la Iglesia y el Estado. Para el gobierno español la verdad es el Catolicismo, y para el inglés el protestantismo. Despues de todo, como ha dicho el conde de Maistre, en el fondo de las religiones más diversas se encuentran rastros de una tradicion universal. Todas las religiones han consolado al hombre en su camino. Desde la religion que adoraba el tallo de yerba, la gota de rocío, el ave gigantesca que abria sus alas en la region de los vientos, la luna llena cuando surgia del seno de las olas y celebraba sus misterios, teniendo por templo los bosques y por altares los peñascos; desde la religion que adoraba la naturaleza, hasta la religion que adoraba al hombre, y cuando el sol salia por el Himeto, enviaba desde el templo á las orillas del Egeo los coros de vírgenes coronadas de verbena, tañendo cítaras de oro, y entonando los cánticos de los más sublimes poetas; desde la religion que adoraba al hombre hasta la religion que adora á Dios, y ha erigido las catedrales góticas, y las ha teñido de los matices de la luz con los vidrios de colores, y las ha poblado de estátuas que representan todos los grados de la oracion y del dolor, y les ha dado el murmullo de una plegaria con los acordes del órgano, y lengua para hablar á los vientos con las campanas, y lazo para el cielo con la alta cúpula que se tiñe con los arreboles del aire; todas las religiones, como ha dicho un autor

católico, han consolado al hombre, dejando en los espacios esas obras de arte, que forma como la escala misteriosa por donde el espíritu humano sube, sacudiendo de sus alas el polvo de la tierra, á trasfigurarse en lo infinito.

¿Hay derecho á imponer por fuerza una religion? Omar dice, sí; Cristo dice que no. Las religiones tienen sus armas: el convencimiento para la inteligencia, la persuacion para la voluntad. V. E. cree más en la fuerza de un ejército de misioneros para fines religiosos que en la fuerza de un ejército de zuavos; más en una pastoral que en un cañon. Las religiones no se mantienen por los fiscales, ni por la vara de cabo de presidio, ni por las bayonetas de todos los ejércitos del mundo; se mantienen por el asentimiento de las conciencias, por la fé de los corazones. Lo primero que la religion representa ¿qué es? la relacion de toda la vida con Dios. La religion vela en nuestra cuna y nos envia el ángel custodio protector de los primeros ensueños; purifica los corazones jóvenes apercibiéndolos á recibir, como vasos de bendicion, los aromas de los primeros amores; bendice la familia que formamos; santifica la mujer que elegimos por esposa, convirtiendo el hogar en un templo; nos auxilia á educar los hijos, á levantar las alitas de su fantasía al cielo, y enderezar sus primeros pasos al bien; nos une por la oracion con los seres que se van de la vida y

por la esperanza en la inmortalidad con los seres que vienen á la vida; y en la hora de la muerte, cuando todos los horizontes se cierran y oscurecen; cuando el sepulcro abre á nuestros piés sus negras fauces; cuando todos nos abandonan al silencio del eterno sueño, la religion nos promete que lejos de perderse en la nada, la esencia de nuestra vida, como el vapor de la catarata que sube á los cielos mientras el caudal de las aguas se desgaja en los abismos, la esencia de nuestra vida se dilatará en el regazo de Dios. Mas para cumplir estos fines, ha de ser creida por nuestra fé, amada por nuestro corazon, acepta á nuestra conciencia, faro luminoso á los ojos del alma. En vez de moderar los ímpetus de la juventud, los viciará, si por ella no tenemos amor. En vez de unirnos por un juramento á la familia que formemos, nos unirá por un perjurio. En vez de auxilio, nos servirá de estorbo en la educacion de nuestros hijos, porque no enseñan los labios como verdad lo que el corazon siente que es mentira. En vez de consolarnos en la hora de la muerte sus oraciones, sus ceremonias, turbarán nuestros últimos instantes, y harán desesperada esa postrer hora en que el hombre necesita recoger todo su espíritu y toda su vida para presentarse, no ante el juicio de los hombres que creen la fé mentida por labios, sino ante el juicio de Dios que vé el fondo de la conciencia. Indeciso el moribundo en-

tre su fé de hombre y su fé de ciudadano, verdaderamente no sabrá cómo ha de morir en esta última hora en que todas las mentiras se acaban en los resplandores de la verdad eterna. De este triste estado de los espíritus hay una grande enseñanza en la historia, una enseñanza que me ha movido á prolijas meditaciones en mis estudios históricos. Notad, señor, los hombres más célebres de los últimos días del paganismo. ¡Qué miserables en su vida y qué grandes en su muerte! No hablemos de Bruto y Caton. El pretoriano Antonio sabe morir. Ciceron, que habia vivido como un cortesano, espira como un héroe. El emperador Othon fué en su vida menos que una prostituta y fué en su muerte más que Sócrates. Tácito no acierta á dar de esto razon. ¿Sabeis por qué vivian vida tan miserable? Porque vivian en contubernio forzoso con dioses en quien no creian. ¿Sabeis por qué morian muerte tan sublime? Porque morian libremente en el Dios de Platon, en el Dios de su conciencia. Por eso yo creo que el poder del Estado, que la fuerza de los gobiernos nada vale, nada importa para fomentar las creencias religiosas. Creemos ó no creemos en la religion del Estado. Si creemos, creemos por nuestra conciencia y no por el mandato del Estado. Luego su proteccion es inútil. Si no creemos y decimos que creemos, á los ojos de la religion cometemos una verdadera hipocresía. Luego su proteccion es daño-

sa. V. E. en su alto ministerio, que tantas veces le habrá obligado á bajar á los profundos abismos del espíritu humano para arrancar de allí muchas espinas, sentirá inmensamente, mejor que yo pudiera decírsele, cuánto daña al espíritu religioso la hipocresía.

Sobre la conciencia no puede haber coaccion. Por eso nuestras mismas leyes, nuestro Código penal condena la libertad de cultos, pero admite la libertad de conciencia. Y por esto la Iglesia ya no acostumbra á pedir el auxilio del Estado contra aquel que no cumple sus preceptos espirituales. Pues bien, si ha dado un gran paso hácia su jurisdiccion, hácia su propia libertad, ¿por qué no ha de concluir de dar los pasos que le faltan, renunciando completamente á la tutela del Estado? Para regir la conciencia le bastan los medios espirituales, porque no hay sobre la conciencia accion material posible. Por eso llamaba Sócrates á la conciencia voz de Dios en la vida. Si la religion fuera una ley coercitiva, una ley material destinada al hombre que ha de vivir en sociedad, comprendo que echára mano de jueces, alcaldes y alguaciles. Pero el objeto de la religion es más alto, más trascendental. Lo eterno, lo incondicional, lo absoluto es el norte de la idea religiosa. Cuanto más pienso en esto, más claro lo veo, excelentísimo señor, más claro. Es un devaneo hacer de la religion como una ley de imprenta, como

una ordenanza de policía. Si el hombre estuviera destinado á vivir un dia y á pasar como una sombra que empaña por breves instantes el espejo del espacio; si no tuviera más fin ni más destino que caer convertido en polvo sobre este planeta; si todo en él terminara con procurarse mejor sustento, mejor habitacion que las generaciones ya muertas, entiendo que bastaria á sus necesidades una religion mecánica, regulada por el Estado, atenta sólo á conservar el órden civil y el órden material; pero cuando el hombre se siente llamado por una voz á más altos fines; cuando reconoce en sí una libertad, por tan maravillosa manera ordenada, que le alza del mundo de los efectos al mundo de las causas; cuando su deseo es una sed infinita, su amor una llama inextinguible, sus ideas más numerosas que los astros, su razon más grande que el espacio, su personalidad más duradera que el tiempo; cuando los hechos, las instituciones, las leyes, las artes, las ciencias, son como gradas por donde se sube en ascension continua, en crecimiento progresivo á sus altos fines, y al término de esta ascension gloriosa vé á Dios, necesita para volar á Dios libres y abiertas las alas de la conciencia. Despues de todo, ¿qué han podido Neron, Diocleciano, todos los soberbios tiranos, contra la inviolabilidad de la conciencia? Nada. ¿Por qué? Porque la conciencia es la reflexion de todas las facultades del espíritu en sí

mismas, y no puede ser cohibida por ninguna fuerza, encerrada en ningun calabozo, vigilada por ningun carcelero, guillotizada por ningun verdugo, pues sin duda, es libre como la voluntad, infinita como el pensamiento, incoercible como el alma; de la cual podríamos decir que tan grande facultad es como la luminosa corona.

V. E. en su sagrado ministerio, verá mil veces, que á donde no llegaria la fuerza de un gobierno llega la palabra de un obispo. Y esto le persuadirá de la radical impotencia del Estado, del Gobierno, para ordenar y regular la fé religiosa. Yo he visto esa impotencia en las sociedades antiguas y en las sociedades modernas. Para no tratar cuestiones peligrosas, que yo quiero evitar á toda costa, desarrollaré ante V. E. en breves palabras lo que sucedió á la religion pagana, á esa religion, que, si no pudo satisfacer nuestro espíritu, ni iluminar nuestra redimida conciencia, animó á los pueblos tan sabios como Grecia, á civilizaciones tan robustas como la civilizacion romana. El paganismo tiene su edad sencilla, primitiva, en los dioses cabires; su edad media en la teocracia dórica, consagrada al culto de Apolo; su edad de protesta en la aparicion de Homero; su edad filosófica desde Thales hasta Aristóteles; su edad de reaccion, de neo-paganismo, de lucha con nuevas creencias, de alianza con el Estado, en aquellos últimos tiempos en que

Júpiter y el César eran una misma cosa. Pues bien, yo he notado que cuando esta religion vivia principalmente por sí, contando más con su fuerza que con la fuerza del Estado, porque desligada del Gobierno y del Estado nunca estuvo, lo cual prueba su radical impotencia para ser una religion duradera, cuando contaba más con sus fuerzas que con las ajenas, con las fuerzas políticas, el paganismo estaba vivo; las sacerdotisas llenaban de flores el altar, de víctimas el ara; Apolo se alzaba resplandeciente de luz en el templo erigido sobre las colinas sembradas de mirtos y laureles; Baco, venido de la India con la frente coronada de pámpanos, representando la embriaguez de la vida, dividia con Apolo el dominio del mundo; Homéro despedia de cada uno de los acordes de su lira el alma de un Dios; y mientras los dioses mayores, creados por los poetas, vivian allá en el Olimpo, tendidos en las nubes, coronados por el íris, saludados por la diosa Armonía que trasformaba los rayos del sol en cuerdas de su arpa; mientras los dioses mayores vivian en las cumbres de los montes, respetados por los pueblos, lloviendo estrellas en el cielo, gotas de rocío en los campos, los genios menores se esparcian por la tierra, y llenaban de faunos las selvas, de nereidas los mares, de ninfas los arroyos; y en cada bosquecillo, en cada umbría, en cada recodo de la costa tenian templos, de los

cuales se exhalaban aquellos cánticos ébrios de placer que inundaban de febril voluptuosidad toda la naturaleza. El espíritu, ese eterno desterrado, comenzó á disgustarse de culto tan sensual, comenzó á levantar los ojos al cielo. El Estado quiso salvar la religion y no pudo. En vano maldijo á Thales; del alma de Thales nació Pitágoras. En vano obligó á Pitágoras á misterioso silencio. De aquel silencio nació andando el tiempo la vívida idea de Xenophanes. En vano desterró á Xenophanes, porque vino Sócrates. En vano dió la cicuta á Sócrates, porque al pié de su sepulcro, donde parecia enterrada para siempre la conciencia humana, brotaron Platon y Aristóteles, las dos fases de la ciencia, los dos términos de la idea, las dos caras del espíritu. La cicuta de los tiranos mató al Sócrates de un dia, pero no pudo matar al Sócrates de todos los tiempos. El paganismo herido se moria. Cuando en la eternidad sonó su última hora, nada pudo el Imperio, nada pudieron las legiones, nada los magistrados, nada las fuerzas colosales de Roma para salvarlo. Yo no conozco reaccion más grande, reaccion más inteligente, que la reaccion sostenida por Juliano. ¿Y qué alcanzó aquel jóven con todas las fuerzas del Estado á su disposicion? Nada. Un dia fué al templo de Apolo en Dafne, por él restaurado, y no encontró flores en el altar, ni ofrendas en el ara, ni coros que repitiesen los antiguos cánticos sa-

cros, ni adoradores que llevaran las copas de oro á los labios para ofrecer las antiguas libaciones; porque el Estado podrá mandar abrir las puertas de los templos de piedra, pero no puede abrir las puertas del templo espiritual de la conciencia, cuya misteriosa llave es la fé.

Excmo. Sr.: los cristianos, que traian la buena nueva para renovar el mundo, separaron, diferenciándose radicalmente del paganismo, la conciencia del Estado, la religion del Imperio. Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Esta sublime palabra de Cristo ha separado para siempre la religion del Estado; ha consagrado para los siglos de los siglos la libertad de la Iglesia. «La ley de Cristo, dijo Santiago, es ley de libertad.» «Nada tan voluntario como la religion, exclamó San Pablo: *Nihil tam voluntarium quam religio.*» «Nosotros no pedimos el poder, escribia San Justino á Trifon, pedimos la libertad de nuestra creencia.» «Cristo, sentia Orígenes, no roba las almas como los ladrones, ni las compra como los ricos, ni las fuerza como los poderosos; Cristo las llama con su amor.» «Mirad, exclamaba el gran Tertuliano, mirad, no sea autorizar la falta de toda religion, el privarme de mi conciencia religiosa!» Y en su carta á Escápula, añadía: «*Non est religionis cogere religionem.*» ¿Por qué hemos engrandecido á Constantino? ¿Declaró religion del Estado la religion católica? No, declaró

la libertad de la Iglesia. Señor, la Iglesia no cambia, la Iglesia no puede cambiar la religion de la libertad que predicó en su cuna. Predicar una idea en la persecucion y otra en el poder, una en las Catacumbas y otra en el Capitolio, se queda para esos miserables partidos que solo tienen por dios la utilidad, por criterio el interés y por moral el egoismo. Pero la Iglesia no cambia, segun nos enseñan sus doctores.

¡La Iglesia libre! ¡Qué hermoso, qué grande espectáculo! Nombraria sus pastores sin pedir venia alguna al Estado; ejerceria su enseñanza sin necesidad que el privilegio la limitára y la condicionára; predicaria sus dogmas y su moral con independenciam entera, ejerciendo hasta sobre los gobiernos y las leyes su jurisdiccion moral y de conciencia: tendria asociaciones religiosas sin las cuales apenas se concibe el Catolicismo, asociaciones prohibidas por nuestras leyes; podria adquirir su propiedad, guardar su peculio propio para procurarse el material sustento; veria renacer aquellos tiempos, aquellas asambleas, aquellas glorias, aquellas grandezas, aquella virtud de las primeras asociaciones cristianas. Pero no adelantemos conceptos. Esto será objeto de otra carta. En ella probaré á V. E. que nada ha sido tan funesto á la Iglesia, como la proteccion del Estado. Señor: la democracia seria un sistema social imperfecto si no pudiera ofrecer condiciones de

derecho, de expansion á todas las maneras de ser de la actividad humana. Ya el ilustre dean de vuestra catedral me ha dicho en una carta, bella por su estilo, elevada por sus ideas, pura y recta por sus intenciones, que V. E. no puede temer á la democracia. Pues bien, no la maldigais: bajo todas las zonas y en todas las latitudes puede vivir el espíritu religioso, que debe crecer, siendo justo, do quiera que crezca la libertad y la justicia. Tened, señor, un poco de paciencia para esperar mis últimas cartas, y entre tanto, perdonándome si en algo he faltado á lo que os debo, recibid un testimonio de respeto y veneracion.

CARTA CUARTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Seguiré exponiendo á la consideracion ilustradísima de V. E. las razones en que me fundo, para abogar por la libertad de la Iglesia ardientemente. Prescindo del culto que presto en mi corazon y en mi conciencia á esa idea de libertad, por la cual se distingue de los demás seres el hombre. Verdaderamente la idea de la libertad ha llegado á obtener una especie de culto en mi vida. Pero la manifestacion más fecunda, en mi sentir, es la que se refiere á la religion, pues á medida que las ideas son más altas, necesitan más para volar por lo infinito las fuertes alas de la libertad. El Cristianismo así lo predicó desde su aparicion en el mundo. Los neo-católicos, al convertirlo en instrumento de tiranía, lo desnaturalizan, y lo tuercen á fines contrarios á su ideal. Porque si se le quita al Cristianismo este espíritu de caridad y de tolerancia; si de él se hace antes que la religion pura del alma, la religion coercitiva del Estado,

cambiamos todo el Cristianismo; y Jesús, en vez de decir, «mi reino no es de este mundo» diga, cediendo á las tentaciones de Satanás que le ofrecia todos los tronos de la tierra, «yo soy el único rey:» y en vez de «dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César,» diga, «dad al César religion, alma y conciencia,» y en vez de reconvenir á los discípulos que le pedian castigo para un incrédulo, diciéndoles: «vosotros no sabeis aún qué espíritu os anima,» grite: «mueran los incrédulos, pues que mi espíritu es de esterminio y mi sumo sacerdote es el verdugo:» y en vez de decir á Pedro en el huerto, «envaina esa espada, el que á hierro mata á hierro muere,» dijérale: «sometereis por la espada á todos los pueblos:» y en vez de decir á sus apóstoles, «las armas de vuestra milicia no son materiales,» diríales: «las armas de vuestra milicia son el cetro de los emperadores y las espadas de las legiones:» y en lugar del Cristianismo, tendríamos el mahometismo, y el Evangelio seria el Koran, y el apostolado la guerra, y el triunfo del espíritu por el milagro de la idea, la servidumbre por la victoria brutal de la fuerza, y aquel sublime altar del Calvario, á cuyos piés cayeron de rodillas todas las generaciones, porque allí se trasfiguró el alma, seria el patíbulo de la libertad y de la conciencia.

Yo creo que las guerras de religion, las cruzadas contra los albigenses, las hogueras donde han

ardido Savonarola, Jerónimo de Praga, Servet, ora las hayan atizado los católicos, ora los protestantes; las persecuciones de los hugonotes por los reyes de Francia, y de los irlandeses por los aristócratas de Inglaterra; la Inquisición, felizmente apagada al soplo de nuestros siglos, todas estas monstruosidades que han cubierto de sangre la tierra, de ignominia la historia, han sido malditas por el espíritu del Cristianismo, que fué el ósculo de Dios impreso en la frente del hombre. Y esta triste adulteración de una idea tan grande ha provenido de su ayuntamiento con los gobiernos, con los poderes del mundo. Los gobiernos habrán podido dar á la Iglesia bienes perecederos, pero le han arrebatado el imperecero bien de su independencia.

Tres soluciones puede tener el problema de la relación de la Iglesia con el Estado. O bien el Estado se somete á la Iglesia, ó bien la Iglesia se somete al Estado, ó bien Estado é Iglesia se declaran libres, independientes entre sí. La primera solución engendró la autocracia. La segunda solución engendró la autocracia. La primera solución ha sido la de Roma en la Edad media. La Roma pontificia fué teocrática; la Constantinopla imperial autocrática. Estas dos soluciones también se ofrecen á nuestros ojos allá en la historia antigua. El Oriente, en que por regla general los sacerdotes predominan sobre los reyes, el Oriente

es teocrático; Grecia y Roma, en que los reyes ó las repúblicas predominan sobre los sacerdotes, son autocráticas. Yo creo la teocracia y la autocracia igualmente infecundas. ¿Cuánto tiempo se ha podido sostener la teocracia en nuestra historia moderna? Escasamente tres siglos; sí, tres siglos de apocamiento de ánimo, de terror; tres siglos en que los pueblos temian ver la tierra disipándose cómo un monton de ceniza bajo sus plantas y el cielo cayendo en lluvia como un mar de lágrimas sobre su cabeza. La teocracia se acabó el dia en que los jurisconsultos, por ella educados, se hicieron monárquicos, y los monarcas por ella sostenidos rebeldes. El bofeton que Nogaret dió en la mejilla de Bonifacio VIII, sepultó para siempre la teocracia. El tenebroso poema del Dante, poema esencialmente católico, fué su infierno. En sus últimos círculos se encuentran maldecidos por la conciencia religiosa, los tiranos que se prevalecieron de su autoridad espiritual para oprimir al mundo y despedazar á Italia. Y si tan triste fin tuvo la teocracia romana, ¿qué resultado ha tenido la autocracia bizantina? La desmoralizacion de una raza heroica, la caida de un grande Imperio, la tisis del alma de cien generaciones, y la cimitarra turca extendida en el siglo décimo-quinto como una espada exterminadora sobre la frente de Europa.

La solucion teocrática y la solucion autocrática-

ca han sido igualmente funestas para la Iglesia y para el Estado. ¿Será mejor solución esta semi-teocracia y semi-autocracia de nuestro tiempo, en que ni la Iglesia ni el Estado gozan de verdadera independencia? Esta ha sido la peor solución, señor, la peor. Examinadla con detenimiento y lo comprendereis. La corte de Roma pactó concordatos con los poderes civiles. Alcanzó que expulsaran á los judíos, ó de las naciones, ó de la vida civil; les entregó la Inquisición, lavándose las manos por la sangre en la Inquisición derramada; aplaudió la condenación de libros, como el Método de Descartes, como el Contrato social de Rousseau; inútil condenación, pues el primer libro es la base de nuestra filosofía, y el segundo la base de nuestra política; y con esto se creyó segura. Pero al poco tiempo los poderes civiles volvieron contra ella sus armas, y la aislaron por las leyes josefinas; y abolieron sin consultarla sus ejércitos permanentes, los jesuitas; y le arrancaron la inspección de la enseñanza pública; y redujeron á mentira su censura sobre los libros; y le quitaron el diezmo; y la obligaron á mendigar el pan del presupuesto como cualquiera de las últimas oficinas del Estado; y destruyeron sus conventos donde las almas místicas encontraban un nido fuera de las tempestades del mundo; y disolvieron su propiedad, heredada de tantos siglos, en el oleaje de las revoluciones.

Y este mal provino de haber olvidado la idea que le sonrió en su origen. El Cristianismo se planteó como religion del espíritu frente á frente del paganismo, que se defendió como religion del Estado. La gran defensa de la religion pagana era que los dioses habian sido los protectores del pueblo, y bajo sus auspicios habian crecido tres cosas tan grandes como el arte griego, el derecho civil y el poder romano. El Cristianismo defendia, contra Neron y contra Diocleciano, el derecho de la conciencia á separarse de la religion del Estado. Nadie hubiera podido creer que en estas relaciones entre la Iglesia y el Estado se ingirieran los vicios del paganismo. Felipe II, Cárlos IX, Enrique VIII, apelaron á los medios que Neron y Diocleciano. La Inquisicion fué la hoguera pagana reanimándose sus cenizas. Las guerras de religion el extertor del paganismo. El Estado empezó por oprimir hipócritamente á sus enemigos, para acabar por oprimir á la Iglesia. ¿Para qué quiere, pues, la Iglesia tan cara proteccion? Yo comprenderia sin esfuerzo que se pidiese la proteccion de los Estados para la Iglesia en aquellos tiempos en que eran devotos hijos de su buena madre, y cumplan sus mandatos, y acataban sus consejos, y los reyes iban de rodillas á recibir en sus frentes el óleo que consagraba toda autoridad, y los pequeños reinos al nacer se acogian bajo los pliegues de su manto; yo comprendo la pro-

teccion en tales tiempos, pero pedirla hoy, en que la vida de la Iglesia es una continua lucha con los poderes civiles; pedirla en estos tiempos en que la Iglesia ha combatido con Austria por las leyes josefinas, y con Toscana por las leyes leopoldinas; con los antiguos Borbones de Nápoles, Francia y España, por la expulsion de los jesuitas; con Napoleon el Grande, por interpretacion del Concordato, y con el chico, por la revolucion de las Marcas y de las Legaciones; con los firmantes del último Concordato austriaco, por la emancipacion de los judíos, y con la córte absolutista de Nápoles por la hacanea, ofrecida como un tributo de reconocimiento al Papa desde los tiempos de Carlos de Anjou; con Saboya, primero por la ley Siccardi, que abolia la jurisdiccion eclesiástica, y despues por la política del conde de Cavour; con Bélgica, con esa nacion pequeña por su territorio, grande por sus libertades, nacida al amparo del Catolicismo, con Bélgica, por las ideas vertidas y la enseñanza dada en las universidades del Estado; con los cantones católicos de Suiza, de esa nacion que ha hecho de las montañas el altar de la democracia, con los cantones católicos de Suiza, par cuestiones de disciplina, como el pase de Friburgo y el matrimonio civil del Tesino; con España, por la abolicion del diezmo, la desamortizacion y la extincion de los conventos; con la América española, con aquel nuevo mundo, des-

cubierto para la Iglesia cuando, en virtud de la predicacion de Lutero, perdia la mitad del nuevo mundo, con Nueva-Granada por la asignacion al clero; con Méjico, por la desamortizacion; con Buenos-Aires, por su indiferencia religiosa; pedir en estos momentos, con estos gobiernos, proteccion, es tanto como pedir cadenas, es tanto como renunciar por el poder de un dia al poder de todos los tiempos, y por un pedazo de tierra donde fijar la planta, á la conciencia, ese cielo de la vida.

¡Qué comparacion con los siglos de libertad de la Iglesia! Subid, Excmo. Sr., con el pensamiento acostumbrado á meditaciones piadosas, subid á considerar los siglos cuarto y quinto. Son los siglos en que Constantino pone la cúpula á la Iglesia con su rescripto de libertad; San Agustin á la ciencia cristiana, con su síntesis inmensa; Nicea al dogma con su definicion de la consustanciabilidad entre el Verbo y el Padre. Han cesado las persecuciones. La Iglesia es libre. ¡Qué espectáculo! Los Césares vencidos, las hogueras apagadas por las lágrimas y la sangre de los mártires; los arúspides mudos, sin atreverse á invocar sus antiguos sortilegios; la pitonisa, inmóvil en su trípode, llevándose la mano á la fria frente, por donde no pasa una idea; la última trasformacion del paganismo, ahogada; la heregía maniquea, que pugnaba por volver la humanidad al Oriente, vencida; la heregía pelagiana huyendo, no al res-

plandor de las armas, sino al resplandor de las ideas; la tribuna cristiana, alzada en Alejandría, y sobre la tribuna, Gregorio Nazianceno, Juan Crisóstomo; San Agustín desplegando el ideal de la ciudad de Dios; Paulo Orosio, explicando el progreso en medio de la decadencia; el tirano degollador de una ciudad, postrado de hinojos ante Ambrosio de Milan; la lira cristiana colgada de las columnas de las basílicas, vibrando los sagrados himnos: y cuando la gran catástrofe viene, cuando se desquicia la antigua sociedad, en aquel día del juicio final de todo el mundo romano, al estrépito de las ruinas, al fulgor de los incendios, entre las nubes de bárbaros que pasan montados en sus caballos, cuyas crines destilan gotas de sangre, bajo el filo de las siniestras espadas, los únicos hombres que tienen valor para arrojarse con los brazos abiertos en medio de aquella inundación de razas, á detener el torrente, son los misioneros desarmados, como San Severino, que doma á Odoacro; como San Leon, que detiene á Atila; como San Gregorio, que educa á los lombardos, no con las armas, sino con la idea; no con la fuerza de los poderes mundanos, sino con la fuerza de la palabra divina; y mientras la negra noche de la barbarie viene, y rebosa la sangre en la tierra, allá en las cimas se ven aparecer, como otras tantas arcas de Noé flotando en el diluvio, los monasterios, donde se refugia la conciencia,

los monasterios que brillan en aquellas tinieblas, como las cumbres nevadas de los Alpes, ceñidas del éther y alumbradas por el sol, con una serenidad perfecta, en tanto que allá, en los hondos valles, se amontonan las nubes, y ruje la tempestad, y se desata el rayo.

La Iglesia no renunciará, nó, á recobrar en tiempos más prósperos y con más felices condiciones, esta libertad, en cuya virtud obró tantos milagros. No renunciará á oír la voz de su Pontífice, sin que ningun poder le pueda cerrar el paso; á nombrar sus obispos con independendencia completa; á tener sus cátedras, donde quiera que haya espacio para fundarlas y discípulos que las cercquen; á celebrar sus concilios; á reunir esas asociaciones religiosas, sin las cuales apenas se concibe su existencia; á vivir vida propia, animada por la libertad, coronada por el derecho que le ofrece la democracia. Esto vale mucho más que todo cuanto de ficticio pueda hacer por la religion el Estado. ¿Pues qué, el Estado se confiesa, comulga, se salva, se condena? Yo quisiera ver en el valle de Josafat el alma de nuestro Estado. ¿El Estado, en literatura, es clásico ó romántico? ¿Es en medicina, homeópata ó alópata? ¿Espiritualista ó materialista? Seria de ver que, mientras el Estado fuera muy católico en un pueblo, de cuyo nombre, señor, no quiero acordarme, se creyeran únicos católicos ciertos cenobitas de tribu-

na y de redaccion de periódicos, cuya vida es la intriga, cuyas armas son la calumnia, cuya moral el egoismo. Poner al frente de un gobierno el dictado de católico, y creer que por eso es católico el pueblo, son católicos los ciudadanos, es tan grande desvarío como creer que un pomo de veneno deja de ser nocivo porque se le ponga un rótulo que diga «jarabe.» V. E. como obispo, busca la religion, no en las vanas declaraciones del Estado, sino en los sublimes movimientos del alma.

Yo bien sé que V. E., en su celo paternal por el progreso de la religion, al fijar en estas palabras la vista se acordará de la unidad religiosa. Esa idea le atormentará leyendo estas cartas, y será un obstáculo invencible para aceptarlas. Permítame V. E. que le exponga algunas consideraciones. Si acierto, acéptelas; perdóneme si yerro. Hay dos ideas que aún no se han realizado en el mundo: la idea de una nacion para todos, la idea de una religion para todos. Contra la primera idea se han estrellado grandes guerreros; contra la segunda grandes doctores. El Cristianismo es indudablemente la religion que, por su alta metafísica, por su moral sencilla y adecuada á todas las condiciones de la vida, tiene los caractéres de religion universal. Dentro del Cristianismo hay cuatro razas fundamentales en Europa, y las cuatro han dado un carácter particular á la idea cris-

tiana. La raza latina ha encontrado en el Catolicismo su fuerza moral, sus tendencias cosmopolitas, su espíritu social, su antiguo culto á la unidad, sus hábitos de organizacion y de disciplina; la raza germánica y anglo-sajona ha encontrado en el protestantismo su carácter individualista, la apoteosis de la personalidad humana, el culto á la libertad de pensar; la raza helena ha dado al cisma su mismo carácter, el predominio de la idea metafísica sobre la idea moral; la raza eslava, tendida á los piés de sus autócratas, ha dado á la Iglesia el carácter de un inmenso pedestal para su autocracia; y si penetramos allá en el fondo del Oriente, en la cuna de la humanidad, en el templo de donde han salido las religiones, allí donde el aire huele á incienso, encontraremos, segun las profundas observaciones de una sociedad de sabios investigadores, que las razas semítico-cristianas han dado un gran predominio á la idea del Dios único sobre la idea del Verbo y la gerarquía de los santos; y las razas indo-cristianas han concentrado toda la religion en María, han olvidado la primera persona de la Trinidad, han pretendido unir sus nuevas creencias con las antiguas, los santos con los dioses, como si el agua del bautismo no hubiera pasado de la frente sin penetrar en el alma. La ley de variedad se desmiente con mucha dificultad en la historia. Yo tambien quisiera, señor, como V. E., la unidad

en un Dios, la unidad en un dogma, la unidad en una ley moral; pero la deseo por la predicacion, no por la fuerza, por los Apóstoles y por los misioneros, y no por los soldados y los inquisidores.

Pues qué, ¿nos faltaba á nosotros la fé en la Edad media? ¿No habia católicos, y católicos vehementes en España, que reconquistaba el patrio suelo á los árabes, cuando las milicias reales y las señoriales y las municipales se unian, yendo de Covadonga á Toledo, de Toledo á las Navas, de las Navas á Tarifa, de Tarifa á Granada? Si entramos en una de aquellas ciudades que aún quedan en pié, en Toledo, por ejemplo, piedra miliaria donde cada generacion ha escrito un recuerdo de gloria con un monumento imperecedero; si entramos en una de aquellas ciudades, veremos tras los muros torreados que las guardaban, tras las puertas defendidas por los puentes levadizos, los bazares orientales, la mezquita mudejar adornada con todos los calados de la arquitectura granadina, con todos los recuerdos de la arquitectura siria; la sinagoga judía coronada por las maderas de los cedros del Líbano, esmaltada por los talcos y dorados del Oriente, ceñida por las hermosas letras hebreas que guardan las divinas palabras de David y de Isaías, mientras á la vista de aquellos templos se alzan las caladas agujas de las iglesias santas, á cuyas puertas se celebran los contratos, en cuyos altares duermen el sueño

de la muerte los guerreros, en cuyas paredes penden las cadenas de los cautivos, al eco de cuyas campanas se reúnen las Córtes y los municipios, uniendo así esos monumentos sagrados en sus piedras inmortales las dos ideas que fueron el grito de nuestros padres en la cruzada de los siete siglos, las dos ideas de Dios y libertad, que coronan, como una diadema de fuego, las sienes de nuestro pueblo.

¿Pues qué, en nuestro siglo no ha proclamado, no ha bendecido la Iglesia la idea de emancipación de la conciencia? Señor: al trazar las palabras en que voy á hablaros de este gran poema, quisiera trazarlas como Fray Angélico trazaba sus cuadros religiosos, de rodillas; tan grande respeto me inspira. Habia un pueblo católico, esclavo de un pueblo protestante. El pueblo católico se llamaba Irlanda, el protestante Inglaterra. Irlanda formaba una sociedad de párias, cuando un dia el dolor, esa musa divina, engendró un hombre que llevaba en su alma la idea y en sus labios el verbo de aquel pueblo. El gran orador reunia todos los grados del sentimiento y todos los tonos de la pasión, desde el sarcasmo y el insulto soez, como pudieran salir de los labios de un campesino ébrio, hasta la poesía sublime y la oración ethérea, como pudieran salir de los labios de un ángel en éxtasis. Y sin más escudo que su fé, sin más arma que su palabra, en la cual se oían los

ecos de las olas y de las selvas patrias, los gritos de los trabajadores, las maldiciones de las madres, los lloros de los niños, los ayes de los moribundos y los lamentos que, desde sus sepulcros, lanzaban las generaciones pasadas; todos los ecos del alma de un pueblo suspendida de los labios de aquel hombre como el rocío de los pétalos de una flor; de aquel hombre, sí, que poniendo sobre el viejo bastion de la aristocracia británica la escala de los derechos políticos, aplastando su intolerancia religiosa, emancipó la Iglesia religiosa, y dejó en las torres de esa Iglesia una bandera sagrada, en cuya presencia se descubrirán todos los pueblos y todas las generaciones, porque lleva escritas en sus pliegues las ideas que han hecho tan maravilloso milagro, la libertad de la palabra, la libertad de asociacion y la libertad de conciencia. Despues de esto, cansado de espíritu y desmayado de fuerzas, dejo lo último que debo decirle para otro dia, rogándole que consagre un recuerdo religioso á O'Connel, el héroe de nuestra causa, de la libertad de la Iglesia.

CARTA QUINTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion y respeto: Empiezo pidiéndoos, como siempre, perdon de mi atrevimiento, en gracia de mi amor á la verdad. Voy á presentar, en resúmen, los puntos generales de la cuestion. Ya lo he dicho; no soy del número de los que creen que la religion es asunto baladí, y que vale tanto para la filosofía, como la alquimia para la química. Aunque yo no creyera, aunque estuviese desnuda mi alma de toda aspiracion á lo infinito, y mi pecho de toda esperanza en la inmortalidad, bastaríame que la religion fuese creencia de tantos pueblos, consuelo de tantas generaciones, ideal de tantos artistas, para bajar en su presencia la frente, y temblar con pavoroso respeto, contemplando su grandeza, mayor aún cuando la comparo con la pequeñez de mi inteligencia. Por esto no puedo nunca tratar cuestiones religiosas, sin pedir á Dios que

ilumine mi flaca razon; ni dirigirme á V. E., respetable por sus años, más respetable por su ministerio, sin pedirle que disculpe mi atrevimiento. Pero no caigamos, por huir de la irreverencia, en el miedo y en el apocamiento. La religion es el cielo de la vida, y como cielo, es alegre y luminosa. Solamente los inquisidores, los verdugos del pensamiento, los que han querido hacer del altar el patíbulo de la conciencia humana, pueden amedrentar con la religion, convertirla en cielo de bronce sordo á nuestros clamores, en negra noche preñada de amenazas, y resucitar aquella máxima del paganismo, nacida cuando el hombre solo se acordaba de sus faltas y solo temia el castigo.

Religio, id est metus.

De cualquier modo, el político, el publicista, todos los que tratan de buen ó mal grado de la cosa pública, no pueden menospreciar en sus investigaciones un elemento tal como el elemento religioso, sin ser reos de torpeza. Quédese para el filósofo quilatar las ideas religiosas; al repúblico solo toca ver cómo se han de armonizar con la vida toda social, cómo han de entrar en las condiciones generales del derecho. Y en verdad, la religion está destinada á ser no un poder material, sino un poder moral; ideal, no fuerza; quebrantadora, no forjadora de cadenas; juez de la conciencia, y no poder del Estado: que á moralizar, á purificar, á idealizar viene, y no á ser corte-

sana de los poderosos del mundo. Y este poder moral será más grande, á medida que sacuda con más fuerza de sus ethéreas alas el barro de la tierra, peso bastante grave, si no para cortar, para detener su vuelo. No cabe dudarlo. En nuestra civilizacion hay tendencias al egoismo, al placer, á la embriaguez de los sentidos. Es la acción natural contra un misticismo de diez siglos; reaccion que empezó en el renacimiento con el delirio del arte, y sigue en este siglo con el delirio de la industria y de la ciencia. El hombre ha medido y pesado la tierra; ha descompuesto en sus primeros elementos el aire; ha encontrado en el inmenso laboratorio de la creacion gases impalpables como las ideas; ha hecho del vapor, despreciado de los antiguos por leve, una fuerza inmensa que compone y descompone la materia en las máquinas y devora el espacio en su inquieta carrera; ha arrancado á los cielos el rayo, y despues de encadenarlo bajo sus plantas, le ha obligado á escribir con sus chispas de oro la palabra humana por todas las regiones; ha escudriñado los secretos de los astros, oido sus incomunicables armonías, anotado en las tablas la música de las esferas, alcanzado á explicar la gravitacion universal; é igualmente ansioso de conocer lo pasado y lo por venir, así ha abrazado los misterios de las creaciones anteriores en el fuego interno que deja sus señales por el granito, en los torrentes que,

caídos de la atmósfera, esculpieron las montañas y estriaron los valles, como ha presentido las esperanzas de creaciones futuras en esas estrellas nebulosas, que se desvanecen, etéreas olas de nuevos mares de la vida en los últimos confines del espacio. Y es natural que, embriagado en esta vida y orgulloso con estos milagros, no haya comprendido otra vida mejor, no se haya alzado á otros milagros más portentosos, y encerrando en la cárcel de su cuerpo tristemente, á guisa de antiguo y olvidado prisionero, el espíritu, como el sátiro de la leyenda, se contenta con dormir en el lecho de la domada naturaleza. Contra esta sentencia debe existir un poder moral. Hasta los filósofos más materialistas y positivos lo reconocen así. La escuela que ha llegado á una síntesis de todas las ciencias en odio á la metafísica; la escuela que no pronuncia la palabra «Dios» ni una sola vez; la escuela que vé en las estrellas, no la gloria cantada por el Profeta, sino la gloria de Newton y de Laplace, casi invoca un poder de esta naturaleza. ¿Sería posible, señor, que lo dejaran escapar de sus manos, por romántico amor á los gobiernos pasados, por serviles complacencias con los gobiernos presentes, los únicos que pueden gloriarse de tener aún el talisman de ese poder en las manos?

Pero es necesario no hacer de Cristo, que por su sacrificio y por su muerte es un eterno ideal,

un eterno ejemplar de la vida, no hacer de Cristo, cual suelen los neo-católicos, el cómplice de todas las tiranías. Los que tal hacen no conocen á Cristo. El Salvador podia decir de ellos lo que decia Jehová de Israel: *Cognovit bos possessorem suum, et asinus pressepe domini sui; et Israel autem non cognovit, et populis meus non intellexit.* Que traducido en perífrases y con aplicacion al caso presente, quiere decir: «conoce el buey á su dueño y el asno á su pesebre, y los neo-católicos no conocen á Cristo.» No lo conocen, no. Hace diez y nueve siglos que su palabra está encerrada en la historia y aún no la han oido. Cuando holló la tierra temblaron los tiranos y se estremecieron de esperanza los esclavos. No puede, pues, sostener Cristo la tiranía, cuando ha dicho: «mi ley es de libertad.» No puede sostener las castas, cuando ha dicho: «entre vosotros el que quiera ser el último sea el primero, y el que quiera ser el primero el último.» No puede sostener el verdugo que aún reina en nuestra sociedad, quien probó con su muerte cuánto puede engañarse la justicia humana. No puede sancionar la desigualdad el que nos mostró un solo Padre en la tierra, un solo Dios en el cielo. No puede ser cómplice de los soberbios el que reunió bajo las alas de su amor á los humildes para inspirarles la conciencia de su espíritu. No puede mandar que nos postremos ante la córte de los tiranos el que fué obligado

hace diez y nueve siglos á postrarse de hinojos ante la Cruz, el patíbulo del esclavo. No vino á matar, sino á morir; no á castigar, sino á perdonar; no á esclavizar, sino á redimir. Y dicen los amigos de lo antiguo, los adoradores de toda tiranía, que los tiranos son imágen de Cristo. ¿Qué han hecho para seguirle, para imitarle? Han convertido la corona que de cada una de sus espinas destilaba una gota de sangre, en diadema de brillantes; la frágil caña de escarnio, en espada para escarnecer y herir á los hombres; la hiel y vinagre en orgástico vino; la caridad en guerra; la Cruz del martirio, en escabel de ambiciones; en vez de resucitar muertos como Lázaro, han enterado pueblos vivos como Polonia é Italia; han nombrado por su primer ministro al verdugo, y sembrando la desolacion y el terror, se han llamado; qué blasfemia! continuadores de Aquel cuyo corazon solo latió para amar, cuyos labios solo se abrieron para bendecir, cuyas manos, taladradas por el clavo de la servidumbre, solo tocaron la tierra para romper todas las cadenas y exaltar á la igualdad religiosa todas las conciencias.

Ya sé muy bien que V. E. tan piadoso, rechazará con todas sus fuerzas, condenará con toda su autoridad, esta nueva manera de heregía que pretende fabricar despotismos y dictaduras, sobre la justa doctrina de Cristo, doctrina de libertad. Yo sé muy bien esto. Pero precisa hacer más en

la indiferencia por toda idea religiosa que nos hiela hoy el alma; precisa que la Iglesia misma reclame la libertad para sí, y la reclame en prueba de su alto criterio de justicia, no solo en Polonia y en Inglaterra, sino en Italia y en España. Observad, señor, que no hay cimiento para fundar edificios duraderos como el cimiento de la libertad. Las varias formas históricas que han revestido la filosofía, la política, la ciencia, el arte en la sucesion de los siglos, en la dilatacion del espacio, han pasado, y lo que no ha pasado nunca, lo que no ha muerto todavía, es la libertad; porque la libertad ingénita á nuestra naturaleza, sublime, característica de nuestro espíritu, solo tendrá su sepulcro donde lo tenga el hombre.

Pues bien, para practicar la libertad en su esfera, la Iglesia no debe ser en política ni dominadora ni dominada; ni dueña del Estado ni sirva; *nec regnum nec instrumentum regni*. Parece á primera vista que nunca podria ser tan libre como siendo reina, como apoderándose del poder civil en nombre del poder religioso, como consiguiendo que el cura fuese tambien alcalde, y el obispo tambien gobernador, y el arzobispo rey, y el Papa rey de reyes, señor de tantos señores, jefe de esta gerárquica monarquía universal. Seria caer, señor, en la tentacion de Satanás. Cristo estaba en el desierto. Apercibia sus fuerzas para la última lucha, su espíritu para la última prueba.

Satanás intentaba perderle para que no salvara á los hombres. Y le llevó á una montaña, y le enseñó todos los reinos de la tierra, y se los prometió. Y Cristo menospreció tan frágiles dominios, porque sabia que le bastaba la conciencia humana, ese reino sin término y sin límites. Tened la fortaleza de Cristo. Los negocios mundanos perturbarian todo el ministerio religioso. Reprender, no castigar; servir, no mandar; socorrer al pobre, no gobernarlo; curar al enfermo: este es el ministerio del sacerdote, más respetado á medida que es más humilde, más dueño de su autoridad espiritual á medida que es menos dueño de la fuerza. El ejemplo de lo triste, de lo engañosa que ha sido la dominacion temporal de los papas en Roma, prueba cuán funesto es el gobierno material del mundo para quien tiene el gobierno moral del espíritu. Mientras el Papa fué solo sacerdote, el Papa fué mediador entre los pueblos y los príncipes. Sin corona real, el pontificado obligó á caer de rodillas á Teodosio, á retroceder á Atila, á custodiarle á Alarico. Pero desde el punto en que fué rey, fué esclavo. Más papas han muerto por violencia en el trono, durante los dias de su mayor poder político, que murieron en las Catacumbas durante los dias de su mayor afliccion religiosa. En medio del fuego de los Césares paganos y del hierro de los bárbaros en la Roma enemiga, fueron más respetados que en la Roma

sierva. No hablemos de las infinitas luchas del siglo noveno. En el siglo décimo contamos trece papas, ó prisioneros ó depuestos, y la mayor parte asesinados. En el siglo undécimo tres destronados, uno prisionero de los normandos, tres fugitivos, uno á punto de envenenarse en su mismo cáliz y en la misa. En el siglo décimo-segundo, uno muerto peleando contra su mismo pueblo, otro prisionero de guerra y encadenado, otro perseguido y acosado como una fiera por Roger de Sicilia, otro conducido de cárcel en cárcel, de fortaleza en fortaleza hasta Francia, otro depuesto y errante, otro asediado en Benevento, otro expulsado de su sede y muerto de dolor en Verona. En el siglo décimo-tercio, en el gran apogeo del pontificado, ocho papas mueren lejos de su silla, en las amarguras del destierro. El siglo décimo-cuarto es el siglo llamado del cautiverio de Babilonia. Ningun Papa es libre. Solo tienen paz en Roma cuando pierden su poder político sobre el mundo. Pero si Alejandro VI intenta inclinarse á Luis XII, recibirá insultos del Gran Capitan; si Clemente VII se conjura contra la política de Carlos V, verá las huestes imperiales entrando á saco la Roma católica, destruyendo sus altares, asesinando los sacerdotes en los templos; y si Paulo IV se opone á Felipe II en Toscana, oirá los clarines de las huestes del duque de Alba amenazándole á las puertas del Vaticano.

El poder temporal es funesto para el sacerdocio. Así los padres de los primeros siglos lo rechazaron siempre. Ninguno de aquellos claros varones que llevaban en su mente la idea capital del dogma, y en su corazón la sed del martirio, comprendía un sacerdocio-césar, un sacerdocio-rey. «Cuando soy débil, decía San Pablo en la Epístola á los corintios, entonces soy fuerte.» «El ministro de Cristo, dice San Juan en su primera Epístola, debe caminar por el mundo como caminara Cristo.» «Si Cristo rehusó ser rey, dice Tertuliano en su libro De idolatría, mostró claramente á los suyos qué caso debían hacer del fausto, de la dominación y demás dignidades humanas.» «El rey, dice el Crisóstomo, comentando unas palabras de San Pablo, impone su voluntad por el mandato y por la fuerza, el sacerdote por la persuasión y por la libertad.» Orígenes cita en su Epístola á los romanos, para combatir todo dominio temporal de la Iglesia, las palabras de Cristo: «¿Quién me hizo juez para que decida entre vos y vuestro hermano?» Y San Ireneo añade (L. IV. X.): «En las Escrituras, siempre á los principes, nunca á los sacerdotes, ordena Dios administrar justicia.» Nuestro grande Osio compilaba en una sola frase dirigida á Constancio, toda la teoría de la libertad de la Iglesia, tal como hoy la comprendemos: «Ni á nosotros toca usurpar el imperio de la tierra, ni á vos arrogaros poder alguno sobre las cosas san-

tas.» «Los hombres del siglo, decia Synesio, citado por Fleury, deben gobernar, nosotros orar.» San Hilario, citado por Philoteo en su libro Del Papa, exclamaba: «Deploramos el error de nuestro tiempo, que cree que Dios necesita la proteccion de los hombres, y busca el poder del siglo para defender la Iglesia.» «Los príncipes y magistrados, dice San Cipriano en su tratado de *Unitate Ecclesiae*, enorgullézcense de sus derechos á una dominacion terrestre y pasajera; la autoridad episcopal solo tiene su ministerio de Dios.» «¿Qué os parece más digno, dice San Bernardo, perdonar los pecados ó dividir las herencias? Estos ínfimos cuidados atañen á los reyes y jueces de la tierra. ¿Por qué meter vuestra hoz en la agena mies?» Ya veis, Excmo. Sr., que, por sentir general de los santos padres, de los hombres que más han hecho por la Iglesia, que más la han servido, que más la han elevado, el sacerdote debe levantarse sobre nuestras ambiciones, desdeñar el poder de un dia, apartarse de una dominacion que le ata á la tierra, y libre con su pensamiento, y seguro de su palabra, modelo de piedad en ideas, de caridad en obras, ir, no á donde gozan los poderosos sino á donde padecen los humildes; curar con sus manos las llagas del alma; recoger las lágrimas y evaporarlas entre oraciones en lo infinito; predicar la caridad al afortunado, el trabajo y la conformidad al desva-

lido; unir á todos en el regazo de la igualdad religiosa; y hasta cuando la vida acaba y el mundo huye de los restos mortales que le apestan, orar á los piés del cadáver, para que se abra, el aquí finado, nueva vida allá en el cielo. Pero esto ni puede ni debe hacerlo, sino en nombre de su ministerio espiritual, con las armas de la persuasión, y en la santa libertad de la religion y de la fé, lejos de los poderes materiales y coercitivos del mundo.

Pero si no debe ser dominador, tampoco debe ser el sacerdocio dominado. Cuando esto sucede, los poderes mundanos tuercen á sus fines el misterioso poder de la idea religiosa, y la desnaturalizan. El consorcio del Estado y de la Iglesia fué igualmente nocivo para ambos en la Edad media. El Imperio y el Pontificado consumieron sus fuerzas en una lucha estéril. Y por fin, la Iglesia concluyó por ser esclava del Estado. El pontífice Pascual II lo preveía, cuando en el tratado de Sutri renunciaba á los beneficios reales, como ducados, marquesados, para atenerse á las obligaciones voluntarias de los fieles y recoger para sí exclusivamente las investiduras. Si este gran proyecto hubiera madurado, la Iglesia y el Estado se separan en el siglo décimo-segundo, y se realiza el principio de la libertad, todavía no conseguido en nuestro mismo siglo. La oposicion de la córte de Roma al pensamiento del Papa segó en flor la libertad

de la Iglesia. Querian los cardenales que el emperador renunciara á sus privilegios religiosos sin renunciar ellos á sus privilegios políticos. Pedian la renuncia de la investidura por el Estado y condenaban la abdicacion de los principados mundanos en la Iglesia. Y sucedió, que como toda grande injusticia tiene un grande castigo, á los pocos dias, aquellos hombres que habian malbaratado su libertad y la santa libertad de la Iglesia por la posesion de algunos terruños, fueron con el Papa presos por el emperador, atados con cuerdas, conducidos brutalmente entre las inclemencias de la naturaleza á la Sabinia, y allí, heridos y castigados como criminales. ¿Y qué sucedió? Que ni el Estado ni la Iglesia triunfaron. Que se dividieron las investiduras; y el Papa daba la investidura religiosa por la cruz y el anillo; y el emperador la investidura material, los bienes terrenos por el cetro; y el ósculo de paz que se hubieran dado en el seno de la libertad la Iglesia y el Estado, se convirtió en perdurable guerra, á cuyo término estaba la esclavitud de la Iglesia envenenada por los miasmas del cadáver con quien se habia desposado. Así es que cada siglo registra en la historia una humillacion del poder religioso ante el poder civil. En el siglo décimotercio, el predominio del derecho civil sobre el derecho canónico, de la universidad sobre el monasterio. En el siglo décimo-cuarto, el cautiverio

de Avignon y la expulsion de los templarios. En el siglo décimo-quinto, el Papa, reducido por Carlos VIII y Luis XII y Fernando V, á uno de tantos príncipes como pululaban por Italia. En el siglo décimo-sexto, la inquisicion de España convertida en instrumento político por Carlos V, á despecho de Leon X. En el siglo décimo-sétimo, la paz de Westphalia, hecha y sancionada contra los votos del Papa. En el siglo décimo-octavo, la expulsion de los jesuitas. En el siglo décimo-nono, las Legaciones, las Marcas y la Umbría emancipadas, la voz de la Iglesia desoída en la reconstitucion de Italia, y el Papa, no guardado, sino prisionero en Roma de los soldados franceses. Ved, señor, ved confirmado por la historia cuánto ha perdido la Iglesia aliando su poder con el poder del Estado.

Y todo mal ha dimanado, Excmo. Sr., todo el mal, de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia soberana del Estado, mata al Estado; y el Estado soberano de la Iglesia, mata á la Iglesia. La teocracia es funesta; la autocracia funesta tambien. No me cansaré de rogar á V. E., que contemple la autocrática Roma. Mire V. E. á Bizancio. Su ciencia es hinchada y vana como el orgullo. Astros se llaman sus doctores; signos del Zodiaco sus maestros. La patria de Homero no tiene un poeta; no oye un orador la tribuna de Demóstenes. Los sofistas se apoderan de la acade-

mia de Platon, como los bárbaros del Pireo, en los riscos donde se sacrificara Leonidas; no se oye pronunciar ni la palabra «patria» ni la palabra «libertad.» El Cristianismo es en Bizancio, no la caridad, no el amor, sino triste asunto de ridículas disputas que no mejoran en un ápice las condiciones de la vida humana. La Iglesia griega, instrumento en manos de los emperadores, solo sirve para oprimir y degradar las conciencias. Los monarcas se pierden allá en una nube de incienso, y los sacerdotes son sus cortesanos. Por el trisagio morian en las calles de Constantinopla seis mil cristianos y ardian todos los hospitales con los enfermos dentro. La Iglesia era una oficina, y en aquella sociedad, sin resortes morales, el emperador era dios, la corte serrallo, las academias mentideros, los concilios campos de batalla, los campos de batalla salones de cortesanos, el circo, con los azules, y los verdes, y los amarillos, única ocupacion de la aristocracia, hasta que viene á castigar tanta iniquidad y tanta miseria la cimitarra de los turcos. Ved una sociedad donde la Iglesia es sierva del Estado, Excmo. Sr., una sociedad sin resortes morales.

Pues bien, mirad ahora una sociedad sin resortes materiales, una sociedad entregada solo al sacerdocio, una sociedad donde el Estado es siervo de la Iglesia; mirad la Roma teocrática. En Bizancio está perdido todo cuanto se refiere al

espíritu y en Roma todo cuanto se refiere al gobierno y á la administracion. Esta gran ciudad alzada sobre los restos del paganismo, sobre los despedazados templos y los ruinosos anfiteatros; coronada con aquellos monumentos, donde brillan las estátuas de Miguel Angel y los frescos de Rafael, todas esas maravillas del arte que parecen unir el cielo con la tierra; centro de la unidad material del mundo moderno; visitada y bendecida por tantos peregrinos, yace en inmensa desolacion y tristeza; yermos los campos, salidos de sus cauces y pantanos los rios, envenenados los aires, poblada de mendigos pálidos y harapientos; azotada por terribles enfermedades, que se levantan de la inmundicia de sus calles y de la putrefaccion de sus lagunas; cercada de barrios donde apenas hay dos escuelas para treinta mil almas; sin policia, sin limpieza; con un gobierno inmóvil y descuidado de los negocios de la tierra; con un derecho que semeja el caos; con la Inquisicion, aunque dulcificada, aun viva; sin prensa ni tribuna; hambrienta porque sus tributos, segun sentir de un cardenal, son peores que las plagas de Egipto; obligada á pedir prestado al sesenta por ciento al judío Rostchild; ceñida de una guarnicion extranjera que la trata como tierra de conquista; porque su gobierno es la teocracia, y la teocracia, segun decia el profundo Maquiavelo, ni sirve para gobernar, ni sirve para defender á los pueblos.

Huid, Excmo. Sr., huid de estos dos males: de un gobierno autocrático donde la moral no tenga fuerza, y de un gobierno teocrático donde no tenga fuerza la autoridad civil. El ideal es una Iglesia libre, el Papa comunicándose enteramente á su arbitrio con la Iglesia; las regalías abolidas; la jurisdiccion del Estado sobre el clero acabada; roto el pase; devuelta á la Iglesia la autoridad para nombrar sin ninguna presentacion del poder civil sus obispos; la enseñanza libre y por nadie inspeccionada; el púlpito independiente, y el sacerdote, al subir á él, dueño de censurar como mejor le plazca á los mismos gobiernos; permitidas las asociaciones religiosas, donde las almas místicas que, disgustadas del mundo y sus pasiones, suben al cielo en una continúa expansion, como el aroma de las flores, como el cántico de las aves, donde las almas pudieran hallar un refugio; renovados los primitivos tiempos de la Iglesia, aquellos tiempos en que se gobernaba como una gran democracia, y todos los fieles acudían á sus asambleas á perderse en la efusion de santa fraternidad, y no habia más que un solo espíritu, y en medio de las persecuciones, brillaba como el sol; y al desquiciarse una sociedad decrepita y culta, y venir otra robusta y bárbara, recogia los restos de la civilizacion muerta, y domaba los ímpetus de la civilizacion nueva; y juntaba las edades de la historia con su sagrada palabra,

único soplo que vivificó al hombre, única fuerza que salvó al mundo.

Entended, señor, que la libertad en todas las esferas, y especialmente en la esfera religiosa, se extiende por toda Europa. ¿Creeis que España puede libertarse de la ley general de la vida? ¿En qué siglo, señor, en qué siglo nos hemos preservado del movimiento general de Europa? La unidad del espíritu moderno se conoce en que los mismos fenómenos sociales aparecen á un tiempo en todas las naciones. Un gran escritor republicano, Ferrari, ha hecho de esto un profundo estudio en su *Historia de la Razon de Estado*. Y yo con mis escasas fuerzas, y la necesidad de estudiar diariamente nuestra historia patria, he visto que jamás nos hemos preservado del espíritu general de Europa. Caimos, como todas las naciones, en el siglo de la unidad material del mundo, bajo el yugo de Roma. Dimos emperadores filósofos á la Ciudad Eterna en el siglo segundo, en que el estoicismo subia al trono de la tierra. Sentimos en el siglo tercero la reaccion general contra el mundo romano y el anhelo del Cristianismo. En el siglo cuarto tenemos, así como el Imperio el Concilio de Nicea, nosotros el de Illiberis; como el Imperio á Athanasio, nosotros á Osio. En el siglo quinto, si Alarico entra por las puertas de Roma y Atila por el Rhin, Ataulfo por el Pirineo. Más tarde, en el siglo sexto, siglo de la recon-

ciliacion de los bárbaros con la Iglesia, tenemos en Recaredo nuestro Clodoveo. En el siglo séptimo sentimos con nuestros concilios de Toledo aspiraciones religiosas, como el Norte por medio de las misiones espirituales de San Gregorio, y el Mediodía per la predicacion armada de Mahoma. En el siglo octavo tenemos, como Francia Cárlos Martel, Pelayo; y entramos por la Marca hispánica en la gravitacion de las naciones de Carlo Magno, sol de este siglo, centro de sus esferas. En el siglo noveno tenemos nuestros Lotarios en Silo y Mauregato, y sentimos resonar la caida del Imperio omniada en Córdoba, y el quebrantamiento del Imperio Carlovingio en Barcelona. En el siglo décimo, el terror general nos alcanza y nuestras crónicas cuentan que el diablo andaba sonando sus atambores en el campo de la Calatañazor. En el siglo undécimo, todas las naciones se ofrecen como recién nacidas al Papa: Toscana, por medio de la condesa Matilde; Escocia, por medio de David I; Dinamarca, por medio de Canuto IV; Polonia, por medio de Boleslao II; nosotros ofrecemos Portugal, por medio del conde Enrique, y Aragon, por medio de Ramiro I. En el siglo décimo-segundo, tenemos nuestras cruzadas en la guerra general contra los árabes, nuestro Godofredo de Boillon en el Cid, ceñido ya por los resplandores de la leyenda. En el siglo décimo-tercio, el siglo del zenit del Catolicismo, si Roma

tiene Inocencio III, si Italia la Divina Comedia, si Alemania la catedral de Colonia, nosotros las Partidas; si Francia San Luis, nosotros D. Jaime y San Fernando. En el siglo décimo-cuarto, siglo en que comienza la duda, al lado de Boccacio pondremos nuestro arcipreste de Hita, siglo en que comienza el terror á fundar la gran revolucion monárquica; al lado de Cárlos el Malo y del fratricida Burgen, podemos ofrecer Pedro el Cruel en Castilla, Pedro el Terrible en Portugal, Pedro el del Puñalet en Aragon. En el siglo décimo-quinto, cuando el mundo se entrega delirante en brazos de la naturaleza, nosotros tenemos el viaje épico de los portugueses al Asia, el viaje mitológico de Colon á America. En el siglo décimo-sexto al lado de Francisco I, Cárlos V, al lado de Lutero y de Calvino, Casalla y Constantino; al lado del terror de Cárlos IX, el terror de Felipe II. En el siglo décimo-sétimo, si Francia protestó contra la ciencia de la Edad media por Descartes, nosotros protestamos contra el arte por Cervantes; si la monarquía descendió desde los brillantes primeros dias de Luis XIV á los dias de Madame Maintenon, desde Enrique VIII al cadalso de Cárlos I, aquí descendió hasta Cárlos II. En el siglo décimo-octavo tuvimos nuestro Pombal y Choiseul en Aranda y Campomanes, nuestro José II en Cárlos III, nuestro Voltaire en Feijóo, todos los anuncios de la revolucion. ¿Creeis que

vais á libertaros ahora de una idea que es general, de una ley que se extiende desde Rusia hasta Roma, desde Roma hasta Paris? Podreis sentirlo pero no podreis evitarlo. Aperciba, pues, V. E. al clero instruyéndolo para este momento. El clero necesita una grande educacion en este sentido. Aún es tiempo de no divorciar, de no separar la religion y la libertad. Mas para esto, pronunciad, señor, la palabra que todo lo resuelve, defended la idea que todo lo ilumina, dad el grito de libertad de la Iglesia. Unid como nuestros padres en Covadonga, la palabra Dios con la palabra libertad; Dios que iluminará la conciencia, libertad que salvará la sociedad.

Haré, para despedirme, en mi futura última carta algunas reflexiones sobre la libertad y el Cristianismo.

Queda de V. E. con todo respeto y veneracion este vuestro afectísimo, que os saluda y os desea toda suerte de bendiciones.

CARTA SEXTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Acabo hoy mis largas cartas, y creo haber hecho esfuerzos para prestar un servicio á la libertad y al Cristianismo. En estos dias de Semana Santa, vuestro ministerio religioso os habrá obligado naturalmente, señor, á contemplar la Pasion de Cristo. Y V. E. habrá recordado que Pilatos, delegado de César, representa la autoridad del Estado; y Anás y Caifás la intolerancia de una religion moribunda; y Cristo, el Redentor, el hombre todo paz, todo dulzura, la víctima de un Estado despótico, de una religion intolerante, como si hubiera querido con su ejemplar muerte herir de un golpe los dos despotismos que han degradado á la humanidad, el despotismo político y el despotismo religioso, ahogándolos para siempre en la conciencia humana con la sangre que ha destilado la Cruz. Yo, señor, recuerdo ahora con religioso enterne-

cimiento emociones de la infancia, que no olvidaré nunca. Aunque quisiera, no podría olvidarlas, á la manera que no podría olvidar la mirada de mi madre, que llevo como un sol en el centro de mi conciencia. Acudía yo de niño á los Oficios de Semana Santa, que se celebran en la iglesia del pueblo donde me he criado. La desolacion del templo en el Viernes Santo me llenaba de terror. Las lámparas apagadas, los altares desnudos, el santuario abierto y abandonado, el negro veló extendido sobre el templo como las tinieblas sobre el Calvario, los trinos de Jeremías, llenando de plañidos y de lamentaciones los aires, me hacian estremecer de espanto y sentia en mi alma un pavor religioso, como si el abismo insondable de la eternidad se abriera bajo mis plantas. Pero sobre todo, cuando oia entonar al celebrante una oracion por los paganos, otra por los hereges, otra por los mismos judíos que habian crucificado al Salvador, involuntariamente mis rodillas temblaban y caia de hinojos sobre el pavimento, sintiendo ya en mi corazon de niño que nunca la religion es tan divina como al predicar la fraternidad de todos los hombres, la caridad entre todas las razas; dulces sentimientos, ideas dulcísimas que, al extenderse y difundirse por la sociedad, harian de la tierra un compendio del universo, de cada hombre un destello de la humanidad y de toda la humanidad un reflejo de Dios. Comprended, se-

ñor, qué desencanto, qué tristeza tan grande y tan profunda sentiria yo más tarde cuando estudié las páginas de esa historia, y ví que en nombre de esa religion, que intercede en el dia de sus tristezas y de su desolacion por sus impíos perseguidores, se han realizado la guerra de los albigenses, las degollaciones de la noche de San Bartolomé, la inmolacion de los valdenses en la nieve de los Alpes, el exterminio de los indios en las selvas de América, las dragonadas, en las cuales se vieron morir á inocentes niños sobre el pecho de sus madres, los Autos de fé en España, que reproducian despues de quince siglos del Cristianismo las abominaciones del Circo y las hogueras de los Césares.

Yo sé que todo esto ha provenido del contubernio nefando entre el poder espiritual de la Iglesia y el poder coercitivo y material del Estado. Por eso la democracia, que es el gran resultado político y social de todas las ciencias, así filósóficas como económicas, propone á este problema una grande y verdadera solucion: la solucion de la libertad. Yo creo haber convencido á V. E., á quien muchos pudieran creer interesado en conservar privilegios absurdos, de que no hay ni puede haber vida para todas las instituciones fuera de la atmósfera de la libertad. Pues lo que hemos hecho con la libertad de la Iglesia se podria hacer con todas las libertades; convencer de su virtud á los

mismos privilegiados. Sí, podríamos convencer á los maestros de que les daña el privilegio de la enseñanza; á los fabricantes de que les dañan los aranceles crecidos y las prohibiciones mercantiles; á los electores de que el censo anula toda su influencia; á los publicistas que ejercen un privilegio excepcional, en virtud de leyes bárbaras, de que el depósito les quita toda importancia; á los magistrados de que no puede haber justicia verdaderamente protectora de los pueblos sin el jurado, como hemos convencido á muchos sacerdotes, y de ello podemos gloriarnos, sí, los hemos convencido de que no tendrán independencia, ni elevacion, mientras no alcancen la libertad de la Iglesia.

¡Ah! señor. Instad oportuna é importunamente á todas horas con todas vuestras fuerzas; instad un dia y otro con aquella perseverancia de que nos habla San Pablo, por la causa de la libertad de la Iglesia. Sobre este punto no creeré nunca haber insistido bastante. Es provechosa la libertad para el Estado, es provechosa la libertad para la Iglesia. ¿De qué le sirven al Estado esas regalías tan renombradas y adquiridas á costa de grandes usurpaciones sobre la jurisdiccion eclesiástica? De procurarle á cada instante un conflicto. Lo hay ciertamente, y grande, cuando el Estado presenta un obispo y el Papa no lo confirma; lo hay cuando los obispos piden la prohibicion de

un libro y el Estado no accede; lo hay en la cuestion de enseñanza, en que es dañosa para el Estado la competencia de los seminarios, y para los seminarios la competencia del Estado; lo hay en el influjo que el clero, como poder político, quiere ejercer en un pueblo donde por los privilegios que tiene y la paga que recibe viene á ser uno de los muchos empleados del Gobierno; conflictos de jurisdiccion, de disciplina, de atribuciones, de derechos; conflictos de que el Estado se veria libre así que renunciase á sus regalías, nacidas de la ambicion con que la monarquía absoluta intentó sobreponerse á todos los poderes. Pues hay conflictos mayores aún para la Iglesia á cada paso en su actual servidumbre. El Estado, en realidad, nombra los obispos cuando debia nombrarlos la Iglesia. El Estado niega el pase, á su arbitrio, á las bulas del Papa. El Estado interviene en la disciplina. El Estado prohíbe que se le hostilice, que se le imputen sus faltas desde el púlpito. El Estado se opone á que se cumplan los mandamientos de la Iglesia. El Estado se apodera de sus bienes. El Estado ejerce una accion perturbadora en su vida. El Estado impide que se celebren esos grandes concilios nacionales y aun provinciales, donde la Iglesia, hoy muchas veces inmóvil, encontraria el esplendor que dá la controversia, la fuerza que dá la asociacion. El Estado prohíbe las Ordenes monásticas que ofrecian asilo á esas almas

piadosas, á esos caractéres místicos dotados de la inspiracion del sentimiento á lo infinito, de la poesía que se manifiesta por aspiraciones vagas á lo eterno, á lo absoluto; caractéres que buscan la soledad, el retiro, para vivir en paz, para exhalar sus ideas, para entregarse al casto amor de su ideal como el ruiseñor busca lo más escondido y umbroso del follaje para fabricar su nido y exhalar su cántico. Y á cambio de todos estos impedimentos, de todas estas prohibiciones, el Estado hoy no puede ofrecer ningun auxilio á la Iglesia. Un canonista eminente dijo hace pocos dias en el Senado, con motivo del tema de una comun legalidad para los partidos, que hasta la libertad religiosa cabe en la legislacion vigente, porque no hay establecida pena en el Código para los que disienten de la religion del Estado. Prescindiendo de esto, el Gobierno, en un sistema constitucional, nada puede hacer para obligar á los ciudadanos á cumplir sus deberes religiosos. ¿Se aplican las antiguas leyes á los hereges? ¿Ha visto V. E. en todo lo que vá de sistema constitucional que se hayan aplicado? ¿Puede el Estado conseguir que la prensa, en su actividad febril, se someta, para tratar cuestiones religiosas, á la censura del ordinario escrita en las leyes, no cumplidas en la práctica? ¿No vemos que merced á esto, una prensa procaz, llamada prensa neo-católica, donde se reunen algunos legos ignorantes de toda religion, y auto-

res de artículos impíos, y algun que otro fraile atrabiliario usurpa el ministerio episcopal, y sin sujetarse á ninguna censura eclesiástica, sustituye con sus artículos las pastorales de los obispos? ¿No se le niega hoy mismo á la Iglesia hasta el derecho de arrojar fuera de sus cementerios á los que han muerto fuera de su gremio? Pues si el Estado hace mucho en su daño y nada en su favor, ¿por qué no renunciar á su funesta proteccion? No será, señor, no lo creo, no puedo creerlo, por el mezquino auxilio material. Eso seria volver á vender á Cristo por los treinta dineros de Judas.

En su estado presente se anula de todo punto la Iglesia para ejercer la influencia espiritual que en nombre de sus leyes morales debe ejercer sobre las leyes políticas. Las ideas religiosas trascienden á la sociedad. Es cristiana la abolicion de la esclavitud. Es propio del Cristianismo oponerse á que continúe el gran crimen de las sociedades paganas, oponerse á que se niegue al negro la igualdad religiosa. Es propio del Cristianismo pedir que sea destruido el cadalso, que sea desarmado el verdugo. Diga la que quiera ese Calígula teórico, llamado De Maistre. Cristo al morir, abolió la pena de muerte, porque es horrible una pena, que no solo puede herir á un inocente, sino á un Redentor. Con que mostrara este gran engaño no más, la justicia humana quedaria desau-

torizada eternamente para aplicar la irreparable pena de muerte. ¿Qué grande no será vuestro ministerio, infundiendo estas ideas religiosas en el seno de la sociedad? Pues bien, excelentísimo señor, mientras esteis maniatado, mientras seais un dependiente del Gobierno, renunciad á llevar la influencia y la virtud del Evangelio á las leyes. El Estado os pondrá una mordaza. Por esto el verdadero espíritu religioso no ha sido cortesano, sino enemigo de los poderes del mundo. Los profetas del Antiguo Testamento eran los tribunos que oponian su veto religioso á las demasías de los reyes. Solo así pudieron anunciar que caería Babilonia con sus dioses de oro y sus esfinges de mármol; que Nínive se vería cubierta como un sudario por las arenas del desierto; que Tiro, la ciudad de los navegantes, se hundiría en los mares y sería olvidada como la piedra caída en los abismos; que pasaría Alejandro á manera de la aparición de un sueño por Oriente, dejando tras sí diseminados sus dioses, no pudiendo turbar la severidad del santuario con el cántico voluptuoso de las sirenas griegas; y que en el día de las abominaciones paganas de los reyes, Jerusalem sería destruida, derrocado su santuario, diseminadas por las calles las piedras de sus altares, y mientras el jaramago y la ortiga crecerían tristemente sobre sus ruinas, los príncipes y sus hijos irían á llorar, en las márgenes de extranjero río, las des-

venturas causadas por su tiranía á la señora de las gentes, desolada y viuda. El Apocalipsis de la tiranía no puede ser escrito sino desde el Patmos de la independencia. La Iglesia sin poder, la Iglesia perseguida, atribulada, encerrada en el seno de aquellas Catacumbas, sobre cuyas bóvedas oía resonar los pasos de los perseguidores y el ruido de las orgías, y en cuyo suelo yacían amontonados los huesos de los mártires, escribió serena, sobre las losas funerarias, en aquellas encrucijadas de sepulcros, cubiertas de tinieblas, la sentencia apocalíptica que anatematizaba á la nueva Babilonia, ébria con la sangre de los mártires; y desde los cuatro puntos del horizonte, vinieron, como ángeles exterminadores, los bárbaros á cumplir aquella sentencia, aventando las cenizas de Roma; mientras los mártires cantaban el inmortal *hosanna*, que henchía lo infinito y anunciaba al universo el triunfo sagrado de la libertad de la Iglesia. Y para esto, valdrá más siempre el pobre apóstol, vestido de sayal asentado á la puerta de los palacios, como un juez, que el príncipe eclesiástico vestido de púrpura, cargado de oro, asentado á la mesa de los festines del César, como un cortesano.

Ménos daño hicieron los Césares paganos á la Iglesia persiguiéndola, que los Césares católicos explotándola. Apenas ver cómo han pasado y huido fugazmente los tiempos en que la Iglesia vivía

en libertad, y protestaba por medio de sus obispos y por la universalidad del sacerdocio contra la tiranía de los Césares, contra las violencias de los señores feudales. Desde que el Estado la domina, ha perdido, hablando en la esfera puramente política, aquella tenacidad con que condenaba toda tiranía. Los que se dicen sus más ardientes defensores en la prensa, publican un día y otro, con triste insistencia, la tésis de que progreso y Cristianismo, libertad y Cristianismo son verdaderamente incompatibles. Hace pocas noches leí, en el más antiguo y acreditado de los periódicos religiosos, que no concebía cómo pudieran llamarse á un mismo tiempo ciertos hombres liberales y cristianos. La firme convicción de este antagonismo entre la libertad y la Iglesia, ha petrificado al clero, lo ha reducido á ser considerado por la sociedad presente no como guía, sino como enemigo. El clero ha perdido todo el don político, como el esclavo pierde en las cadenas la conciencia de su derecho. Se fundan las universidades, y se fundan contra su ciencia. Vienen las monarquías absolutas, creadoras de las nacionalidades modernas, y vienen contra su poder. Sigue su curso la gran corriente de las ideas del Renacimiento, y rompe el valladar con que la limitara el clero. Sucede el hecho de la paz de Westphalia, que sella el libro de las guerras religiosas, y sobre aquel tratado tan humano cae el anatema del clero. Se

desata la revolucion que despierta á las naciones, que emancipa á los siervos, que escribe los derechos naturales, y el clero no descubre en esta fulguracion del espíritu moderno, el esplendor de la idea cristiana. Se alza de su sepulcro la hija predilecta de la Iglesia, la que la llevara en su seno como la Virgen llevó á Jesús, Italia, y se alza, ¡pobre mártir, herida por el hierro de los croatas! bajo las maldiciones del Papa. Se emancipa Bélgica del yugo protestante, consuma una revolucion en nombre de todas las libertades, y muy especialmente de la libertad de la Iglesia católica, y á los pocos dias su constitucion y su revolucion son repudiadas por Gregorio XVI. La mayoría del clero, miradlo bien, señor, la mayoría del clero español, parece en medio de nosotros como extranjero á todas nuestras ideas políticas. Durante la guerra civil, siguió las banderas de D. Carlos. Ahora con exposiciones contra la enseñanza, pretende conseguir por la intriga lo que no consiguió por las armas. Cree que el dia en que le falte la proteccion del Estado va á perecer, como cree el esclavo que va á perecer el dia en que le falte el techo y el látigo del amo. Y como sabe que, sea cualquiera su trabajo, ha de ser siempre igual la recompensa, no desciende á esta gran liza de las controversias modernas, no entrevee que, si ha de seguir al movimiento religioso del siglo, si ha de pelear con las escuelas exegéticas

que Strasburgo y Gotinga arrojan todos los días sobre Europa, necesita estudiar desde las piedras que el aluvion arrastra por el fondo de los valles, donde está escrita la historia del planeta, hasta las palabras escapadas de los labios de los pueblos antiguos, donde está escrita la historia del hombre. Y para crecer hasta tocar con la frente á la altura del siglo, necesita arrojar, como si le quemara las manos, la soldada del Gobierno, y recoger en el alma con avaricia los tesoros de la libertad.

Yo insisto en creer que las ideas sociales modernas, estas ideas democráticas tan perseguidas y anatematizadas, se contienen virtualmente en el Evangelio, como la espiga en el grano de trigo, como la encina en la bellota. Yo insisto en creer que estas tres palabras de libertad, igualdad y fraternidad, á cuyos acentos los pueblos deliran de entusiasmo; que esta idea de la dignidad humana; que este sentimiento de una personalidad superior á la muerte; que esta consustancialidad del espíritu de todos los pueblos con el espíritu humano; que este derecho de la conciencia á comunicarse con su Dios; que todas estas bases fundamentales de la moderna civilizacion, de la democracia moderna, han sido primeramente formuladas, en su carácter religioso, por el sublime fundador del Cristianismo, y por el coro de mártires que se levanta ante el sepulcro de Roma y

la cuna de las naciones modernas. La antigüedad sólo concebía el Estado como regulador supremo de la vida. Platon y Aristóteles, que forman la grande antinomia del espíritu, se juntan en la idea de la omnipotencia del Estado. En Grecia y Roma cambian las formas políticas, pasan las teocracias, pasan las monarquías patriarcales, pasan las aristocracias, pasan las repúblicas democráticas, pasan los Alejandro y los Césares, y queda siempre la omnipotencia del Estado. ¿Queréis, Excmo. Sr., que el Estado regule la idea religiosa, como regulaban los colegios de los augures las respuestas de los oráculos en la antigüedad? Pues siento decíroslo. Estais en pleno paganismo. No, no podeis quererlo, porque sacerdote cristiano, sabeis que nada hay tan contrario á la Iglesia como la omnipotencia del Estado. Miradlo por vuestros mismos ojos, y encontrareis de esta verdad testimonio en todos los espacios de la tierra, en toda la prolongacion de los tiempos. Ved la historia. Los Faraones azotan á los infelices hijos de Abraham, y los obligan á estar cociendo, con la cadena al pié y la argolla al cuello, los ladrillos para sus palacios. Los Faraones son el Estado. Nabucodonosor obliga á todos los pueblos del Asia á ir en peregrinacion á adorar su estatua de oro, y arroja al horno de Babilonia á los tres niños que no quisieron cometer tan abominable idolatría. Nabucodonosor es el Estado. Anito acusa

al justo Sócrates, que, muere en Atenas, con la sonrisa en los labios, con los ojos en el cielo, departiendo de la inmortalidad del alma entre sus amigos, y dejando con su muerte la vida de la conciencia humana. Anito es el Estado. Neron quema en los jardines de su palacio á unos pobres magos, adoradores de un hombre muerto en Judea, y mientras aquellos infelices cubiertos de resina y pez arden, y sus gemidos pueblan los espacios, y su sangre cae hirviendo sobre la arena, el emperador vuelve del Circo ó del teatro, en su carro de marfil, tañendo la cítara, imaginándose un dios. Pues bien, Neron es el Estado. Aparece en una ventana del Louvre en noche siniestra, Carlos IX, y cuando muchos infelices huyen de las matanzas consumadas por una soldadesca ébria de fanatismo y de vino, dispara su arcabuz á los fugitivos. Carlos IX es el Estado. Manda Enrique VIII, por satisfacer su concupiscencia, que un pueblo cambie de culto, y cambia de culto. Pues bien, Enrique VIII es el Estado. Se ve en la plaza de Madrid un balcon que brilla, una hoguera que arde, varios infelices con coraza, que se tuestan dentro de la hoguera, dando alaridos horribles, nobles que atizan el fuego, y Carlos II, pálido, trémulo, desmayado, viendo aquella fiesta pagana, hecatombe de carne humana ofrecida al Dios de las misericordias. Pues Carlos II es el Estado. Muere Servet en las hogue-

ras de Ginebra, despues de haberse visto en su calabozo comido de insectos, respirando el aire infectado con las emanaciones de su propio escremento, muere á manos de Calvino en las llamas. Pues bien, Calvino representa allí el Estado. Y sobre todo, miremos este último ejemplo con recogimiento. El cielo de Jerusalem está oscuro; tiembla la tierra; en la cruz, patíbulo del esclavo, se extiende el cuerpo de un hombre, cuyo crimen ha sido ofrecer un reino celeste á la virtud, fortalecer á los que padecen, consolar á los que lloran, predicar la igualdad, la libertad, la caridad á los hombres, y Pilatos, para escarnio, lo ha coronado de espinas, y le ha llamado rey; y sus soldados han amargado su agonía con hiel, y los que pasaban por el camino, ¡ved si hay dolor igual á su dolor! le han dicho que hiciera el milagro de arrancarse de su suplicio, y muere lanzando un gemido, á cuyo eco se conmueven las piedras, más compasivas que el corazon de los tiranos. Pues bien, Pilatos, y los jueces, y los soldados, son el Estado. Mirad, señor, lo que hacen, miradlo bien; los que predicán la intolerancia absuelven á los Faraones, á Nabucodonosor, á Anito, á Neron, á Enrique VIII, á Calvino, á Carlos IX, á Pilatos; y condenan á todos los mártires, á Sócrates, á los misioneros, que desafían la inclemencia de la naturaleza para llevar la verdad evangélica por toda la tierra; á los pobres hijos de Polonia;

que mueren sobre la patria esclava, con el cántico de la Iglesia en los labios; á Jesús, sobre todos, víctima eterna del despotismo de un Estado injusto y de la intolerancia de un culto moribundo.

Cristo, señor, ha predicado la tolerancia. Como era el hombre del pueblo, el hombre sencillo de la naturaleza, el ingénuo Hijo de Dios, explicaba estas verdades en parábolas. Así le escuchaban estáticos desde los ancianos hasta los niños, desde los jóvenes hasta las mujeres, todo el mundo, como se oye el ruido de un arroyuelo ó el cántico de un ave. «El cielo, decía, es semejante á un hombre que ha sembrado buen trigo en su campo. Mas en tanto que los jornaleros dormían, llegóse un malévolo, sembró cizaña entre el trigo y se fué. Creció el trigo y la cizaña también. Y los servidores del dueño de aquel campo le dijeron:—«Señor, ¿no habeis sembrado buena simiente? ¿cómo nace cizaña?»—Y les contestó: la sembró un enemigo mío. ¿Quereis que la arranquemos?—No, en verdad, contestó: no sea que por arrancar la cizaña arranqueis también el trigo.» Ved, señor, explicada aquí sencillamente la tolerancia en la tierra. En el día de la cosecha, es decir, en el día de la muerte, ya juzgará Dios á los buenos y á los malos; ya separará el segador el trigo de la cizaña. Mientras tanto, señor, si os incitan á pedir persecuciones y castigos, contestad lo que contestó Cristo, cuando sus dos discípulos,

Juan y Santiago, le pidieron que lloviera fuego del cielo sobre Samaria, porque no habia querido darles posada al pasar fatigados los tres hácia Jerusalem: «No conoceis, decia Cristo, el espíritu que os anima. El hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas!»

No juzguemos por nuestro país todos los países, Excmo. Sr.; no creamos ¡pobres infusorios! que la gota de agua donde vivimos, sea todo el universo. La unidad religiosa no se ha conseguido todavía en la tierra. Aún los dioses índicos murmuran en las orillas del Ganges, y el carro de Brahama rompe con sus ruedas las cabezas de los devotos; aún se levanta en los templos de la China la diosa en cuyas tetas cree la vulgar preocupacion que se amamanta la naturaleza; aun sueña el atambor mágico en las llanuras de Tartaria, y vuelan como murciélagos las brujas que, para ir á Roma, evocaban Atila; aún el negro del interior de Africa inmola al espíritu de sus padres, cuyos lamentos cree oír en el simoun, víctimas humanas; aún quizá el abisinio deletrea como un libro sagrado los geroglíficos que encuentra en las ruinas cubiertas de arena; aún desde la helada Laponia hasta las selvas de los trópicos, se extienden mil religiones; y en la misma Europa se levantan, por todas partes, las sinagogas, donde los judíos aguardan al Mesías; en las orillas del Guadalquivir ó del Rhin las dos grandes catedra-

les góticas que representan en sus agudas agujas la aspiración de la Edad media á lo infinito; en el Bósforo, sobre la Santa Sofía de Constantino, la media luna y las inscripciones del Koran; en el Norte los templos monstruosos teñidos de los colores del iris y coronados con cimborrios dorados que representan el cisma griego, y en Roma, á la vista del panteon de todos los católicos, donde Rafael unió en el ideal de sus Vírgenes las dos edades de la historia, las dos fases del espíritu, el mundo pagano y el mundo cristiano; donde Miguel Angel unió, con las piedras milagrosamente alzadas á lo infinito, en la cúpula maravillosa, la tierra con el cielo. ¿No cabría, Excmo. Sr., tratar una paz entre los pueblos del mundo semejante á la paz de Westphalia que trataron los pueblos de Europa? Aún cabría esperar que, merced al telégrafo, á la navegacion, al vapor, rotas las murallas de la China, explorado el interior del Africa, convertidos en instrumentos de trabajo los instrumentos de guerra, asegurada la libertad de los misioneros por los esfuerzos de todas las naciones, respetados los derechos de la conciencia humana, se evangelizara toda la tierra, se cumpliera el ideal sublime de la fraternidad de todas las razas en el seno de un mismo derecho y de todos los espíritus en el seno de un mismo Dios.

Será tal vez una utopia, pero es una utopia generosísima, santa, que lo por venir realizará,

porque la idea se graba en la realidad, como la marca en la cera. Yo veo los prodigios de la industria, dando nervios á la tierra con los hilos telegráficos, y llevando las sensaciones de un pueblo á todos los pueblos. Yo veo los prodigios del arte, uniendo en coro inmenso todas las razas que entonarían cánticos diversos, pero cuyos ecos formarían una cadencia unísona en el cielo. Yo veo los prodigios de la ciencia, demostrando cada día más, que nuestro cuerpo debe ser el compendio del planeta y nuestra alma el reflejo de la humanidad. Yo veo el trabajador redimido, el esclavo emancipado, la guerra concluida, cada nación en su independencia, cada personalidad en su derecho, cada Iglesia en su autonomía, la democracia universal reinando como la fórmula sagrada de la civilización, y el alma del hombre enrojeciéndose y avivándose cada día más en el espíritu de Dios.

Señor, señor, ¿quién sabe el destino que le está reservado en la historia futura á la nación española? Siempre ha sido una nación civilizadora, una nación redentora. En el siglo décimo-tercio, su pluma escribió el ideal de los gobiernos, su espada derribó á los enemigos de la civilización. En el siglo décimo-quinto, su arrojo dobló la tierra, descubrió la América. En el siglo décimo-sexto, hundió la media luna en las aguas de Lepanto. En el siglo pasado tendió su mano á la

libertad de América y protestó contra la crucifixion de Polonia. En nuestro mismo siglo enseñó al mundo á vencer á los conquistadores con sublimes sacrificios. ¿Quién sabe el destino que le está reservado en la marcha de la civilizacion universal? Si quereis, señor, que la Iglesia contribuya á esta obra, procurad con todos vuestros hermanos, que no se esclavice, que no se una á los poderes moribundos, que no proteste contra la libertad de los hombres, contra la resurreccion de los pueblos; que aplique los principios de libertad, igualdad y fraternidad á las sociedades modernas; y entonces será la hora de la emancipacion verdadera de la Iglesia, de su armonía con el espíritu del siglo; y se oirá un hosanna, como aquel que oia San Juan cuando, sobre las ruinas de la impura Babilonia, veia levantarse la Jerusalem celeste, de jaspe y de cristal, á cuyos piés corre tranquilo y trasparente, como en el paraiso, el rio de la vida; y sobre todo, el Eterno Ser, en cuya presencia los espíritus puros, batiendo sus alas de luz y pulsando sus arpas de oro, entonan un cántico inmenso, cuyos ecos llenan de alegría el universo y celebran el vencimiento de la serpiente y la reconciliacion de las criaturas con su amoroso Creador.

Vuestro siempre, señor.

CAPÍTULOS

DE UN GRAN TEÓLOGO MODERNO. (1)

CAPÍTULO VII.

EL PARTIDO DE LA RECONCILIACIÓN.

Que el Cristianismo de la legalidad y el Cristianismo de la gracia, que los discípulos de Pablo y los de los fariseos no hayan podido ponerse de acuerdo mientras permanecían constantes y fieles á sus principios respectivos, cosa es que no debe causarnos asombro. La historia y su literatura apostólicas, las mismas controversias modernas, nos lo dicen sobradamente y nos lo explican al mismo tiempo. Pero la historia enseña también

(1) Lo más profundo que hemos visto sobre estas graves cuestiones, que nosotros no hemos podido profundizar en nuestras lecciones orales, es el siguiente capítulo de un gran teólogo moderno, cuya lectura recomendamos. Hay que notar, que siendo protestante y calvinista el autor, dá al dogma de la gracia una extensión que nosotros no podemos reconocerle.

que el pensamiento humano se rige como la materia por una ley no ménos natural que general, en cuya virtud las antítesis, las teorías opuestas tienden á usarse, á desgastarse recíprocamente, á destruir por el frotamiento sus propias asperezas, á concluir, en fin, por encontrar una fórmula de mediación, un terreno neutral ó comun, cuya vista les ocultaban al principio los puntos salientes de sus divergencias. Este fenómeno, tan viejo como el mundo, y siempre nuevo, se observa mil veces en grande y en pequeño, en la política, en las ciencias, en la Iglesia, en todas las relaciones sociales. Porque el hombre es de tal índole, que antes observa las diferencias que las analogías, por hallarse aquellas más amenudo en la superficie y éstas más de ordinario en el fondo. Así, en la teología ¡cuántas veces no se ha visto á las escuelas y sectas separarse por cuestiones relativamente accidentales, y desconocer ú olvidar lo que hubiera debido aproximarlas! ¡Cuántas veces querellas seculares han terminado con el triunfo de una idea que ninguno de los dos partidos habia escrito al principio en su bandera, y en favor de la cual ambos al fin habian hecho sacrificios! Gran error seria sin duda proclamar como principio absoluto que la verdad está siempre en el justo medio de dos tésis accidentalmente opuestas; y sin embargo, el antiguo adagio que recomienda buscarla con preferencia en aquel lugar, no se funda

tampoco en una ilusion. Mas no hay que engañarse en cuanto á la aplicacion que pensamos hacer de estas reglas. Lejos estamos de decir que para encontrar la verdad sea menester alejarse de Pablo para aproximarse á los fariseos. Nuestra observacion no tiende á ensalzar un método, sino á señalar un fenómeno psicológico, del cual vamos á encontrar un ejemplo, tan palpable como poco estudiado, en la historia de la teología apostólica.

Hemos visto las teorías frente á frente, los partidos en estado de guerra abierta, la unidad de la Iglesia seriamente comprometida desde los primeros pasos que daba en el mundo. Pudiérase haber creído que una de las dos tendencias exclusivas se encargaria de guiar por sí sola á la Iglesia en su camino, despues de conseguir sobre la otra una victoria decisiva que á un tiempo salvase su integridad y confirmase su privilegio. Nada de esto sucedió, sin embargo. La Iglesia permaneció una, universal, καθολική ó más bien fué siéndolo poco á poco, pero no por el triunfo de uno de los dos partidos principales.

En una época muy remota de esta historia, cuando aún no se trataba, ni con mucho, de literatura teológica, vemos ya despuntar en el horizonte un cierto espíritu de conciliacion, que casi instintivamente al principio se ponía en medio de los partidos y de las controversias, se apodera-

ba del terreno que debía de servirles de palenque y procuraba calmar el ardor de los combatientes, cubriéndolos con su estandarte de paz y concordia. En las conferencias de Jerusalem, en aquel primero y solemne debate teológico, vemos ya que la necesidad de paz y las miras prácticas se sobreponen á los principios. En efecto, mientras por una parte se pedia la conservacion del rito mosáico para todos los que pretendiesen entrar en la Iglesia, y por la otra se proclamaba su abolicion, aún para aquellos que hasta entonces lo habian observado, en presencia de estas dos opiniones diametralmente opuestas, pero ambas fundadas en axiomas que no admitian excepcion alguna, ¿cuál fué el partido adoptado por la asamblea apostólica? Una resolucion que chocaba de frente con uno y otro axioma, un decreto que no se fundaba en ningun principio absoluto, y que por consecuencia ninguna probabilidad de éxito tenia; y ved aquí que, al menos por espacio de algun tiempo, aquel era el único expediente practicable, y por lo tanto justificado por las circunstancias. Los judíos debian seguir siendo judíos, los paganos quedaban dispensados de serlo, se respetaban todas las costumbres y se transigia con todas las repugnancias: ved aquí lo que se propuso, lo que se adoptó y lo que en último caso hubiera sucedido aunque no se hubiese ordenado. Decision cándidamente inconsecuente si se quiere, pero de ad-

mirable prudencia, sobre todo porque, sin saberlo, demostraba una gran verdad: que los hombres no se han hecho para las teorías y que las teorías deben hacerse para los hombres. (Marc. II, 27.)

Este programa de Jerusalem es acontecimiento tan importante en el desenvolvimiento progresivo de las ideas cristianas, que bien merece que aprovechemos esta ocasion para detenernos en él algunos instantes. Y será tanto más necesario determinar su trascendencia, cuanto que el interés dogmático ha falseado á menudo su interpretacion. Los Apóstoles, reconociendo que la vocacion de los gentiles habia sido anunciada por los profetas (Act. XV, 15), y determinados principalmente por el brillante resultado de las misiones extranjeras, temieron mostrarse rebeldes á la voluntad de Dios é impedir los progresos del trabajo evangélico, imponiendo á los paganos obligaciones ya muy pesadas para los que á ellas estaban obligados desde la infancia. — Proclamaron, pues, la dispensa reclamada en favor de los prosélitos paganos, á saber, la de la circuncision y de todos los demás ritos judáicos consagrados por la ley (v. 24). Pero con ello jamás entendieron conceder semejante dispensa á los judíos, ó lo que es lo mismo, librarse personalmente de una série de obligaciones que podian sin duda parecerles onerosas, pero á las cuales sus hábitos y su conciencia daban incontestable valor religioso; Santiago, en el

momento mismo en que pedia se otorgase la dispensa á los paganos, añadió explícitamente que sólo para ellos la queria.—Cuanto á los hombres de la circuncision, dice (v. 21), no habemos menester formar un reglamento que les concierna: ahí están las sinagogas para enseñarles sus deberes; y en ellas pueden oír cada sábado, en la lectura de la ley, cuáles son sus obligaciones —Si pudiera quedar la menor duda acerca de la exactitud de esta interpretacion, la prosecucion de la historia la desvanecería.—Porque cuando Pablo, en su postrer viaje á Jerusalem, fué á buscar á Santiago (XXI, 20, ss.), éste, de concierto con los ancianos de su iglesia, mostrándose muy edificado por los triunfos de su colega entre los paganos, le dijo sin rodeos, que en Palestina la opinion pública entre los cristianos estaba sublevada contra él. Los fieles de aquella tierra, sin excepcion, se atenian religiosamente á la ley y á sus ritos. Y habiendo oido que Pablo no se ceñia á evangelizar á los paganos y á asegurarles el beneficio de la dispensa, sino que pretendia tambien atraer á sus miras á los judíos y les predicaba una verdadera apostasia, diciéndoles que no circundasen á sus hijos, ni se sometiesen á las prácticas ascéticas del judaismo, los cristianos de Jerusalem se habian conmovido vivamente con tales noticias. No era así como se habian arreglado los asuntos en las conferencias, y los más avanzados

del partido de la resistencia recordaban y ponderaban sin duda, las siniestras predicaciones que habian hecho, cuando los demás, contra su opinion, se habian lanzado por el camino de las concesiones. Santiago y sus colegas, fieles al programa y sin querer estrecharlo ni extenderlo (v. 25), no vacilan en creer, segun parece, que Pablo es inocente del hecho de que se le acusa, ó al menos no juzgan conveniente examinar el asunto más al pormenor y le aconsejan que aplaque el mal humor de la Iglesia con una demostracion pública de su ortodoxia personal.

Como no pretendemos apreciar aquí la conducta de los Apóstoles, sino señalar sus principios teológicos, no nos detendremos á indicar el triste papel que en tal ocasion se hace representar á un hombre que no tenia la costumbre de transigir en materia de principios ni de regatear sus convicciones. Si los hechos pasaron realmente como se cuentan, forzoso será decir que la prudencia y la necesidad de la paz llegaron por parte de Pablo hasta el exceso, y que un acto, en sí mismo escusable, y aun legítimo, presenta aquí todas las apariencias de la hipocresía. Pero no insistimos sobre esta parte de la narracion, sino probar hasta la evidencia que el programa de Jerusalem reservaba explícitamente el carácter obligatorio de la ley para los judío-cristianos, no como concesion de forma ó puramente temporal

hasta que estuviese determinada su educacion religiosa, sino como dogma y por tiempo indefinido. ¿Por qué, pues, se dejaba libres de tal carga á los paganos? O bien, si estos podian permanecer exentos de ella sin perjuicio de su carácter y aspiraciones de cristianos, ¿por qué imponerla á los judíos? Bien se vé que la dispensa parcial no era consecuencia de un principio absoluto, de un axioma teológico, sino una transaccion con las circunstancias, un término medio para salir del apuro, un expediente en fin, aconsejado á sus autores en parte por la evidencia de los hechos ó por un sentimiento instintivo de que aún no se daban cuenta, y en parte por el influjo de una preocupacion tanto más irresistible en boca de los demás cuanto que ellos mismos aún no habian conseguido desecharla.

Sin embargo, aquel término medio, formulado en Jerusalem como una especie de carta con la cual se esperaba asegurar la paz de la Iglesia, era más bien efecto de una situacion que los Apóstoles no podian cambiar aunque hubiesen querido, que causa de la direccion tomada por el desenvolvimiento ulterior de las ideas. Si el judaismo subsistió en el seno de la Iglesia, no acusaremos de ello á los autores del programa, y sólo veremos en tal hecho una razon para excusar á estos últimos que no podian réalizar con las fuerzas de que disponian, lo que no realizó el genio

mismo de Pablo. Si este último, que tan claramente entreveía su fin, y á quien jamás faltó la voluntad no consiguió implantar inmediatamente la verdad evangélica en un terreno muy poco preparado todavía, sino que hubo de legar á los siglos futuros el cuidado de descubrirla de nuevo, y repetidamente, no recriminaremos por cierto á sus antecesores por que su sencillo celo, circunscrito á un horizonte menos extenso, no haya podido ensanchar más el de sus contemporáneos.

La fórmula convenida en las conferencias de Jerusalem llama la atención del historiador por otra disposición concerniente á los paganos. Al dispensarlos de observar los ritos mosaicos, se les prescribieron ciertas obligaciones más generales, que ya vimos imponer en otra esfera á las personas que, sin aceptar la circuncisión, querían tener el derecho de frecuentar la sinagoga.—(Libro I, c. VII; lib. VI. c. III.) Fácil es recordar lo que se ha dicho acerca de los prosélitos y sobre los preceptos llamados máquicos, á que se les sujetaba. Los paganos, al afiliarse en la Iglesia, debían al menos comprometerse á observar aquellos pocos preceptos, facilitando así á los judíos un trato más íntimo con ellos.—Muchos de estos preceptos pueden parecernos de escasa importancia religiosa; por ejemplo, la prohibición de comer manjares preparados con sangre ó carne de animales estrangulados; pero conviene mirar el

asunto desde el punto de vista opuesto. Para los Apóstoles era una concesion inmensa el limitarse á tan poca cosa, cuando vemos que, á pesar de ella, Pedro se violenta para sentarse á la mesa con gente incircuncisa (Gal. II. 12.) Aquello era realmente cuanto podian hacer en favor de la union y de la concordia: ir más allá hubiera sido romper violentamente con lo pasado, y perder pié casi al primer paso. Aquella concesion, fuerza es reconocerlo, no era por su parte, ni resultado de un principio dogmático ni efecto de una transaccion momentánea. Porque en cuanto á este último hecho declaran positivamente que la abstinencia prescrita es cosa absolutamente necesaria (XV. 28.), y no preveen que, más pronto ó más tarde, pueda tener lugar una fusion de los partidos, que haga inútil semejante precaucion. Por otra parte, difícil seria encontrar, en un sistema de teología evangélica, el punto ó la tésis en que pueda apoyarse la prohibicion de comer ciertas carnes. No hay consecuencia ni encadenamiento teórico entre la declaracion de que un hombre puede salvarse sin la circuncision, y la repugnancia manifestada respecto de los que comen carne de un animal estrangulado. De estos dos hechos debemos deducir que aquella parte del programa habia sido inspirada á sus autores por una preocupacion que respetaban no por condescendencia, sino porque ellos mismos la tenian.

Así, el sistema de Pablo y el del fariseísmo, ambos igualmente íntegros y consecuentes, tuvieron que doblarse ante consideraciones de un orden comparativamente inferior.—Se pretendió imponerles, al menos en la práctica, un yugo á que no pudieron someterse en la teoría. Así vemos por las epístolas, escritas todas despues de esta decision, que Pablo no hace caso de ella, y que hasta la tolerancia de que hace voluntaria profesion para no chocar con nadie (1 Cor. IX, 20. ss.), procedia en él del principio de la caridad fraternal, y no era en modo alguno efecto de una necesidad teórica ó de una influencia gerárquica ó extraña. La Iglesia sólo tiene motivos de felicitarse por esta insubordinacion del gran Apóstol, en cuyas obras encuentra la verdad pura, hoy que las circunstancias hacen innecesarios los términos medios que demasiado tiempo han servido de base á la ciencia y á la vida cristiana.

CAPÍTULO III.

LA EPÍSTOLA DE PEDRO.

Lo que acabamos de ver respecto de la historia, lo veremos con igual facilidad respecto de la literatura. La necesidad natural de aproximarse unos á otros en presencia de un mundo cada vez peor dispuesto, el espíritu ilustrado de los jefes de la Iglesia, la convicción de que ésta debia ser una y universal, bajo la direccion invisible, pero eficaz, de un solo Salvador, y por último, la misma imposibilidad en que muchos cristianos estaban de apreciar el valor teológico de la diversidad de tendencias que ellos podian creer existentes solo en las formas exteriores, todo esto favoreció el movimiento de conciliacion. La fórmula de Pablo, que era la más completa, la más elevada y la más consecuente, debia predominar en este trabajo de fusion; pero tambien se exponia á perder una parte de su esencia, y sobre todo, de su rigidez práctica.—Ya hemos visto anteriormente que su

carácter místico no era á propósito para que todo el mundo lo comprendiese y guardase intacto de la misma manera. Por otra parte, su posición, respecto de la ley, habia disminuido mucho su influencia, y cada cual se sentia inclinado á mitigar por este concepto los principios, aplicándolos con menos rigor.

En tal sentido habrémos de llamar la atención de nuestros lectores hácia muchos otros escritos del primer siglo, de que aún no hemos hablado especialmente, y que representarán en el desenvolvimiento de la teología evangélica esta tendencia de fusion y de conciliacion.—Empezarémos por Pedro, cuya epístola se acerca tanto á las de Pablo en este concepto, cuanto su objeto particular lo permite.

Conocida es la posición de Pedro en la Iglesia. Judío-cristiano, convencido y nuevo, habia necesitado de una revelacion especial para saber que le era permitido sentarse á la mesa con gente incircuncisa y bautizada. Más tarde todavía servia su nombre de bandera al partido del legalismo. Segun el testimonio que de él dá el mismo Pablo, debemos creer que no participaba de las ideas rígidas de los fariseos: en las conferencias de Jerusalem se esforzó por conseguir la aproximacion, y los dos Apóstoles se separaron como buenos amigos y colegas.—Sin embargo, quedóle cierta indecision de carácter, cierta debilidad en los

asuntos de poca monta y juntamente un valor á toda prueba en las grandes ocasiones. Así como en otro tiempo su convicción proclamada á voces en un momento solemne, y su fidelidad que le habia puesto la espada en la mano contra una fuerza superior, pudieron desvanecerse ante las burlas de algunos criados, así también el elocuente orador de Pentecostés, el valiente defensor del Evangelio ante el Sanhedrin, se dejó intimidar en Antioquía por algunos oscuros fanáticos, y renegó de los principios profesados públicamente y consagrados á sus ojos por una revelacion especial. La teología enseñada por este discípulo se resentirá un poco de esta posicion flotante entre las teorías opuestas.

La epístola de Pedro está tan lejos de ser una carta ó epístola propiamente dicha, como lo estaba la dirigida á los hebreos. Imposible es descubrir en este discurso una reunion de lectores primitivos distintamente caracterizados ó personalmente conocidos del autor. La direccion, aunque contiene muchos nombres geográficos, es demasiado general para que pueda invocarse contra nuestra opinion. Todas las alusiones á circunstancias especiales son allí tan vagas, que se ha podido afirmar alternativamente que el Apóstol se dirigia con preferencia ó con particularidad, ya á los étnico-cristianos, ya á los judío-cristianos. El hecho es, que se dirige á todo el mundo, y la

antigua Iglesia tuvo mucha razón al poner esta epístola en la misma categoría que la primera de Juan, como epístola católica, es decir, dirigida á los creyentes en general.

En cuanto á su contenido, es esencialmente parenética, y presenta una série de exhortaciones morales relativas á diferentes deberes generales y particulares. En ella se insiste principalmente sobre las disposiciones hostiles que animan al mundo contra la Iglesia, y el autor deduce de ellas un motivo poderoso para llevar una vida pura y capaz de servir de modelo á los demás.— Su predicacion enteramente práctica, se apoya, de una parte en las esperanzas generales dadas á los creyentes por el Evangelio, y de otra, en el objeto y efectos de la muerte de Cristo.

Es evidente, segun lo dicho, que no hemos de encontrar en este documento un sistema completo de teología cristiana, porque el objeto del autor no es la enseñanza teórica. Sin embargo, fácil será recoger en él una série de tésis dogmáticas que, aunque no están desenvueltas científicamente, no dejan de suministrarnos los materiales necesarios para caracterizar bien este punto. Pero antes de pasar á ello debemos señalar un hecho muy singular relativo á esta epístola, y que ha sido para nosotros de suma importancia en la eleccion del puesto que le señalamos.—Este mismo Pedro, á quien hemos visto en su vida apostó-

lica dejándose dominar fácilmente por las circunstancias y sacrificando sus principios á las influencias del momento, se presenta aquí como autor, sometiéndose á la dependencia de sus predecesores.—En efecto, su carta, aunque corta, contiene una larga série de pasajes más ó ménos literalmente copiados de otras epístolas, y lo que es más curioso, tomados por una parte de Pablo y por otra de Santiago. El hecho no puede ponerse en duda ni atribuirse á la casualidad.—Ni se explica mejor diciendo que el autor, poco ejercitado en la redaccion griega, pudo recurrir á los escritos de sus predecesores. En el punto á donde hemos llegado por la apreciacion de la posicion respectiva de los hombres y de las cosas en esta época, es imposible no ver en este ensayo de hacer hablar á Pablo y á Santiago, como si dijéramos por una misma boca, una intencion directa, un método premeditado, un objeto, en fin, que entra perfectamente en las miras que más arriba hemos caracterizado. Conviene advertir que la dependencia que señalamos no es absoluta: al contrario, gran número de frases y de ideas dan á conocer un trabajo propio é individual; la relacion es muy diferente de la que existe entre la segunda epístola llamada de Pedro, y la de Judas, donde hay verdadero plagio.—Pero esto mismo demuestra que los pasajes están tomados con conocimiento de causa y con deliberado propósito, es decir, en

la persuasión de que ambos matices no se excluyen.

El de nuestra epístola, ya lo hemos dicho, en el fondo es paulino. Allí podemos recoger sin trabajo una serie de fórmulas que nos recuerdan la enseñanza del gran Apóstol de las gentes. Ya se comprende que es imposible reducir á sistema los datos esparcidos y accidentalmente insertos en una especie de discurso homilético. Por eso nadie ha emprendido aun semejante tarea, y nosotros tampoco la emprenderemos; pero sí deseamos hacer patentes las numerosas analogías que aproximan entre sí á entrambos teólogos, y los matices que los separan.

La base psicológica de la teología paulina, aunque solo se toque de paso, está bastante indicada en nuestra epístola. El hombre antes de convertirse á Cristo está sumergido en una ignorancia que lo entrega al vicio (*αἱ ἐν ἀγνοίᾳ ἐπιθυμίαι*, I. 14) y sus inclinaciones naturales (*ἀνθρώπων*, IV. 2) son opuestas á la voluntad de Dios. Estas inclinaciones están en guerra abierta con el alma ó combaten contra sus intereses bien entendidos (II. 11).—La gracia de Dios nos pone hoy en mejor condicion (*χάρις*, I. 10; V. 10; *ἔγχεος*, I. 3; II. 10). Esta gracia es el objeto (V. 12) de la buena nueva que se nos ha anunciado, en la época determinada por Dios (*καιρὸς*, I. 11), por hombres enviados para ello con el don del Espíritu (I. 12), despues que

los profetas y los ángeles mismos no han tenido de ello más que un conocimiento imperfecto, bien que decretado antes de la creacion del mundo (I. 20). El Evangelio (εὐαγγέλιον, I. 25; IV. 6, 17) nos revela los decretos de Dios, el ministerio de Cristo, el juicio y la vida eterna.—La salvacion del individuo es efecto de la aplicacion especial de la gracia; porque se trata de la presencia de Dios (πρόγνωσις, I. 2.) y aquellos á quien toca la gracia se llaman los elegidos (ἐκλεκτοί, I. 1; II. 9). Dios los ha llamado (ὁ καλέσας, I. 15; II. 9; V. 10) y ellos han escuchado su voz de verdad (ὕπακοή I. 2, 14, 22), mientras que los otros hombres han permanecido desobedientes (ἀπειθεία, II. 7; III. 1, 20; IV., 17). Los pecados de los primeros quedan abolidos por Cristo (II. 24), cordero sin pecado (I, 19; II. 22); cuya sangre nos redime tambien (λυτροῦν, I. 18) es decir, nos libra de los hábitos de pecado que son nuestra herencia, y nos conduce (προσάγει III. 18) hácia Dios. Así pues, estamos desde ahora santificados por el espíritu de Dios (ἀγιασμὸς πνεύματος, I. 2), que reposa sobre nosotros (IV. 14), y que ya nos ha ayudado en nuestra conversion (I. 22). Los elegidos deben ser santos (ἅγιοι, I. 15 ss.) como Dios mismo lo es, y por que lo es; un pueblo santo, una casta santa y real de sacerdotes (II. 5, 9) llamados á ofrecer á Dios sacrificios espirituales que le sean agradables.—Su vida es un progreso en el bien, comparable al crecimiento de un niño

(αὐξανεσθαι, II. 2) nutrido de leche santa.—Esta salud interior (τὸ ἄφθαρτου III. 4), esta pureza de corazón (I. 22) alejada de toda ostentación mundana, forma á los ojos de Dios, que todo lo vé, el más precioso ornamento del hombre (III. 4). Ella es la fuente de aquel amor sincero y activo que mira como hermanos (ἡ ἀδελφότης II. 17; V. 9; cp. I. 22; IV. 8) á todos aquellos que están unidos á Cristo por amor y agradecimiento (I. 8). Ellos buscarán medio de prestarse servicios mútuos, cada cual segun las fuerzas y las facultades (χαρίσματα IV. 10) que ha recibido de la gracia de Dios y de que se considerará como administrador (οἰκονομος) en provecho de la comunidad. A esta última se la llama la casa de Dios (οἶκος θεοῦ IV. 17), y esta imágen está descrita con complacencia (II. 5 ss.) en el sentido de la alegoría que ya conocemos. Segun una imágen, los fieles forman un rebaño; sus jefes espirituales son sus vigilantes y sus pastores; sobre todos ellos está Cristo, pastor supremo (ἀρχιποιμὴν), vigilante por excelencia de las almas de los suyos (ἐπίσκοπος ψυχῶν, II. 25; V. 4).— El Evangelio nos anuncia una existencia dichosa, pero la realidad aún está lejos de dárnosla. Todo lo prometido solo lo poseemos aún en esperanza (ἐλπίς, I. 3, 21; III. 15); la gracia misma no se cumplirá perfectamente sino en lo por venir (I. 7). Hasta entonces nos aguardan pruebas dolorosas (πειρασμοὶ, λύπαι, παθήματα, I. 6; II. 19 s; III. 14;

IV. 12; V. 9, etc.); por ellas estamos en comunión (κοινωνεῖν IV. 13) con Cristo, que ha sufrido también, y por nosotros (I. 11; IV. 1; V. 1) para ser después exaltado á la diestra de Dios, y para reinar sobre los ángeles (III. 22; cf. I. 21). ¡Dichosos si no padecemos por faltas ó crímenes, sino por pertenecer á Cristo, por ser cristianos (χριστιανοὶ, IV. 16), y si resistimos en la prueba! (δοκίμιον, I. 7). Corta es, por otra parte (V. 10); el fin está cercano (IV. 7). Pronto se revelará el Señor nuevamente (ἀποκαλυψις I. 7. 13) y con gloria (IV. 13; V. 1); por él y con él se revelará también nuestra salvación definitiva (σωτηρία, I. 5), estado de gloria y de felicidad (δόξα I. 7; V. 1) del cual debemos participar, y que es como la corona del vencedor después del combate (V. 4), la recompensa final de nuestra fé en Dios (I. 9).

Este resúmen sucinto basta para mostrar las numerosas relaciones que existen entre la teología de nuestra epístola y la de la de Pablo. Fácil hubiera sido aumentar el número de los puntos de contacto, comprendiendo otra série de expresiones igualmente familiares á esta última, pero menos importantes, tales como χάρις καὶ εἰρήνη (I. 2.) θεὸς καὶ πατὴρ Ἰησοῦ Χριστοῦ (I. 3.) κληρονομία etc. (I. 4, III. 9.), τηρεῖσθαι (*ibid.*), κομιζέσθαι (I. 9.) y otros muchos más. A pesar de todo, los dos sistemas (ó por mejor decir, las dos séries de ideas, porque Pedro no dá sistema), distan mucho de ser idén-

ticas. Al de que ahora tratamos falta hasta lo más esencial y fundamental: la justificación por la fé, y por consiguiente todo el misticismo, con el cual pierde aquí su principio vital la teología de Pablo. Efectivamente, en Pedro la fé (*πίστις, πιστεύειν*) tiene por objeto las cosas venideras, lo mismo absolutamente que en la Epístola á los hebreos; es decir, la confianza en Dios, confianza que si permanece inquebrantable, será recompensada con el cumplimiento de lo que se espera (I. 5, 7, 9; V. 9). Se refiere á Dios, y es poco más ó menos sinónima de esperanza (I. 21). Aun en los casos en que se refiere á Cristo, no se trata de una union mística del creyente con él, sino de la esperanza de verlo un dia manifestarse en su gloria y para la nuestra (I. 8). La palabra justicia (*δικαιοσύνη*) aún se emplea menos en el sentido que le dá Pablo. Aquello es simplemente la justicia en el sentido hebreo, su virtud, sus buenas acciones (II. 24; III. 14). El hombre justo es aquel que no obra mal (III. 12; IV. 18). En esta ocasion no se habla de la gracia. Y este hecho, muy notable ya por sí, lo es mucho más porque se halla confirmado por otras observaciones á que dá lugar la Epístola, y por las cuales nos encontramos frente á frente de una fórmula muy semejante á la de Santiago. El juicio se hará segun las obras de cada uno (I. 17). Las obras están pues recomendadas con muy particular cuidado, y no hay palabra más frecuente en

la Epístola que la de ἀγαθοποιεῖν (II. 14, 15, 20; III. 6, 11, 13, 16, 17; IV. 19). Las buenas obras son el fin próximo de la vocacion (II. 21; III. 9.). Ellas deben conquistar la gracia de Dios (II. 20.). Bien sabemos que en Pablo sería posible hallar frases semejantes, pero siempre se verían subordinadas al dogma de la regeneracion por la fé; aquí al contrario, solo falta la fórmula de la justificacion por las obras; que lo que es la idea existe de hecho.

Cierto es que se habla tambien de la regeneracion (ἀναγεννάειν, I. 3, 23), y aun se presenta como un hecho atribuido á la accion de Dios. Los cristianos son comparados á niños recién nacidos (II. 2), y su vida se divide en dos períodos distintos, antes y despues de la conversion, el primero de los cuales queda como borrado por una especie de muerte (παθῶν ἐν σαρκί IV. 1, ss). Aquí las palabras recuerdan á Pablo todavía; pero falta el espíritu de Pablo. La regeneracion no se opera por un contacto inmediato é interior del Espíritu de Dios con el espíritu del hombre, ni consiste en una identificacion de nuestra persona con la de Cristo: la palabra, el Evangelio, la enseñanza exterior en fin (I. 23; cp. Jac. I. 18), es quien opera este cambio, sin que sepamos por qué es más eficaz que la antigua ley; el ejemplo (ὑπογραμμός, II. 21) de Jesús es lo que nos excitará á la virtud (por consecuencia, un acto de nuestra propia reflexion), y despues de haberle visto padecer nos ar-

maremos de energía y resolución (IV. 1), para consagrar á Dios el resto de nuestra vida.—Bien se vé que esta moral tiene por base el racionalismo judío-cristiano y no el misticismo de Pablo. El fin seguirá siendo el mismo, esto es, llegar á la santidad y á la justicia; pero las teorías relativas al camino que hemos de seguir, son muy diferentes.

Faltando en Pedro la idea de la fé paulina, el dogma de la redencion se formulará tambien de otro modo.—En primer lugar, la tésis de que Cristo ha muerto *por* (ὕπὲρ, II. 21; III. 18; IV. 1) los pecadores, no puede explicarse por la idea de la sustitucion mística, y esto tanto menos cuanto que acabamos de ver operarse sobre muy distinta base la regeneracion, que deberia ser su complemento inseparable. La muerte de Cristo (πάθημα, αἷμα, etc. *loc. cit.*) aparece pues como un acto de expiacion exterior consumado en nombre nuestro y para nuestra salvacion, pero al cual permanece extraño nuestro sér, es decir, por el cual no sufre modificacion en su esencia. Ni se nos dice que tengamos cosa alguna que hacer en ello, ni se nos explica cómo hemos de apropiarnos el beneficio. Cristo subió á la cruz con nuestros pecados; su herida nos ha curado (II. 24); pero este hecho no está enlazado con nuestra vida moral ulterior más que por un lazo puramente externo (ἵνα) que se parece mucho más á una invitacion generosa

ó á un deseo piadoso que á una necesidad íntima y natural. Quizá será más exacto decir (I. 2) que la obediencia á la predicacion evangélica se verifica primero, y que la aspersion (ῥαντισμός) con la sangre de Cristo, es decir, la remision de los pecados es el premio de una resolucion feliz.

Si todas estas observaciones prueban que la teología de nuestra Epístola no reproduce pura y simplemente la de Pablo, sino que en cosas muy esenciales parte de otro punto de vista, este resultado provisional de nuestro exámen será ámpliamente corroborado por un hecho de índole enteramente opuesta.—Nos referimos al silencio absoluto del autor con respecto á la ley, cuyo nombre ni siquiera se pronuncia. Nada se dice acerca de su relacion con el Evangelio. Como el autor ha leído las epístolas á los romanos y á los efesios, como además la suya vá dirigida á las iglesias de Galacia, este silencio no es accidental sino voluntario. El Apóstol tenia sus razones para callar. Séanos permitido pensar que queria contribuir por su parte á que cesara la fermentacion y el ardor polémico de los espíritus en las iglesias del Asia Menor; queria probar que el Evangelio, y el Evangelio de Pablo, de aquel Apóstol á quien allí se repudiaba como enemigo de la ley, ofrecia alimento suficiente á las almas para que no hubiese necesidad de preocuparse con cuestiones puestas aún en litigio.—La intencion era laudable, pero

la mediación ofrecida reposaba menos sobre principios dogmáticos que sobre consideraciones prácticas. Ved por qué pudo realizarse en parte haciendo bien á la Iglesia, sin que la teología pueda darse por satisfecha. Porque ésta no puede contentarse con el sistema de Pablo; mutilado en muchas de sus partes fundamentales; ni podría tampoco recomendar el uso accidental de algunas fórmulas de él, arrancadas, por decirlo así, de su base, y por lo mismo desprovistas de fuerza y valor, aunque este método ó costumbre se haya empleado mucho en todos tiempos.

Al indicar que bajo estas fórmulas, en general bastante análogas y aun idénticas á las de Pablo, se descubre á menudo un fondo judío-cristiano, no hemos querido presentar una censura, lo cual, por otra parte, nos hubiera desviado de nuestro deber de historiador imparcial. Registramos hechos, y si los juzgamos es sólo para compararlos mejor, nunca para determinar su valor absoluto. Lo probaremos una vez más al examinar por último algunas ideas propias de nuestro autor, sacadas del mismo fondo y que nos parecen verdaderos ornamentos de su Epístola.

En la inscripción, llama el Apóstol á los cristianos *παρεπίδημοι διασπορᾶς*, etc.—Esta última palabra recuerda en primer lugar la designación usada para los judíos establecidos fuera de Palestina; pero como el autor cuenta antiguos paganos entre

sus lectores (II. 10. IV. 3), es mucho más natural pensar antes en estos últimos que así están considerados como נִרְיָב ó prosélitos, es decir, miembros de la nación de Israel, según la fé religiosa, pero no según los ritos ascéticos. Reconocemos, pues, desde la primera línea el punto de vista de los autores del decreto de Jerusalem, ni pronunciar la caducidad de la ley, ni excluir de su comunión á los incircuncisos. Estos últimos llegaban á ser así hijos de Abraham y de Sara (III, 6), y tenían parte en lo prometido á los patriarcas por la conversión y la santificación, sin que se hablase de condiciones legales para naturalizarlos. De este modo nuestra epístola se anuncia desde el principio como una paráfrasis del discurso resumido en los *Hechos*, XV. 7, ss.

Los fieles son llamados propiedad, herencia (de Dios *κληροί*, V. 3). Expresión empleada con mucha frecuencia en el Antiguo Testamento al hablar de Israel, y que manifiesta que, sin tocar á la ley, no manifiesta el Apóstol repugnancia para incorporar al pueblo de Dios los creyentes de origen extranjero.

Las tribulaciones de la vida presente son ya el principio del juicio final (IV. 17) y signo precursor de la próxima consumación de los siglos. Cuanto más penosa es esta prueba, más saludable terror debe inspirarnos, porque el fin de los infieles debe ser mucho más terrible todavía.

El Evangelio es un principio y una promesa de emancipacion y libertad. Por eso el pueblo de Israel lo ha esperado con tanta impaciencia. El Mesías debía darle la libertad política, que era su más legítimo deseo. Pero el cristiano se acuerda ante todo de que no cesa de ser súbdito de Dios y que Dios ha instituido los reyes y los magistrados. Temer á Dios y respetar al emperador son dos deberes que se confunden á sus ojos. Esta máxima, en cuya virtud recibe nueva y feliz aplicacion un conocido axioma de Pablo (ἐλευθερία. Gal. V. 13), hace ver hasta qué punto el principio religioso del Evangelio ha neutralizado ya y corregido el elemento político de las antiguas creencias.

El bautismo (βάπτισμα, III. 21) no es una simple ablucion destinada á limpiar la sociedad exterior, sino una peticion dirigida á Dios por una buena conciencia que se funda en la resurreccion de Cristo. Esto quiere decir que el hombre, al recibir el bautismo, forma la resolucion firme y sincera de vivir segun los mandamientos de Dios (Comp. IV, 1) y expresa la esperanza de que Dios quiera, en gracia de esta resolucion, concederle el perdon de sus pecados. Su conciencia se llama buena atendiendo á la sinceridad de la intencion, y su esperanza no es quimérica, porque la resurreccion de Jesucristo prueba que tenia el derecho y el encargo de ofrecer á los pecadores el perdon de su Padre. Tal es el sentido más natural de este

pasaje diversamente explicado : se acomoda muy bien á lo que hemos hallado en otra parte sobre el principio de la conversion, y justifica así con toda claridad lo que hemos dicho acerca de la carencia de punto de vista místico en la teología de Pedro.

Hemos guardado para lo último el pasaje más famoso de nuestra epístola (III. 18 ss.; cp. IV, 6), pasaje que la exégesis de todos los siglos ha envuelto en una nube impenetrable de oscuridad, y cuya trascendencia no ha vislumbrado nunca la teología oficial.

Dejando á un lado todas las interpretaciones escolásticas, sentamos sencillamente que Pedro expresa aquí la idea de que Jesús, despues de su muerte, ha desempeñado todavía una misión saludable para los hombres que murieron incrédulos y malvados de su aparición sobre la tierra y encontrándose en la prision de Scheol. La tésis de que Dios juzgará á los vivos y á los muertos se toma aquí en otro sentido que en Pablo. El Evangelio ha sido anunciado á los muertos de antes como á los vivos de ahora, y sirviéndose el texto para ello de la palabra conocida y sin decir nada sobre el efecto de esta predicacion, estamos autorizados quizá para pensar que este efecto pudo no ser el mismo para todos como lo vemos tambien sobre la tierra. Pero no se ha hecho caso de este punto.

El Apóstol insiste solamente en que los antiguos han tenido ocasion de conocer á Cristo como sus sucesores contemporáneos de él, á fin de que (IV. 6) despues de haber sufrido en su calidad de hombres la muerte corporal, que es un castigo para toda nuestra especie, pudiesen llegar á la vida espiritual, conforme á los decretos de Dios, que abarcan la especie entera.—Así, Pedro, que representa con colores tan sombríos la suerte reservada á los infieles, proclama en el fondo la consoladora idea de que no hay perdicion definitiva sino allí donde el Evangelio ha sido rechazado á sabiendas; y la bajada á los infiernos de que habla, no era ni una visita hecha á los patriarcas piadosos que esperaban su libertador, ni un espectáculo dado á los diablos que debian temblar ante su Señor, ni un nuevo padecimiento sufrido en lugar de los pecadores rescatados, interpretaciones que falsean el texto segun el capricho de sus autores; era más que todo esto, era para los vivos una nueva manifestacion de la gracia inagotable de Dios; para los muertos una ocasion suprema de arrojarse en brazos de su misericordia, y en fin, para los teólogos cristianos, tan hábiles en dar tormento á la letra y tan ciegos para comprender el espíritu, hubiera podido ser el germen de una concepcion fecunda y sublime, si en lugar de estrechar cada vez más con sus fórmulas y anatemas el círculo de la vida y de la luz,

se hubiesen aprovechado del aviso que aquí les dá el Apóstol, para reconocer que este círculo es ilimitado y que los rayos vivificantes que parten de su centro, pueden penetrar en las más apartadas esferas del mundo espiritual.

LA LIBERTAD,

LA IGUALDAD Y LA FRATERNIDAD.

Las ideas de libertad, de igualdad, de fraternidad, son las ideas que despertaron al mundo perdido en aquella sociedad pagana, fundada en la esclavitud y convencida de la irremediable decadencia de nuestra naturaleza. Esperamos que se han de cumplir las promesas sociales guardadas en las páginas del Evangelio. Sí, todo lo que nosotros combatimos hoy, es esencialmente pagano, todo está impregnado en el ponzoñoso virus de una idea que ha muerto. Pagana la autocracia, paganas las castas, paganos los privilegios, han sobrevivido por espacio de diez y nueve siglos á la revolución religiosa, cuyo gran día conmemoramos hoy más, porque las sociedades tardan mucho en comprender el sentido social que tienen las grandes verdades metafísicas y morales.

No hubiera sido posible, si el mundo comprendiera la trascendencia social del Cristianismo, que

se fundaran tiranías, que se atizasen hogueras, que se remacharan cadenas en el nombre de Aquel que solo abrió sus labios para bendecir, que se humilló para exaltar á los humildes, que no vertió ni una sola gota de sangre dando toda la suya por los hombres, y que murió intercediendo con Dios por los mismos que le herian y que le crucificaban. Ideal perfecto del justo, modelo eterno del hombre, mientras la conciencia humana viva no dejará nunca de repetir sus palabras de amor, de sentir la caridad en que la abrasó y de conmemorar la hora santísima de aquella muerte que ha vivificado nuestro espíritu, que ha bendecido nuestro sér. Ora sea el hombre religioso, ora filósofo, ora sienta, ora no sienta un misterio divino en el sacrificio del Calvario, nunca será osado á dudar que este es el dia más grande y memorable de la historia: el dia en que la justicia se elevó sobre todas las preocupaciones; en que la libertad animó el espíritu; en que el esclavo se sintió igual á sus señores; en que una esperanza de progreso infinito penetró en todos los corazones, y la personalidad humana, dueña de sí misma, en una vida infinita.

Mirad á Jesús y vereis en su trabajo y en su vida un revelador como no habian visto, como no volyerán á ver los siglos. No nació en el trono, sino en un establo; no buscó á los soberbios y á los poderosos, sino á los humildes y á los esclavos; no

forzó á los hombres á seguirle por violencia, sino por la caridad y por el amor; no provocó la guerra ni armó á sus discípulos con la espada, sino con la caridad y la palabra; no buscó oro, poder, sino sacrificios, virtudes; vivió en la miseria, espiró en el patíbulo y en su última hora vió que los esclavos alzaban á él las manos libres de cadenas y que rodaban las piedras del Capitolio amontonadas por la tiranía; y entregó su espíritu, dejándonos en herencia su revelacion, que vivirá en nosotros y en todas las generaciones hasta la consumacion de los siglos que han de realizar sus doctrinas.

Nosotros creemos que nuestras doctrinas sociales tienen su punto de partida en el Cristianismo. Los pueblos que no han comprendido la idea cristiana, miradlos, yacen todos perdidos en el fatalismo. Si son pueblos primitivos, viven imbéciles en eterna infancia. Si son pueblos civilizados, viven moribundos en perpétua vejez. Poned los ojos en la Oceanía y en el Bósforo, y vereis allí pueblos que no han salido de la niñez, y aquí pueblos que han llegado á la decrepitud, porque no han comprendido la libertad humana, y vereis que no han comprendido la libertad humana porque no han sido cristianos. El dogma de la personalidad, dogma de responsabilidad, de una personalidad eterna, inconfundible ni con la naturaleza, ni con Dios, de una responsabilidad infinita,

es el dogma que ha dado á los pueblos modernos ese conocimiento de sí mismos, esa confianza en sus fuerzas, esa fé en sus destinos, que los ha llevado al trabajo para transformar la naturaleza, para transformar la sociedad, seguros de que son los continuadores de la obra de Dios y sus sacerdotes en el universo.

Y si la idea de libertad es idea cristiana, también idea cristiana es la idea de igualdad. Jesús dijo: «Sabeis que los príncipes de las naciones dominan y ejercen potestad sobre ellas. No será así entre vosotros. Cualquiera que quisiere ser mayor, sea inferior, y el que pretendiere ser el primero entre vosotros, sea vuestro esclavo. Porque el Hijo del hombre no vino á ser servido, sino á servir y á dar su vida por rescatar la de muchos.» (S. Mat. XX. 25, 28). San Pablo, el gran Apóstol de los gentiles, el que abrió las puertas de la Iglesia á los paganos, el que recorrió la tierra predicando la buena nueva, el que dijo que delante de Dios no hay ni griegos, ni romanos, ni judíos, sino sólo hombres, con aquella elocuencia prodigiosa que tantas almas alcanzó para la fé, sostenía respecto al ministerio religioso la idea de que la diversidad, y aún la inferioridad, de ciertas funciones no daña á la igualdad, porque todos los cristianos forman el cuerpo indivisible de la Iglesia, y que la diversidad de condiciones y aptitudes nada prueba contra la unidad fundamen-

tal del espíritu (Ep. ad Cor: I. XII.). San Gregorio de Niza dice, hablando de los que habian de dirigir las sociedades cristianas: «Precisa que se muestren más humildes que sus inferiores, y que se consideren como esclavos y no como dueños.» (De *Scop. Christ.* t. III, pág. 306.). San Juan Crisóstomo decia: «El hombre no puede dar un paso sino apoyado en sus semejantes. Dios lo ha querido así para forzarnos á unirnos, á auxiliarnos y amarnos» (Homil. 17, in. Ep. ad Cor.). ¿Se concibe que en una doctrina tan clara, tan explícita, se haya querido fundar el absolutismo de los reyes, la soberbia de las aristocracias? Vosotros, los que anhelaís hacer al Cristianismo cómplice de todas las tiranías, escribid otro Evangelio, ó convenid en que el mesianismo fué la esperanza de Israel esclavo, de un pueblo que arrastraba cadenas; convenid en que Cristo fué hijo de un artesano, nacido en un establo, criado en la miseria, y no tuvo una piedra donde reclinar la cabeza, y eligió por apóstoles pobres pescadores, y bucó á los que padecian, á los que lloraban, á los pobres de espíritu, á los desgraciados y á los hambrientos, y elevó con su muerte la cruz, el signo de infamia, el patíbulo del esclavo romano, sobre la corona de los reyes, para exaltar eternamente á los humildes y eternamente humillar á los soberbios.

La consecuencia de este triunfo de la libertad

y de la igualdad fué el triunfo de la fraternidad cristiana, que destruyó para siempre las castas. La ley cristiana fué la ley del amor. Moisés dijo al hombre que amara á sus semejantes como á sí mismo; pero Jesucristo añadió que amara á sus semejantes más que á sí mismo. La venida del Salvador fué para convertir el odio en amor, ó *fobis eis agaben metatetractei*, como exclamaba S. Clemente de Alejandría (Paed. 1, 7.). Ninguna barrera es bastante á detener la caridad, que no distingue al hombre libre del esclavo, ni al ciudadano del bárbaro (August. *De doctrina crhist.* I. 32). Imaginad esta doctrina difundida sobre un mundo que creía en la desigualdad natural de los hombres, que guardaba los restos de las castas, que se asentaba sobre la infame institucion de la esclavitud, y comprendereis que es la premisa religiosa de nuestra redencion social, trabajo encomendado en el plan divino de la Providencia á nuestro siglo.

A medida que comprendemos las grandes transformaciones que trajo el Cristianismo, es más profunda la emocion que despierta en nuestro ánimo el recuerdo de este gran dia. El sensualismo ahogado por un espiritualismo divino; la corrupcion curada por la caridad, por el sacrificio; las manchas del mundo lavadas por la sangre de los mártires; el esclavo igualado dignamente con sus señores; pobres desarmados Apóstoles que só-

lo sabian morir desarmando á los soldados que sólo sabian matar; los mártires venciendo desde las hogueras, los tiranos derribados en el potro, de rodillas á los piés de sus mismas víctimas, pidiéndoles que rueguen á Dios que estirpe el cáncer que devoraba al viejo mundo; este espectáculo tan consolador, cuando una sociedad espiraba, cuando estallaba de dolor la lira clásica, cuando el egoismo secaba los corazones, cuando la tiranía llegaba á sus últimos excesos, mostrará siempre que Dios jamás abandona á la humanidad ni permite que se desmienta la ley misteriosa del progreso. Las ideas cristianas, pues, no sólo son un consuelo religioso, sino tambien una enseñanza social.

Hemos concluido nuestro costoso trabajo. Lo hemos concluido con el deseo firmísimo de encontrar la verdad histórica, la verdad moral, la verdad social. Este trabajo, sin embargo, se resiente del tiempo en que fué comenzado y del tiempo en que es concluido. Fué comenzado en dias de entusiasmo y se concluye en dias de reflexion. Así es, que su principio y su fin, sin contradecirse radicalmente, no se armonizan bien, sobre todo, en las cuestiones más trascendentales que el libro encierra. Sin embargo, todo lo que se refiere á la esfera social, todo lo que á la esfera política se refiere, queda igualmente lo mismo desde las primeras á las últimas páginas de este libro.

FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE.

CURSO CUARTO.

Leccion primera.

EL PAGANISMO.

Exordio.—Sentimientos del orador.—Desengaños. —
Esperanzas.—Epoca tristísima de los últimos dias
del Imperio.—Resúmen de las lecciones precedentes.
—Influencia del paganismo.—Resonancia del espíri-
tu griego en la historia humana.—De qué manera
pretendian los antiguos sostener el paganismo en
presencia del Cristianismo vencedor.—Relaciones en-
tre la reaccion neo-pagana y el Imperio.—Carácter
del neo-paganismo.—Hipatia.—Cómo en cada época
aparece una mujer como símbolo.—La idea de Dios.
—San Agustín.—Vacilaciones de los emperadores
cristianos.—Teodosio.—Caída del paganismo.—Su-
pervivencia de las costumbres paganas.—Amenazas
apocalípticas.—Cumplimiento de estas amenazas.—
Venida de los bárbaros.—Unico poder que los detu-
vo.—La fé. 1

Leccion segunda.

LOS BÁRBAROS.

Decadencia del antiguo mundo.—Vejez de Roma.—Ne-
cesidad de su caída.—Qué hubiera sido el mundo
moderno sin la caída de Roma y el triunfo de los

bárbaros.—Ejemplo de Bizancio.—Aspiraciones á la libertad.—Cómo comprendia la libertad el antiguo mundo.—Enseñanzas divinas de la historia.—La venida de los bárbaros trae el principio de variedad á la historia.—Cómo se hallaban escalonados estos pueblos.—Italia.—Atraccion que ejercia sobre los bárbaros.—Crímen de Italia.—La esclavitud.—Venganza de los esclavos.—Presentimientos de Roma sobre la suerte que le reservaban los bárbaros.—Carácter pacífico de las primeras invasiones.—Esfuerzos de los emperadores para evitar la invasion guerrera.—Terror al aparecer los bárbaros.—La palabra libertad en los labios de los emperadores.—Invocaciones desesperadas á la venida de los bárbaros.—Tácito.—Descripcion de los germanos y de sus tierras.—Doble carácter de la invasion germánica.—Necesidad de que los bárbaros no se contaminasen con los vicios de Roma.—Honorio en Ravenna.—Desórdenes de la córte imperial.—Caída del viejo mundo.—Alarico.—Los bárbaros y los romanos.—Entrada de Alarico en Roma.—Influencia de la civilizacion romana sobre los bárbaros.—Ideas que deja Roma.—Formacion de las nacionalidades.—Venida providencial de los hunnos.—Atila.—La Iglesia.—Resúmen.

Leccion tercera.

APLICACIONES.

Sentimientos del orador.—Obstáculos á las nuevas ideas:—Nuevas generaciones con nuevas ideas.—Cómo cada generacion hace retroceder las ideas de la generacion antecedente.—Oposicion radical de las nuevas ideas con las antiguas.—Historia de una revolucion.—El espíritu humano.—La unidad y su variedad en la historia.—Epocas de la historia universal, hechos generales que prueban la unidad y la identidad consigo mismo del espíritu.—Diseminacion de las ideas cristianas en la conciencia.—El neo-catolicismo no conoce el Cristianismo.—Carácter de los siglos.—Oposicion de dos ideas, de dos caracteres

dentro de cada siglo.—El siglo de la revolucion.—
Armonias entre la revolucion y el Cristianismo.—
Bendicion á todos los siglos para probar que todos
contribuyen á la grande obra del progreso. 71

Leccion quarta.

APLICACIONES RELIGIOSAS.

La idea religiosa.—Necesidad de la idea religiosa.—De-
cadencia religiosa.—La escuela neo-católica.—Sus
males y sus errores.—Remedio de estos males.—Ca-
rácter del Cristianismo.—Mezcla del Cristianismo
con los elementos paganos.—La voz de la Iglesia fué
la libertad.—Necesidad que tiene hoy la Iglesia de
ser libre.—Luchas que con el Estado ha sostenido la
Iglesia en el presente siglo.—Espectáculo maravillo-
so de la Iglesia libre.—La Iglesia triunfo por la li-
bertad.—Milagros de la libertad.—Glorias de la li-
bertad.—Un gran poeta.—Un gran orador.—Un gran
pueblo.—La idea antigua y la idea cristiana.—Des-
composicion de la antigüedad.—Formacion de la
idea cristiana.—Roma y los cristianos.—Conside-
raciones filosóficas generales.—Conclusion. 101

Apéndice.

Artículo de D. J. Valera.	129
Artículo de D. E. Castelar.	147
Cartas á un obispo.	167
Capítulos de un gran teólogo moderno.	261
La libertad, la igualdad y la fraternidad.	293

